



Maldito sea Dostoievski

ATIQ RAHIMI

Nuevos Tiempos **Siruela**



ATIQ RAHIMI

Maldito sea
Dostoievski



Ediciones Siruela

Atiq Rahimi

Maldito sea Dostoievski

Traducción del francés de
Elena García-Aranda

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Maldito sea Dostoievski

Citas

Agradecimientos

Obras de Atiq Rahimi publicadas en Ediciones Siruela

Créditos

Maldito sea Dostoievski

Al *ustad* Jean-Claude Carrière

Me hubiera gustado tanto cometer el pecado de Adán.

Hafiz Azish, *Poética de la tierra*

Mas la existencia, como la escritura, se aferra a la repetición de frases robadas a otros.

Frédéric Boyer, *Técnicas del amor*

Apenas Rasul levanta el hacha para dejarla caer sobre la cabeza de la anciana, la historia de *Crimen y castigo* le viene a la mente. Le abruma. Le tiemblan los brazos, las piernas le bailan. Y el hacha se le escapa de entre las manos. Hiende el cráneo de la mujer, quedándose allí clavada. Sin un ruido, la vieja se desliza por la alfombra roja y negra. Su velo, con motivos de flores de manzano, flota en el aire antes de caer sobre el cuerpo rechoncho y flácido. La sacuden espasmos. Respira todavía una vez más, puede que dos. Sus ojos, abiertos como platos, quedan fijos en Rasul, de pie en medio de la habitación, y sin aliento, más pálido que un cadáver. El *patu* le cuelga de los hombros huesudos. Su mirada asustada permanece absorta en el reguero de sangre, esa sangre que chorrea por el cráneo de la anciana, se confunde con el rojo de la alfombra, tapando los dibujos negros, y después fluye lentamente hacia la rolliza mano de la mujer, que se aferra a un fajo de billetes. El dinero se manchará de sangre.

¡Muévete, Rasul, muévete!

Inercia absoluta.

¿Rasul?

¿Qué le retiene? ¿En qué está pensando?

En *Crimen y castigo*. En eso, en Raskólnikov, en su destino.

Pero antes de cometer el crimen, cuando lo estaba planeando, ¿no había pensado en ello?

Parece que no.

O quizás esa historia, latente dentro de él, le ha incitado al asesinato.

O quizás...

O quizás... ¿Qué? ¿Es realmente éste el momento de meditar sobre su actuación? Una vez que ha matado a la vieja, no le queda sino coger el dinero, las joyas... y huir.

¡Huye!

No se mueve. Se queda de pie. Petrificado, como un árbol. Un árbol muerto, que ha enraizado en las baldosas de la casa. Su mirada sigue el hilo de sangre que está a punto de llegar a la mano de mujer. ¡Que se olvide del dinero! ¡Que abandone la casa, rápido, antes de que llegue la hermana de la vieja!

¿La hermana de la vieja? Esta mujer no tiene ninguna hermana. Tiene una hija.

No importa si es la hermana o la hija, eso no cambia nada. En este instante, sea quien sea el que entre en la casa, Rasul se verá obligado a matarlo también.

La sangre, justo antes de tocar la mano de la mujer, se ha desviado hacia un remiendo de la alfombra, donde forma un charco no lejos de una cajita de madera rebosante de cadenas, collares, pulseras de oro, relojes...

¿Qué importan ahora todas esas minucias? ¡Coge la caja y el dinero!

Se agacha. Su mano duda, mientras se alarga hacia la mujer para arrebatarse el dinero. Ahora tiene el puño rígido, como si todavía estuviese viva y sujetase con fuerza el fajo de billetes. Él insiste. Inútilmente. Ofuscado, fija la mirada en los ojos, ya sin alma, de la mujer. Ve allí el reflejo de su rostro. Esos ojos desorbitados le recuerdan que la última imagen que una víctima conserva de su asesino se le queda grabada en las pupilas. El miedo le invade. Retrocede. Su imagen, en el iris de la vieja, se diluye lentamente tras las pupilas.

—¿Nana Alia? —una voz de mujer retumba en la casa.

Ya está, ya está aquí, no debía haber venido. ¡Rasul, se ha jodido todo!

—¿Nana Alia?

¿Quién es? ¿Su hija? No, no es una voz joven. No importa. Nadie debe entrar en esta habitación.

—¡Nana Alia! —la voz se acerca—, ¿nana Alia? —sube por la escalera.

¡Rasul, vete!

Sale disparado como un cohete, se precipita hacia la ventana, la abre y salta al tejado de la casa vecina, abandonando el *patu*, el dinero, las joyas, el hacha... todo.

Cuando llega al borde del tejado, vacila antes de saltar al callejón. Pero el espantoso grito que retumba desde la habitación de nana Alia hace temblar sus piernas, el tejado de la casa, la montaña... Se tira y aterriza bruscamente. Un dolor lacerante le traspasa el tobillo. No importa. Hay que levantarse. El callejón está vacío. Hay que ponerse a salvo.

Corre.

Corre sin saber a dónde ir.

No para hasta verse en medio de un montón de desperdicios, en un callejón sin salida, donde hay un hedor que echa para atrás. Pero él no nota nada. O se aguanta. Se queda allí. De pie, apoyado en la pared. Sigue oyendo la voz chillona de la mujer. No sabe si ella continúa gritando, o si acaso es él que está obsesionado por el grito. Contiene la respiración. De repente el callejón, o su cabeza, se vacía de gritos. Se separa de la pared para marcharse. El dolor del tobillo le paraliza. Su rostro se contrae. Se apoya de nuevo contra la pared, se agacha para frotarse el pie. Pero algo empieza a rebullir dentro de él. Invadido por las náuseas, se inclina un poco más y vomita un líquido amarillento. El callejón sin salida, con todas sus basuras, da vueltas a su alrededor. Se agarra la cabeza con las manos, y pegando la espalda a la pared se desliza hasta el suelo.

Con los ojos cerrados, permanece inmóvil durante un buen rato,

conteniendo la respiración, intentando escuchar algún grito, algún lamento procedente de la casa de nana Alia. Nada. Nada más que el latido de la sangre en sus sienes.

A lo mejor la mujer se ha desmayado al descubrir el cadáver.

No, espera.

¿Quién era esa mujer, esa especie de demonio que lo ha echado todo a perder?

¿Verdaderamente era ella o... era Dostoievski?

¡Dostoievski, sí, es él! Con su *Crimen y castigo* me ha dejado fulminado, paralizado. Me ha impedido seguir el destino de su héroe, Raskólnikov: matar a una segunda mujer, ésta sí, inocente; llevarme el dinero y las joyas que me hubieran recordado el crimen... convertirme en presa de los remordimientos, hundirme en el abismo de la culpa, acabar en la cárcel...

¿Y qué? Eso hubiera sido mejor que huir como un pobre imbécil, un criminal idiota. Con sangre en las manos pero con los bolsillos vacíos.

¡Qué absurdo!

¡Maldito sea Dostoievski!

Nerviosamente, se sujeta el rostro con las manos, manos que luego se pierden entre sus cabellos crespos y se entrelazan tras su nuca, empapada de sudor. Y de repente, un pensamiento punzante le traspasa: si la mujer no es la hija de nana Alia, ha podido cogerlo todo y marcharse tranquilamente. ¿Y yo, entonces? Mi madre, mi hermana Donia, mi prometida Sufia, ¿qué va a ser de ellas? Por ellas he cometido ese asesinato. Esa mujer no tiene derecho a aprovecharse. Tengo que volver. ¡Al demonio el tobillo!

Se levanta.

Reemprende el camino.

De vuelta al lugar del crimen. ¡Qué trampa! Como todo el mundo, de sobra sabes que volver al lugar del crimen es un error fatal. Un error que ha sido causa de la perdición de muchos hábiles criminales. ¿No has escuchado nunca el dicho de los sabios ancianos: «El dinero es como el agua, cuando se marcha, nunca regresa»? Todo ha terminado. Y no olvides nunca que el malhechor sólo tiene una oportunidad: si la deja escapar, está jodido, todo intento por recuperar el momento será, ineluctablemente, nefasto.

Se para, echa un vistazo a su alrededor. Todo está tranquilo y silencioso.

Después de frotarse el tobillo, sigue su camino. No muy convencido de los dichos de los sabios. Con paso rápido y decidido, llega al cruce entre dos calles. Se para de nuevo, brevemente, lo justo para recuperar el aliento antes de tomar la calle que conduce al lugar del crimen.

Esperemos que la mujer realmente se haya desmayado al lado del cadáver de la vieja.

Ya está en la calle de su víctima. Sorprendido por el silencio reinante en la casa, ralentiza el paso. Al verlo, un perro tumbado a la sombra de un muro se levanta torpemente y gruñe con desgana. Rasul permanece inmóvil. Deja pasar el tiempo para convencerse a sí mismo, mal que le pese, de lo estúpido de su curiosidad. A punto ya de marcharse, escucha unos pasos precipitados en el patio de la casa de nana Alia. Aterrorizado, se pega contra la pared. Una mujer tapada con un burka azul cielo sale de la casa y, sin cerrar la puerta tras ella, se apresura a abandonar el lugar. ¿Es ella? Sin duda. Después de haber robado el dinero y las joyas, ahí está, fugándose.

¡Ah, no! ¿Dónde vas, impía? No tienes derecho a tocar ese dinero, esas joyas. Son de Rasul. ¡Alto ahí!

La mujer acelera el paso, desaparece por una calleja. A pesar del dolor de la torcedura, Rasul se lanza a su persecución. Vuelve a encontrarla bajo un oscuro soportal. Un ruido de pasos que bajan por la calleja, acompañado de gritos de adolescentes, lo detiene en su carrera. Se aplasta contra la pared para esconderse. A pesar de las prisas, la mujer se retira para dejarlos pasar. Su mirada, a través de la rejilla del burka, se cruza con la de Rasul, que aprovecha ese momento para volver a frotarse su dolorido tobillo. Ella se pone de nuevo en marcha, detrás de los adolescentes, aún más apresurada y turbada que antes.

Renqueando, sin aliento, él se lanza de nuevo a su persecución. En un cruce, ella toma otra calle, más grande, más transitada. Al llegar a la encrucijada, Rasul

frena en seco, estupefacto, al ver docenas de mujeres con burka azul trotando ligeras calle abajo. ¿A cuál seguir?

Desesperado, avanza errante entre la multitud de rostros velados. Acecha el más mínimo indicio: una mancha de sangre en el vuelo de un burka, una caja oculta bajo el brazo, un apresuramiento sospechoso... No nota nada. Presa de un mareo, hace esfuerzos para no desvanecerse. Tiene náuseas otra vez. Sudando, se retira a la sombra de un muro, se dobla en dos y vuelve a vomitar una bilis amarillenta.

Ante su mirada perdida desfilan los pies de los transeúntes. Extenuado, cada vez oye menos ruidos. Todo se sumerge en el silencio: el ir y venir de la gente, las conversaciones, el barullo de los vendedores ambulantes, el ruido de los cláxones y de la circulación.

La mujer ha desaparecido. Perdida en medio de las demás, sin rostro.

Pero ¿cómo ha podido huir y dejar a nana Alia, pariente suya, seguramente, en ese estado? Ha gritado, eso es todo. Ni siquiera ha pedido socorro. Con qué habilidad ha debido de calcular el momento, tomar la decisión y robarlo todo. Y eso sin necesidad de cometer ningún crimen. ¡La muy furcia!

No ha cometido ningún crimen, es verdad, pero ha cometido traición. Ha traicionado a sus parientes. La traición es peor que el crimen.

El momento está mal elegido para elaborar teorías, Rasul. Mira, alguien te da dinero, cincuenta afganis.

¿Por quién me toma este hombre?

Por un mendigo. Penosamente arrodillado sobre la acera, con la ropa sucia y raída, la barba mal afeitada, los ojos hundidos y el cabello mugriento, pareces más un mendigo que un criminal. Pero un mendigo que no se abalanza sobre el dinero.

El hombre, incrédulo, insiste, agitando el billete ante los azorados ojos de Rasul. No hay nada que hacer. Le introduce el dinero en la mano huesuda y se va. Rasul baja la mirada hacia el billete.

¡He aquí el precio de tu crimen!

Una amarga sonrisa hace temblar sus labios exangües. Aprieta el puño, se apresta a levantarse, pero de repente retumba un ruido espantoso, que lo deja clavado en el lugar.

Un misil explota.

La tierra tiembla.

Algunos se tiran al suelo. Otros corren y gritan.

Un segundo misil. Más cerca. Más aterrador. Rasul también se tira al suelo. Alrededor de él, todo gira en el caos, en el estrépito. Una gigantesca hoguera desprende una humareda negra que llena todo el barrio, al pie de la montaña de Asmai, en el centro de Kabul.

Después de algunos minutos, las cabezas, como setas polvorientas, se levantan poco a poco en medio de un silencio oprimente. Estallan las exclamaciones:

–¡Le han dado a la gasolinera!

–No, al Ministerio de Educación.

–No, a la gasolinera...

Justo a la derecha de Rasul, un anciano, boca abajo, busca desesperado algo por el suelo, mascullando entre sus barbas:

–Que os den por culo, con vuestra gasolinera y vuestro ministerio... ¿Dónde están mis dientes? ¿Dios, de dónde ha salido este ejército de Gog y Magog? Mis dientes... –busca en el suelo, por debajo de él–. ¿Has visto mi dentadura? –pregunta a Rasul, que le mira de soslayo, preguntándose si el anciano estará herido–. Se me ha caído de la boca. La he perdido...

–Vamos, *baba*, en estos tiempos de hambre y de guerra, ¿de qué sirven los dientes? –le pregunta, riéndose, un barbudo que está tumbado delante de él.

–¿Cómo que de qué? –replica firmemente, con arrogancia, el anciano, indignado ante semejante reflexión.

–¡Pues qué suerte! –dice el barbudo levantándose y sacudiéndose el polvo.

Con las manos en los bolsillos, se aleja bajo la mirada sospechosa del viejo que gruñe:

–*Koss-madar*, ese hijo de puta me ha robado la dentadura... seguro que ha sido él quien la ha robado –después se vuelve hacia Rasul–: Le había puesto cinco dientes de oro. ¡Cinco dientes! –echa un vistazo en dirección al barbudo, y continúa, con la voz llena de pesar–: Mi mujer me insistía en que los vendiese para pagar los gastos de la casa. Muchas veces tuve empeñada la dentadura. Cuando mi hijo mandaba algo de dinero desde el extranjero, la recuperaba. Hoy a mediodía la había recobrado del prestamista. ¡Maldito día!

Se levanta y se abre paso entre la multitud, quizás siguiendo al barbudo.

A Rasul le ha hecho gracia la ironía del barbudo, no tanto por su cinismo, sino porque detesta los dientes de oro, signo exterior de avaricia en toda su fealdad. Nana Alia también llevaba dos. ¡Si hubiese tenido tiempo, le habría gustado arrancárselos!

Tiempo tuvo, pero no fue listo; si no, no estaría ahí, en ese lamentable estado, con el billete de cincuenta afganis en la mano.

Se levanta en medio de la gente que de nuevo se agita, corre en todas las direcciones, a duras penas intentan recuperarse, mientras se tapan la nariz y la boca para no ahogarse con el humo y el polvo. La mayoría va en dirección al incendio. Las llamas y el humo se elevan cada vez más. Rasul también se acerca. Retrocede ante la vista de los cadáveres abrasados, pero la voz de un hombre

que está atravesando la humareda le llama pidiendo ayuda. Intenta cargar a la espalda a una muchacha herida:

–Estoy solo. Esta desdichada todavía está viva.

Rasul va en su ayuda, coge a la muchacha en brazos y se aleja de allí, después se la devuelve.

–¡Hay que marcharse de aquí! ¡Los tanques van a explotar! –grita el hombre, sembrando el pánico entre los que intentan apagar las llamas.

Rasul continúa por el camino que va a la montaña de Asmai. Su mirada fatigada se pierde entre las estrechas callejas que serpentean por el flanco de la colina y forman un verdadero laberinto, una extensión de mil casas, todas de tierra, empotradas unas en otras, escalonadas hasta la cima del monte que divide geográfica, política y moralmente, con sus sueños y pesadillas, la ciudad de Kabul. Parece un vientre a punto de explotar.

Desde abajo se distingue el tejado de la casa de nana Alia. Una gran casa con la fachada verde y las ventanas blancas.

Ahora que la mujer se ha marchado, puede regresar allí, lo justo para echar un vistazo, sólo eso.

Con mucho esfuerzo, remonta la empinada cuesta de la calle, hasta llegar a un soportal, cuando tres hombres armados, furiosos, salen por la esquina de un callejón. Rasul baja la cabeza para esconder el rostro, y sólo escucha sus imprecaciones:

–Los muy cabrones acaban de darle a nuestra gasolinera...

–¡Dos misiles! Nosotros les vamos a tirar ocho, vamos a cargarnos la suya. ¡Su barrio quedará convertido en ruinas y sangre!

Y desaparecen.

Rasul sigue su camino. Antes de llegar a la calle de su víctima, hace una pausa. Le tiemblan las piernas. Respira profundamente. El olor a podrido se mezcla con el de la gasolina y el polvo. El aire es aún más denso, irrespirable. Hay también otro olor, un olor a carne, a carne quemada. Espantoso. Rasul se tapa la nariz. Avanza un paso. El segundo paso es vacilante, frenado por la imagen del cadáver de nana Alia que Rasul esboza en su mente derrotada. No puede volver a ver ese cadáver, asesinado por sus propias manos; estas manos que se estremecen, que se agitan, que sudan. Hay que abandonarlo todo, todo.

Da la vuelta. Pero una curiosidad morbosa, casi patológica, le frena de nuevo. Debe de haber policía, familiares, vecinos, llantos, gritos...

Convencido de lo que va a ver, vuelve sobre sus pasos. Avanza. Nada aún. Con precaución penetra en el silencio y en el humo de la calle, hasta llegar delante de la casa. Ni un alma viviente. Excepto ese perro holgazán que no se levanta ni para ladrar.

Aturdido, Rasul alcanza la puerta de la casa. Cerrada. Empuja. No se abre. Alguien la ha cerrado por dentro. Pero entonces, ¿a qué se debe ese silencio, ese embotamiento?

Le da mala espina.

¡Vuelve a casa!

No vuelve a casa. Deambula por la ciudad. Lleva ya casi tres horas caminando. Sin prisa. Sin preocuparse de su tobillo lastimado. Ya lo ha olvidado. No se detiene hasta llegar a la orilla del río Kabul. Es el olor a cieno lo que le hace volver en sí, ese olor fétido que sale del lecho del río a finales del verano. Con la inmovilidad, el dolor despierta y le impide continuar con su vagabundeo. Se agarra al pretil y se frota el tobillo.

El aire se vuelve cada vez más irrespirable. Rasul tose. Una tos rasposa, silenciosa.

La garganta áspera.

La lengua seca.

Ni una sola gota de esperanza, ni en su boca, ni en el río, ni en el cielo.

El viejo sol, debilitado por un velo de polvo y de humo, va a acostarse con tristeza detrás de las montañas... ¿Acostarse, el sol? ¡Qué estúpida metáfora! No, el sol no se acuesta nunca. Se marcha al otro lado de la tierra, con prisa por brillar sobre regiones menos tristes. «¡Llévame contigo!», grita Rasul en su fuero interno.

Con los ojos entornados, mirando al sol, avanza algunos pasos, luego se detiene. Se hace sombra con la mano en visera, y lanza una mirada furtiva a su alrededor, como para asegurarse, discretamente, de que nadie se ha percatado de sus silenciosos delirios. Pero no, querido Rasul, ¡el mundo tiene mejores cosas que hacer que observar a un pobre loco!

Vuelve a casa. ¡Y duerme!

¿Dormir? ¿Es eso posible?

Por supuesto que sí. Vas a hacer como Raskólnikov, que después del asesinato de la usurera vuelve a su casa y se desmorona febrilmente en el diván. Bueno, tú no tienes diván, sólo un colchón mugriento, que con piedad aguarda tendido sobre el mismo suelo.

¿Y después?

Nada. Duermes.

No, me he desvanecido.

Bueno, desvanécete si quieres, qué importa, hasta por la mañana. Y por la mañana te despertarás, y te darás cuenta de que todo ha sido una pesadilla.

Ah no, no puedo olvidarlo tan fácilmente.

Claro que sí. Mira, no llevas contigo nada que pueda hacer pensar en el asesinato. Ni dinero, ni joyas, ni un hacha, ni...

¡Sangre!

Se para en seco. Aterrorizado, se revisa las manos, nada; las mangas, nada; el chaleco, nada; ¡pero en la camisa, por la parte de abajo, hay una gran mancha! ¿Por qué ahí? No, no es sangre de nana Alia. Es de la muchacha a la que has salvado.

Esta confusión le ofusca. Se revisa de nuevo. Ni una gota más de sangre. Ningún rastro del asesinato. ¿Cómo es posible?

Es probable que no lo hayas cometido. Que no haya sido sino tu pobre imaginación. Tu ingenua identificación con un personaje de novela. ¡Algo trivial, nada más! Ahora puedes volver a casa tranquilamente. Incluso puedes olvidarte de que ayer le dijiste a tu prometida, Sufia, que pasarías esta noche con ella. En vista de tu estado, mejor será que no te cruces con nadie.

Sí, me voy. Pero estoy hambriento.

Ahora que tienes cincuenta afganis, puedes comprar pan y algo de fruta. Hace varios días que no has comido nada.

Su estómago vacío le lleva a la plaza Joyshir. La panadería está cerrada. Al otro lado de la plaza, un anciano vendedor está montando su tenderete. Tras un momento de indecisión, Rasul avanza lentamente hacia la tienda. No ha dado ni tres pasos cuando un grito le deja petrificado:

–¡No, no cojáis nada! –una mujer con velo sale por una de las callejuelas, corriendo y chillando como una loca–: Es carne... carne de... –se queda inmóvil en mitad de la plaza, sorprendida de encontrar el lugar tan vacío y silencioso. Se deja caer al suelo, gimiendo–: Carne de muchacha... anteayer la estaban dando delante del mausoleo...

Sólo encuentra a Rasul para derramar ante él sus lágrimas:

–Te lo juro, hermano, no estoy mintiendo. Lo he visto... –se acerca a él–. Lo que me dieron... –baja la voz– ¡eran los pechos de una muchacha! –saca la mano del burka–. Te lo juro, hermano..., los hombres que estaban regalando carne aquí, ahora mismo..., eran ellos –se levanta el velo–, los mismos... el otro día... delante del mausoleo...

Y por fin calla. Después, enjugándose las lágrimas con la punta del burka, pide, débilmente:

–Hermano, ¿tienes algo de dinero? Tengo tres niños que alimentar.

Rasul, sin decir una palabra, saca el billete de cincuenta afganis y se lo da a la mujer, que se arroja a sus pies.

–¡Gracias, hermano... que Allah te proteja!

Hastiado de las quejas de la mujer, pero orgulloso en su fuero interno, se aleja.

¡Hermoso gesto! Como si redimirse fuera tan fácil.

No, en absoluto quiero redimirme.

Entonces, ¿a qué se debe esa obra de caridad? ¡No me dirás que es por

compasión! Nadie te creería jamás. No es más que para convencerte de que, a pesar de todo, tienes buen fondo. Incluso si eres capaz de matar a una *criatura nefasta*, puedes impedir que una pobre familia muera de hambre. Lo que cuenta es la intención, que...

¡Sí! Y es eso lo que cuenta para mí: mi...

Trastabilla con una gran piedra. El dolor del tobillo le arranca una mueca. Se detiene durante un momento. Deja no sólo de caminar, sino también de porfiar en el discurso de Raskólnikov. ¡Dios (o la piedra) sea alabado(a)!

El camino que hay que recorrer hasta la casa donde vive no es largo. Puede andar tranquila, lentamente.

Cuando llega a la puerta, espera durante un instante, y comprueba por última vez, tanto como la luz del anochecer se lo permite, si lleva encima algún otro resto de sangre. De nuevo la misma mancha, sobre la que no logra discernir si es en realidad la huella de su crimen o una marca de su virtud.

Respira profundamente antes de entrar en el patio, en el que resuenan los alegres chillidos de las dos hijas del propietario de la casa, que se columpian de una cuerda atada a una rama del único árbol, seco. Cuando alcanza el último escalón, se alza el grito de las pequeñas:

–*Salam, kaka* Rasul!

Mientras abre la puerta, una voz ronca y amenazante le impide deslizarse al interior:

–Eh, Rasul, ¿hasta cuándo crees que vas a poder escaparte de mí?

Es Yarmohamad, el propietario. Rasul se vuelve hacia él, maldiciendo a sus hijas en silencio. Tocado con un gorro de oración, Yarmohamad se asoma por el marco de la ventana:

–Entonces, ¿dónde está el alquiler? ¿Eh?

Contrariado, Rasul baja penosamente la escalera y va hacia la ventana para decirle que, tal como ayer le prometió, hoy ha ido a recuperar su dinero, pero no lo ha conseguido. La señora que se lo debía se ha marchado. Durante todo el día la estuvo buscando, pero...

Pero siente una extraña sensación de vacío en su garganta. Ningún sonido sale de ella. Tose. Una tos vacía. Seca. Sin ruido. Sin cuerpo. Respira profundamente y tose otra vez. De nuevo, nada. Inquieto, intenta dar un grito, sólo un grito, qué más da. Y sigue sin salirle nada, sólo una respiración ahogada, ridícula.

¿Qué me pasa?

–¿Entonces? –se impacienta Yarmohamad.

¡Que espere! Algo grave sucede. Rasul ya no tiene voz.

Intenta de nuevo aspirar el aire profundamente, concentrar sus fuerzas en el pecho, empujar las palabras hacia los labios. En vano.

–¿Has encontrado a esa persona que te debía dinero? –exclama Yarmohamad en tono burlón–. ¡Entonces dime su nombre! Y mañana tendrás lo tuyo... Vamos, dime el nombre...

Si tú supieses, Yarmohamad, no te atreverías a hablar de ese modo a Rasul. Él la ha matado. Y si le cabreas, te matará a ti también. ¡Mira toda la sangre que lleva encima!

Rasul se pasa la mano por la camisa manchada de sangre, y de este modo hace callar a Yarmohamad, que, asustado, se retira a su habitación, refunfuñando:

–¡Tonterías! Siempre con las mismas fanfarronadas...

Déjale que gruña, Rasul. Ya sabes lo que viene a continuación: volverá a la ventana y seguirá diciendo que si te ha aguantado dos años ha sido por respeto a tu primo Razmodin, que si no fuera por su amistad hacia él ya te habría sacado por la puerta, que ahora ya se acabó, que ya le dais lo mismo, tú y tu primo, etc.

Haz oídos sordos y entra. No eches un vistazo para ver si Rona, su mujer, está o no.

Seguro que está, detrás de otra ventana. Mira a Rasul con aire compungido, como buscando excusas. Ella lo ama. Él, Rasul, desconfía. Sin embargo, no es que ella le disguste. A menudo se masturba pensando en ella. Su desconfianza viene de no saber qué tipo de sentimiento, de pasión o de compasión, abriga respecto a él. Si es compasión, la detestaría. Y si es pasión, eso deterioraría aún más sus relaciones con Yarmohamad. Entonces, ¿para qué pensar en ello? Que pase a su habitación. Que descanse para recobrar el resuello y la voz.

El chirrido seco de la puerta agita a todo un ejército de moscas que se cuela dentro con la esperanza de encontrar algo que chupar. Aquí no hay nada. Sólo libros desperdigados, un colchón mugriento, algunas ropas viejas colgadas de la pared, un cántaro de barro en una esquina de la habitación. Y nada más.

Rasul se abre camino apartando con el pie los libros esparcidos alrededor del colchón. Se tumba en la cama, sin quitarse los zapatos. Necesita un momento de reposo.

Cierra los ojos. Respira acompasada, suave, lentamente.

Su lengua no es más que un trozo de madera reseco.

Se levanta.

Bebe.

Vuelve.

Su garganta sigue estando seca y vacía. Vacía de sonidos.

Respira profundamente, sopla nerviosamente.

Sigue sin vibrar.

Presa de la angustia, se sienta y se golpea el pecho. En vano. Vuelve a golpearse, más fuerte.

¡Calma! No hay ninguna razón para inquietarse. No es más que un velo en la garganta, un trastorno respiratorio. Eso es todo. Tienes que dormir. Mañana, si sigue así, irás al médico.

Se acuesta, se da la vuelta hacia la pared. Con el cuerpo encogido, las manos entre las rodillas, los ojos cerrados, duerme.

Duerme hasta que se eleva la llamada a la oración de la noche, y los disparos, que se oyen desde el otro lado de la montaña, se diluyen. Y después el silencio. Es ese silencio inquietante lo que le despierta.

Febril. Sin fuerzas para levantarse. Ni ganas. Con aprensión, intenta de nuevo forzar la voz. El aire sigue saliendo con fuerza, sin palabras. Cada vez más turbado, vuelve a cerrar los ojos, pero los gemidos ahogados de una mujer lo sobresaltan. Se queda quieto. Aguanta la respiración, entrecortada, y aguza el oído. No hay gritos, ni voces. Curioso, se levanta lentamente, va hacia la ventana, y a través de los racimos de moscas pegados al cristal echa un vistazo al patio. Bajo la luz desabrida y fría de la luna, el patio está vacío, triste y entumecido.

Tras una pausa, enciende una vela. Saca un cuadernito de entre los libros, lo

abre, y garabatea en una página: *Hoy he matado a nana Alia*; después lo tira a un rincón, entre los libros.

Bebe agua.

Apaga la vela.

Vuelve a la cama.

Sobre la pared, justo por encima de su cuerpo vencido, la luna proyecta una cruz: la sombra de la ventana.

Era un día de primavera. El Ejército Rojo ya había abandonado Afganistán, y los muyahidines todavía no se habían hecho con el poder. Yo acababa de regresar de Leningrado. Por qué me había marchado de allí, eso es otra historia que no puedo contar aquí, en este cuaderno. Volvamos al día en que te conocí. Fue en la biblioteca de la Universidad de Kabul, donde yo trabajaba. Tú viniste a por un libro, pero te llevaste mi corazón. Cuando te vi, tu mirada, huidiza y pudorosa, me conminó a dejar de respirar, tu nombre impregnó mi aliento: Sufia. Todo se paró a tu alrededor, el tiempo, el mundo... para que tú, sólo tú, pudieras existir. Sin decirte una palabra, te seguí hasta tu clase; incluso te esperé a la salida. Pero me fue imposible aproximarme a ti, abordarte. Después, era siempre la misma historia. Hacía todo lo posible para cruzarme contigo, lanzarte una mirada, dirigirte una sonrisa, y nada más. ¿Por qué no conseguía declararte mi amor? No lo podía entender. ¿Por falta de audacia? ¿Por orgullo? Fuese por lo que fuese, toda nuestra historia se resumía en esas miradas furtivas y en esas discretas sonrisas de las que, quizás, no te percatabas; e incluso, si te dabas cuenta, no te atrevías, por timidez o por pudor, a responderme.

Es este amor el que me hizo venir a instalarme a este barrio de Deh Afghanan, al pie de la montaña de Asmai, a dos pasos de tu casa. En esa época vivíais en otra casa, una que dominaba toda la ciudad, muy cerca de esas enormes rocas que yo hubiera querido tallar, como Farhad, para esculpir tu efigie.

Todas las mañanas, te acompañaba discretamente a la universidad, y al mediodía, a tu casa. No cogías el autobús, seguramente a propósito. Con los cabellos cubiertos por un ligero velo, los ojos pegados al suelo, caminabas lentamente. Con el corazón desbocado al ir acompañada, aunque fuera a distancia, por tu enamorado, ¿a que sí? Un día, por lo menos te atreviste a provocar un incidente para que yo pudiera abordarte. Un truco de lo más viejo: dejaste caer tu cuaderno al suelo, esperando que yo fuera a recogerlo y a devolvértelo. Pero no, ¡ tiro errado! Lo agarré con fuerza, pero nunca te lo devolví. Me lo llevé, apretado contra el pecho, como un Corán. Y ése es el cuaderno en el que te escribo.

El mismo que acaba de sacar para anotar en él: Hoy, he matado a nana Alia.

También ha escrito poemas, cuentos, todos dedicados a Sufia, por supuesto, pero que ella todavía no ha llegado a leer, como éste:

Sombría está la tierra. Sombrío el día. Y mírame, Sufia, en medio de este

imperio de tinieblas, mi corazón se exalta. ¡Porque esta tarde volverá a verte!

Tú no me viste. Y puede ser, incluso, que no supieses que esa noche cené en tu casa. Sí, fui a tu casa, con tu padre, e incluso vi a tu hermano Daud.

Hacía casi un año y dos meses que te había perdido de vista. O más exactamente, un año y cuarenta y seis días. Sí, hacía un año y cuarenta y seis días que había vuelto a Mazar Sharif con mi familia. Pero mi sitio ya no estaba en esa casa. Mi padre, que tanto había deseado que yo estudiase en la URSS, el país de sus sueños, estaba decepcionado por mi retorno. No me soportaba. Siete meses después los abandoné. Y cuando regresé a Kabul, otra guerra acababa de comenzar, una guerra fratricida esta vez, en la que ya no se disparaba en nombre de la libertad sino por venganza. La ciudad entera se había escondido. La vida, el amor, habían sido olvidados... Sí, a esa ciudad, yo volvía a buscarte. Pero ya no vivíais en la misma casa. Os habíais marchado, pero ¿adónde? Nadie lo sabía.

Aquel día, a mediodía, yo me encontraba en la tchaykhana. Una nube de humo de tabaco llenaba la casa de té, abarrotada de barbudos, y yo estaba sentado en un rincón bebiendo té. Los pasos de un hombre, que subía con esfuerzo por la escalera, atrajeron mi atención. Era tu padre, Moharamollah, que había perdido una pierna, con las muletas bien sujetas bajo los brazos. No me lo podía creer. Mi entusiasmo se extinguió en el acto. Dos amigos le seguían. Uno, sin muletas, cojeaba penosamente; el otro había perdido un ojo y el brazo derecho. Los tres estaban colocados, después de haber estado fumando hachís en el fumadero del sótano, la saqikhana. Se sentaron en el rincón, cerca de mí. Yo me aparté rápidamente para dejarles sitio. Tu padre se sentó a mi lado. Me lanzó una mirada penetrante que, a mi pesar, me obligó a sonreírle. Mi sonrisa le exasperó. Me preguntó con voz ronca y cansada:

—¿Sonríes acaso por vuestra victoria? —y alargando hacia mí el muñón de su pierna cortada—: ¡OS felicito por la victoria, bradar!

Me tragué la sonrisa. Me acerqué a él para decirle que yo no era ni un dabarich, un barbudo, ni un tovarich, un camarada, ni un vencido, y menos aún un vencedor. Y alisándome la barba, le aseguré que este disfraz no era más que un «regalo» de la guerra. Tuve la impresión de que esta respuesta tan bien razonada le convenció. Su mirada se suavizó y con voz tranquila me preguntó de dónde era. De aquí, de Deh Afghanan.

—Es la primera vez que te veo —dijo escrutándome.

Busqué un modo de explicarle que yo sí sabía quién era él, que estaba enamorado de su hija, y que...

Pero no me lo quise permitir. En esos tiempos de dudas y sospechas, no convenía intranquilizar a la gente. Así que le dije que me acababa de mudar.

—¿Y a qué te dedicas?

Mientras yo me inventaba una profesión tranquilizadora, uno de sus compañeros, el manco, se reía y le decía al otro:

–¡Eh, Osman, ahora nuestro tovarich Moharamollah se ha hecho investigador!

–¿Tú sabes por qué Allah al-Alim, el que todo lo sabe, creó al gato sin alas? –preguntó Osman, el cojo.

–¡Porque si no se comería todos los pájaros del cielo! –respondió el manco–. Alabado sea Allah, el Vigilante, que no ha hecho de Moharamollah un muyahidín alado, porque si no...

Estallaron en risas. Tu padre se volvió hacia ellos, molesto:

–Esperad a que lleguen esos gatos barbudos con alas, y cuando os la hayan metido bien metida, se os van a quitar las ganas de reír.

Con esa amenaza, a sus compañeros les entró un auténtico ataque de hilaridad. El manco se acercó a él y le dijo:

–¡Ahí le has dado! ¡Nos reímos porque ya la tenemos en el culo!

Su réplica hizo partirse de la risa a toda la casa de té, Moharamollah incluido, pero no al patrón, que, alarmado, intervino:

–Calmaos, van a pasarse por aquí, y uno de estos días nos van a prohibir la tchaykhana y la saqikhana.

–¡Claro que te van a quitar la saqikhana! ¡Aunque gracias a nuestros hermanos musulmanes, los bradars, abundan ahora el hachís, las saqikhanas y los culos abiertos! –respondió el manco, secándose las lágrimas.

Todo el mundo reía a más y mejor, y el patrón perdió la paciencia. Fue al mostrador, volvió con un cubo de agua y lo arrojó sobre los risueños inválidos. Éstos se sobresaltaron y dejaron de reír.

–¡Te pagamos para fumar y tú nos jodes el colocón! –dijo el manco, levantándose y gruñendo entre sus barbas.

Los dos, empapados, abandonaron el salón de té.

Tu padre se quedó allí, sombrío. Se volvió hacia mí, que le miraba con aire divertido. Seguro que no entendía mi regocijo. Ignoraba que no eran las bromas de sus compadres lo que me alegraba, sino su presencia allí, el tan esperado encuentro de alguien de tu familia, juna señal de ti!

–No te rías de nosotros, joven. Es el destino el que nos vuelve ridículos, el destino –dijo grave, lentamente. Después de un breve silencio, prosiguió–: El destino... Con razón se dice que es el destino el que obliga al espejo, un día, a conformarse con las cenizas. ¿Sabes lo que quiere decir eso? –no esperó mi respuesta–. Sabrás que el espejo es un vidrio azogado. ¡Y cuando el paso del tiempo se lleva el azogue, el espejo se cubre de cenizas! Sí, es él, el destino, el que lo todo lo cubre de cenizas... ¿Qué edad tienes?

–Veintisiete años.

—Yo tengo dos veces tu edad... Y algo más... ¡Una vida digna! —su mirada se ausentó, luego prosiguió—: Tengo sangre en el corazón, pero no en las manos. Mis manos son puras... —me mostró las palmas—. Yo también he hecho la yihad... pero a mi manera... —se me acercó—, durante mucho tiempo fui el director administrativo de los Archivos Nacionales. Estaban en Salangwat, aquí al lado... En la época de los comunistas, los primeros, esos a los que llamaban khalqi. Sí, en aquella época teníamos un director general, de la raza de los perros, que vendió todos los archivos a los rusos. Cada vez que desaparecía un documento, tenía ganas de estrangularlo. Era la historia de nuestro país lo que estaba vendiendo. ¿Lo entiendes? ¡La historia de nuestro país! A un pueblo que no tiene historia puedes hacerle cualquier cosa, ¡cualquier cosa! Y la prueba... —la prueba se la calló, dejándome a mí la tarea de buscarla entre las ruinas de nuestras almas—. En resumen, yo no podía hacer nada contra ese director. Era un khalqi... —escupió con desprecio y se dirigió al patrón de la tchaykhana, gritando—: Musa, un té para... —señalándome con la cabeza. Una pausa, para acordarse de lo que estaba hablando. Yo le ayudé—. Sí, claro... el hachís... te jode la memoria. No, no es el hachís, ¡perdón!... ¡es el destino... cubre de ceniza la memoria! Para soportar el destino hace falta el hachís, una buena cantidad para no sentir nada. Pero ¿dónde encontrar dinero hoy en día? Si lo tuviese, todavía estaría ahí abajo, en la saqikhana...

Le invité. Él no rehusó. Nos levantamos, pedimos al patrón que nos llevase el té al fumadero. Bajamos. El lugar, lleno de humo, estaba iluminado por la luz amarilla de una lámpara de petróleo colgada del techo. Se adivinaba a los hombres silenciosos, con la mirada perdida, sentados en círculo alrededor de un gran shilom. Todos en trance. Tu padre encontró un rincón para nosotros. Él fumó, yo no. Poco a poco, los demás se fueron yendo, y cuando ya no quedábamos más que él y yo, retomó el hilo:

—¿Qué te estaba contando? —y otra vez le ayudé. Él continuó—: Sí, ese perro del director... Ese perro, a quien la suerte había dado alas, era uno de esos nuevos ricos que había oído hablar del whisky, pero que nunca lo había probado. Un día me pidió que le llevase una botella. ¡No decía whisky sino wetsakay! —estalló en carcajadas—. ¿Sabes lo que significa wetsakay en pastún? —de nuevo no me dio tiempo a contestar—. Significa ¿quieres beber? —una pausa, después se puso serio—. Fui a comprar un alcohol local, el peor que pude encontrar, ¡y le añadí un poco de Coca-Cola y un poco de té! Parecía whisky. Llené una bonita botella y la cerré bien. ¡En plan profesional! Y se la llevé. Le pedí seiscientos afganis; en esa época, ya sabes, era mucho dinero. Enseguida empezó a pedirme continuamente wetsakay, y yo le proporcionaba ese mismo alcohol. Algunos meses después su hígado explotó, reventó, se acabó, ¡KAPUTT! —orgulloso, dio una larga calada al narguile y espiró el humo hacia

la lámpara—. Ahora dime, joven, ¿no es eso yihad? ¡Yo también puedo pretender que soy un muyahidín, un bradar, un ghazi! —yo no sabía qué responderle. Lo miraba con tristeza—. Desde aquel día, invoco a Allah y le interrogo sobre mi justicia, y también sobre su justicia. Escucha, joven, ese perro del director era un traidor y debía ser castigado. Eso es lo que hice. ¡No podía esperar al cambio de régimen para que se le hiciera un juicio! —otra calada al shilom, y una pausa—. Ahora el régimen ha cambiado... Hoy en día no importa que cualquier cretino quiera hacer cumplir su justicia, sin investigación, sin proceso. Como yo en aquel entonces. El objetivo del castigo es suprimir la traición y no a los traidores... Entonces, ¿qué? Hoy en día me pregunto si este tipo de juicio y de castigo no es un crimen en sí mismo.

Absorto hasta entonces en los rasgos y la voz de tu padre, me sobresalté de repente y le pregunté si había leído Crimen y castigo. Él posó en mí una mirada de incompreensión, y luego se echó a reír:

—¡No, joven, no! La vida... ¡he leído la VIDA!

Y súbitamente calló. Durante largo rato. Yo también. Él fumaba. Yo reflexionaba. Cada cual en su mundo. Mi mundo estaba habitado por ti. Buscaba un modo de hacer hablar de ti a tu padre. De repente, volvió a hablar, todavía de su mundo particular:

—El turno de los khalqi había acabado y el turno de los rusos llegó. Esto fue un poco antes de su partida... Llovían misiles por todos lados. Y un día uno alcanzó los archivos. Todos estábamos en la oficina. Junto con mis dos compañeros, los dos que has visto, corrí para salvar de las llamas los documentos más importantes. Otro misil, y nosotros, los tres, nos encontramos cubiertos de sangre —sacudió la cabeza, arrepintiéndose de su valentía—. Ahora somos unos inválidos. ¿Quién nos pone una medalla? ¿Quién piensa en nosotros? ¡Nadie! —de nuevo, el silencio. De nuevo, los remordimientos, los arrepentimientos...—. Desde entonces estoy en casa, con mi mujer y mis hijos. Tengo que darles de comer, pagar el alquiler. ¿Quién va a pagar todo eso? Cuando fui a pedir dinero, me insultaron. Como había trabajado para el régimen comunista, me trataron como a un traidor. No tuve elección: todos los documentos preciosos que había guardado los dejé en custodia en casa de mi casero, un militar, que conocía perfectamente su valor. Pero murió de un ataque al corazón. Sólo quedaron la esposa y la hija. Después de su muerte, tuve que renegociarlo todo con la mujer... Nana Alia, ¡una puta! ¡Una zorra inculta! No sólo nunca me devolvió los documentos, sino que además cada mes nos subía el alquiler. Ya no nos quedaba nada. Mi pobre mujer dejó a esa basura toda su dote en prenda, sus joyas... Ahora es mi hija la que trabaja en su casa para pagar el alquiler.

«¡Sufia! ¡Entonces está aquí!», me hubiera gustado gritar, levantarme,

abalanzarme sobre tu padre para abrazarle.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó, sacándome de mi oculta felicidad interior—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Le dije mi nombre; le dije que trabajaba en la biblioteca de la universidad. Tras un silencio, acompañado de una mirada llena de ternura, constató:

—Ya se ve que estás educado, que eres de buena familia —una nueva pausa—. Yo tengo dos hijos. Una chica y un chico. Mi hija es pura, inocente —se levantó—. Es tarde. Tengo que regresar. Se preocuparán por mí...

Abandonamos el fumadero y nos perdimos en la bruma desapacible y polvorienta del crepúsculo. Después de algunos pasos en silencio, tu padre continuó, como si nunca hubiera dejado de hablar:

—Pero la guerra no conoce ni la pureza ni la inocencia. Eso es lo que me aterra de la guerra. La sangre y las masacres no me dan miedo. Que la dignidad y la inocencia pierdan su valor, eso es lo que me asusta. Mi hija, como su madre, es la más pura, la más honrada... —un nuevo silencio, largo esta vez, hasta que nos detuvimos ante vuestra casa—. ¡Aquí es donde vivo! —dijo abriendo la puerta.

Temblando, le tendí la mano para despedirme, pero él me lo impidió:

—¿No entras? Me has invitado, me has acompañado hasta aquí, ¿y piensas que te voy a dejar marchar?

Me invitó. Cuando puse un pie dentro, llené los pulmones con una gran bocanada de aire, ese aire respirado por ti. Lo guardé dentro de mí el mayor tiempo posible... Seguí a tu padre, que cruzaba vuestro pequeño patio, pasando bajo una parra que empezaba a echar brotes. Cada vez más confuso, temía el momento en que nos encontrásemos. Mi mirada lo exploraba todo, registraba las esquinas y los rincones del patio, inspeccionaba las ventanas cerradas de las habitaciones, recorría con los ojos el tejado de la casa, desde donde tu hermano, con una paloma entre las manos, nos miraba:

—¡Hola! —dijo.

—¿Todavía estás en el tejado?

—Había un gato rondando por aquí —respondió tu hermano con picardía.

Tu padre se volvió hacia mí:

—Es Daud, mi hijo. Desde que cerraron las escuelas, cuida de mis palomas. Yo ya no puedo subir ahí arriba.

Entramos en la casa. Tu padre me condujo a una habitación oscura en la que encendió una vela; después se marchó, dejándome con el deleite de acariciar con el pie el único kilim que había en el suelo. Completamente turbado por mis palpitaciones amorosas, vacilé antes de sentarme sobre uno de los tres colchones. Me pregunté si tú sabías que yo estaba allí, en tu casa. Pues no. Esa tarde no

pude verte, mi amada. Después de la cena, me fui de tu casa con la esperanza de regresar pronto.

Otro pasaje:

El viernes pasado, mientras holgazaneaba en la cama, buscando un pretexto para volver a tu casa, fui violentamente arrancado de mi letargo por la deflagración de una bomba que hizo temblar el barrio. Presa del pánico, me apresuré a abandonar la habitación, y movido por un extraño presentimiento corrí hacia el lugar de la explosión. Lo que vi me dejó petrificado. La casa de té ya no era más que una ruina envuelta en llamas, de la que se elevaba una humareda acre. Mujeres y hombres se afanaban en desenterrar los cuerpos sepultados bajo los escombros. Por lo que estaban diciendo, entendí que algunos se habían podido salvar, pero que otros estaban todavía atrapados bajo los cascotes. Empecé a ayudar a esa gente a sacar a las víctimas. Entre los escombros, descubrí a tu padre agonizante. Le puse en un carro y lo llevé a su casa.

Y tú, tú nos abriste la puerta.

Sufia no reconoció a Rasul bajo la tupida barba. Tampoco él se presentó. Y no fue hasta después de hacer venir a un médico, y de marcharse a buscar medicinas, cuando poco a poco ella fue recordando su cara. Pero en seguida olvidó la alegría del reencuentro con los últimos suspiros de su padre. Esa misma tarde el destino de Sufia estaba entre sus manos, entre sus manos vacías, pero firmes.

Así encontró una nueva familia que vio en él un hombre, un salvador, un protector... importantes adjetivos para una persona tan orgullosa.

Pero miradlo hoy aquí, harapiento, inseguro, al borde del abismo, perdido en sus ensoñaciones, devorado por las pesadillas, bajo la luna que huye por las paredes.

La sombra de la ventana se rompe ahora sobre su cuerpo febril.

De nuevo un grito, el mismo que antes, pero todavía más fuerte; luego gemidos, cada vez más lastimeros. Laceran el silencio de la habitación y penetran violentamente en el sueño de Rasul, que se sobresalta y se sienta en el lecho, conteniendo la respiración para oír mejor. ¿De dónde vienen esos lamentos? ¿De quién? Pugna por levantarse. No tiene fuerzas. ¡El dolor del pie! Tiene la sensación de que lo agarran por los tobillos. Se arrastra hasta la ventana, y levanta la cabeza para echar un vistazo al patio. Primero distingue a las dos hijas de Yarmohamad, que abajo en la terraza, cada una con un quinqué en la mano, miran con extraña serenidad hacia el árbol muerto, que Rasul no alcanza a ver. Se alza un poco más. Lo que ve le corta la respiración: Yarmohamad sale del corredor, con un enorme cuchillo en la mano. Se abalanza sobre el cuerpo desnudo de una mujer, colgada por los tobillos, con la cuerda del columpio, de una rama del árbol. La mirada petrificada de Rasul se dirige a la ventana de atrás, en la que ve a Rona, que también lleva un quinqué. Pero ella no mira ni a su marido, ni al árbol, ni a sus dos hijas. Le está mandando besos, discretamente. Rasul, atónito, se acerca un poco más a la ventana. Yarmohamad hace girar el cuerpo y aparece el rostro de la mujer. Es Sufia. Rasul grita. Un grito ahogado, que muere en su pecho. Yarmohamad comienza a cortar los pechos de la muchacha. Los lamentos se transforman en chillidos. Rasul, incapaz de mantenerse en pie, golpea furiosamente la ventana. Yarmohamad, imperturbable, acaba de cortar los pechos a Sufia, que cesa de lamentarse y gemir. Rasul continúa golpeando la ventana hasta que rompe el cristal.

De repente, el ruido de la puerta que se abre, la luz violenta de dos linternas que lo ciegan, y las terribles vociferaciones de los hombres barbudos, armados de kalashnikovs, que toman al asalto la habitación. Rasul, desmoronado al pie de la ventana, en medio de los pedazos de cristal, intenta incorporarse. Uno de los asaltantes se dirige hacia él, le aporrea la cabeza con la linterna. Otro rebusca entre las pilas de libros.

—¡Satán comunista, escondido como una rata!

Rasul cierra los ojos, luego los abre de nuevo con la esperanza de ver desaparecer esas sombras pesadillescas. Vano esfuerzo, todavía están ahí. Y tú ya no estás en tu sueño. ¡Defiéndete, haz algo!

¿Qué?

Tranquilízalos, diles que no eres comunista, que esos libros rusos no son propaganda comunista, sino las obras de Dostoievski. ¡Grita!

—¡Los rusos se han follado a tu madre!

Uno de los hombres le parte un labio con un libro; corre la sangre.
¡Olvida a Dostoievski! Di otra cosa, suplica, jura, en el nombre de Allah...
Lo intenta, pero Allah no suena en su garganta.

Uno de los hombres le golpea aún más fuerte, le tira al suelo. Desde ahí, Rasul divisa a Yarmohamad que, de pie en el umbral de la puerta, contempla satisfecho la escena. Uno de los hombres le interpela:

—¿Cuánto tiempo hace que se oculta aquí?

Él adelanta un paso y responde servilmente:

—Más de un año... Os lo juro, fue por amistad con su primo por lo que le alquilé la habitación. Su primo, Razmodin, es un muyahidín recto y piadoso... Juro por Allah que éste le esconde los libros hasta a su primo. Razmodin no es de esa clase de gente que se haga responsable de un impío comunista, ni aunque fuera su propio hermano...

Rasul, asqueado, quiere protestar, se incorpora para lanzarse sobre Yarmohamad, cogerlo del cuello, golpearlo, hacerle entrar en razón. ¡Un poco de dignidad, Yarmohamad! Pero la patada que recibe en el bajo vientre le dobla por la mitad.

—¿Te estás escapando?

¿Escaparme? No...

—¿Por qué has roto la ventana?

¿La ventana?... No, pero... Confundido, Rasul se levanta con esfuerzo para echar un vistazo hacia el patio, donde todo está oscuro, silencioso. Desconcierto absoluto. Su mirada, inquieta, vuelve a Yarmohamad, a sus manos vacías, limpias.

—¡Vamos, te vienes con nosotros al cuartel!

Se lo llevan, junto con algunos libros rusos como evidencia. Al pasar delante de Yarmohamad, Rasul le mira fijamente a los ojos para hacerle comprender que va a pagar cara su cobardía. Le oye murmurar:

—También Razmodin te la va a meter bien metida, ¡tú y tus libros!

No, no es creíble que estos dos hombres hayan venido a mi casa a tales horas para darme una paliza sólo a causa de los libros. A la fuerza alguien ha tenido que denunciarme por el asesinato de la vieja. ¡Es el fin! La mujer del burka azul cielo. Es ella. Se ha deshecho de mí. Yo también voy a contarlo todo. La voy a denunciar como cómplice. ¡No tiene derecho a vivir en paz sin compartir conmigo mi crimen y mi castigo!

¿Sigo dormido?

Y este silencio, de cuando en cuando perturbado por murmullos, por el ruido de pasos furtivos, por lamentos ahogados... ¿lo escucho en sueños?

Abre los ojos y lo sabrás.

Pero una luz blanca lo ciega. Cierra los ojos y los vuelve a abrir con cuidado. Sigue estando la misma luz. Aguza el oído. Siguen estando los mismos sonidos. ¿No es un sueño, entonces?

No. De eso puede estar seguro. Esta luz pálida, estas paredes blancas, estas voces ahogadas que dan la impresión de estar en un hospital... Sólo que no está en una cama blanca. Está recostado en un viejo sofá de cuero, con un agujero en la memoria que intenta llenar con las imágenes y los sonidos que le asaltan: los dos hombres que le han linchado en su habitación; la puerta del «Ministerio de Información y Cultura»; el haz de luz cegadora de un guardia que los detiene; los dos hombres que lo escoltan para subir por la escalera del edificio; el dolor punzante del tobillo; un largo pasillo, iluminado por débiles bombillas, en el que adormilados jóvenes heridos están echados en un rincón, mientras otros fuman en sillas o en viejos sillones desvencijados; más allá otros, sentados en el suelo alrededor de un mantel, comen pan y queso; un poco más lejos, tres o cuatro hombres limpian unos viejos trabucos rusos; un anciano recita el Corán; otro cocina en un hornillo, infectando el lugar con un grasiento olor a especias... Una sensación extraña e inquietante se apodera de Rasul. Cree estar viviendo una escena ya vivida. Tiene la sensación de correr y recorrer, a lo largo y a lo ancho, ese pasillo interminable, bajo miradas suspicaces y turbias. Pierde la consciencia. Todo se vuelve negro.

Ahora está aquí, sentado frente a un hombre muy serio que, tras un gran escritorio, hojea sus libros rusos, husmea los papeles que están dentro de los libros; y detrás de él, los dos barbudos que le han amenazado.

Al enderezarse, atrae la atención del hombre apostado tras la mesa. Tranquilo, tocado con un *pakol*, el rostro afilado, la piel morena, una barba cuidadosamente recortada. Cesa de leer y, con una ligera sonrisa, pregunta a Rasul:

–*Watandar*, ¿de dónde eres?

Watandar, una palabra tranquilizadora, una hermosa expresión casi olvidada desde que empezó esta guerra fratricida. Hoy son escasas las personas que llaman «compatriotas» a gente que no es de su bando. ¡No temas nada, pues!

En efecto, no hay nada que temer. Voy a sentarme correctamente en el sofá, y a responder con total serenidad que soy de Kabul.

Sus labios se mueven. El nombre de su ciudad natal no es más que un soplo sordo, inaudible.

—No he oído nada —dice el hombre inclinándose por encima de la mesa.

¿Ya se le ha olvidado que su voz está apagada?

Una tos para limpiar la garganta. Sigue sin vibrar el más mínimo sonido.

Aturdido, intenta mover las manos, hacer gestos, mostrar la nuez de Adán, agarrársela nerviosamente con los dedos, para dar a entender que no puede hablar.

—¿Eres mudo?

No, niega.

—¿Oyes?

Sí.

—¿Estás enfermo?

Humm, sí.

El hombre se arrellana en su sillón, y con mirada sospechosa contempla fijamente a Rasul durante un largo rato; luego pregunta:

—Tú, ¿de qué bando eres?

¡De ninguno!, resopla Rasul, pero las palabras permanecen prisioneras entre sus cuerdas vocales, y agita las manos en todos los sentidos para describir la palabra.

El hombre se levanta del sillón y le tiende un lápiz, que él coge para escribir: «De ninguno». El hombre lo lee. Después escruta de nuevo a Rasul, preguntándose, sin duda, cómo es posible vivir en esta tierra desgarrada por la guerra civil y no pertenecer a ningún bando. Luego:

—¿De qué etnia eres?

Rasul garabatea: «Nacido en Kabul». Nada más. El hombre no parece estar muy convencido con la respuesta:

—¿Dónde has aprendido ruso?

Rasul escribe: «Estudié en Rusia». El hombre lee la respuesta en voz alta, y pregunta:

—¿Y qué estudiabas?

«Derecho», escribe Rasul y, tras dudar un breve instante, añade: «¡Y leí a ese maldito Dostoievski!». El hombre lee, se ríe, y pregunta:

—¿Por qué «ese maldito Dostoievski»?

Rasul hace un gesto de cansancio, y señala su camisa manchada de sangre. Su interlocutor continúa:

—Estos dos *watandars* son unos incultos. Para ellos un libro ruso es forzosamente propaganda comunista.

Muy bien, Rasul, estás salvado. Este hombre puede comprenderte. No hay que desperdiciar la oportunidad para saber un poco más sobre el motivo de tu arresto. Pero ¿por dónde empezar? ¿Conocerá, quizás, a Dostoievski?

Él escribe, el otro lee y responde:

—Sí, cuando era estudiante leí sus libros, pero por supuesto en persa. Yo estudiaba en el Instituto Politécnico, pero después de las manifestaciones de 1981 contra la invasión soviética, abandoné los estudios para unirme a los muyahidines. Y tú, ¿tú estabas en el... Komsomol?

Es astuto, más astuto de lo que pensabas. No se deja interrogar por un joven kabulí como tú. No juegues con él. En este momento, tu vida está en sus manos. Te puede aplastar de un soplo. No seas arrogante. Presenta tu vida sencilla y humildemente: has pasado algunos años en Rusia, en Leningrado... No, hay que decir San Petersburgo. Habla de tus desventuras, de los conflictos con tu padre comunista, que te envió a estudiar a Rusia en contra de tu voluntad. Estuviste allí justo tres años, de 1986 a 1989. Allí conociste a una chica a la que llamabas *Kussinka*, pollito mío. No, mejor deja pasar la historia de amor con una chica rusa. A este muyahidín no deben de gustarle este tipo de aventuras con chicas *kafir*. Escribe simplemente que conociste a un especialista de Dostoievski. Él te regaló ese primer libro, *Crimen y castigo*, que cambió tu vida. Que lo ha echado todo a perder...

¡Pero no! Eso es demasiado largo de escribir. Hay que ser preciso, conciso.

Se pone a resumir su vida, pero apenas ha escrito la primera frase, la voz potente y reflexiva del hombre le hace parar. Está leyendo uno de sus papeles manuscritos —son los fragmentos de *Crimen y castigo* que Rasul ha traducido—, después se detiene para decir que hace mucho tiempo él leyó *Los demonios*, pero no ese libro. Rasul salta a buscar entre sus papeles la traducción que había hecho de la contracubierta de *Crimen y castigo*. La encuentra y se la da. El hombre se apodera de ella y la lee bajo sus barbas: «El punto de partida de la novela es el asesinato de la vieja usurera, en un inmueble de San Petersburgo, por el estudiante Raskólnikov: su reflexión sobre el móvil del crimen, la influencia de Sonia o una misteriosa fuerza interior empujan al héroe a denunciarse a sí mismo y a convertirse en objeto de un castigo libremente consentido. Es durante los años de prisión cuando se le revelan su amor por Sonia y el camino de la redención». Mueve la cabeza para expresar su admiración, y después reflexiona en voz alta:

—Es una muy buena lección para los criminales.

Rasul se muerde los labios, esos labios que se mueven en vano para articular mil y una palabras a propósito del libro. Le gustaría exponer por quincuagésima vez los móviles de ese asesinato: no es únicamente el robo; para Raskólnikov, la usurera es una alimaña que le roba el dinero a los desgraciados,

y eliminarla no es sino justicia; acometiendo ese gesto, Raskólnikov reafirma su pertenencia a una raza de espíritus superiores que se sitúan «por encima del bien y del mal»; para él, su crimen es la transgresión suprema de la ley moral y social, es muestra de independencia y de libertad... Como todos los grandes hombres de la historia, como Mahoma, como Napoleón o...

¡Qué lástima!

—... debe de ser interesante como libro. Es una historia mística —prosigue el hombre con seriedad.

Y Rasul continúa maldiciendo su afonía, su incapacidad para contar que, en efecto, Dostoievski no es un escritor revolucionario y comunista, sino un místico. Él lo repitió cientos de veces, pero sus profesores rusos no lo admitían; no les gustaba ese tipo de análisis tan oriental. De hecho, no les gusta nada Dostoievski. En Rusia, no era apreciado en absoluto por los comunistas. Imposible para ellos aceptar que el pensamiento de Dostoievski sobrepasaba la psicología del hombre para alcanzar la metafísica... Este libro es para leerlo en Afganistán, un país de otra época, místico, que ha perdido el sentimiento de responsabilidad. ¡Rasul está convencido de que, si se enseñase aquí, no habría tantos crímenes!

¡Qué alma cándida!

Olvida a Dostoievski, salva tu pellejo, escucha a este hombre que te dice:

—Cuando recuperes la voz, ven a verme para hablar de todo esto tranquilamente.

De acuerdo, asiente Rasul con la cabeza, sin mucha convicción.

—Mis muchachos no te van a molestar —le dice el hombre recogiendo los libros. Después mira a Rasul con curiosidad, cuando una minucia le viene a la mente—: Hay una cosa que me intriga de todo esto.

¿Qué?

—Jano me ha dicho que cuando ellos llegaron tú querías huir. ¿Por qué?

No, él no quería huir, créele. Tenía una pesadilla. La puerta y la ventana estaban bloqueadas. No conseguía abrirlas. Mírale las manos, tienen heridas.

Pero ¡quién va a creer que se pueda romper una ventana en medio de una pesadilla!

El hombre se fija en las manos de Rasul, tendidas hacia él. Con aire pesaroso, dice:

—Tenemos que imponer el orden en ese barrio. Pero es difícil, y desarmar a la población no es suficiente. Tú coges sus armas, ellos cogen cuchillos y hachas... Ayer, alguien fue asesinado con un hacha, a plena luz del día.

Ya está, ya han descubierto el cuerpo de nana Alia. Y aquí estoy yo, el

asesino, ¡sentado delante del responsable de seguridad de la ciudad!

Rasul palidece. El otro se arrellana en el sillón.

—¿Qué te pasa, *watandar*?

Agitado, Rasul mira al hombre, con los labios temblorosos.

—Pareces cansado. Coge tus libros y vuelve a casa. Otro día nos veremos y hablaremos.

Le guiña el ojo, coge su fusil y va a despertar a Jano y a su compañero.

—¡Vamos, chicos, llevad a este hombre a su casa! —y dirigiéndose a Rasul—: ¿Cómo te llamas?

Rasul escribe su nombre.

—Rasul, nos hacen falta personas educadas como tú; para servir a la patria y al islam, quiero decir. Ven mañana a inscribirte y ayúdanos a mantener seguro el barrio. Tú eres de aquí. Conoces la vida y el pasado de todos y cada uno. Sabes quién vive y lo que hay en cada casa... —sonríe con una educación conmovedora, mientras se dirige a la puerta, después se gira de nuevo hacia Rasul—: Ven y pregunta por Pervez, ése es mi nombre —y se marcha.

¡El muy zorro! Debe de saberlo todo. Pero ¿qué quiere de mí?

—¡Venga, Rasulovski, muévete! —le ordena Jano, somnoliento.

Rasul permanece inmóvil.

—¿No quieres irte a tu casa?

Antes de entrar en el patio de su casa, Rasul sólo desea dos cosas: en primer lugar, que no haya sangre bajo el árbol (todavía alberga dudas sobre su pesadilla); después, no cruzarse con Yarmohamad, no quiere ensuciarse las manos con la sangre podrida de ese hombre al que odia, porque la muerte es un favor para ese tipo de gente. Hay que infiltrarse en sus vidas, atormentar su alma, aparecer en sus sueños, convertirse en su destino.

Entonces entra. Con sus libros bajo el brazo. En la espesura de la pálida noche, se acerca al árbol y pasa la mano por el tronco. Inspecciona el suelo, al pie del árbol. No hay restos de sangre. Se levanta y mira hacia la ventana de su habitación. El cristal está roto de verdad. Se vuelve hacia la ventana de Yarmohamad. Tras un breve momento de duda, se aproxima y grita que está de vuelta, sano y salvo. El grito se le queda atascado en la garganta. Entonces golpea la ventana. La cabeza afeitada de Yarmohamad surge de la penumbra. Con el rostro descompuesto, preocupado por su mujer y por sus hijas, le pide a Rasul que se calme. En vano. Rasul continúa golpeando el cristal. Después, blandiendo sus libros, le dedica un corte de mangas. Hecho lo cual, le da la espalda y sigue rumbo a su habitación. Aliviado, triunfante.

Vete, Yarmohamad, duerme ahora, ¡que acudan a ti todas las pesadillas! Me apareceré en tus sueños.

Una vez ha entrado en su habitación, tiene ganas de gritar. Gritar de alegría. O de horror. Espira violentamente, para extraer un grito, sólo uno. Pero no le sale nada. Sólo una bocanada de aire, ardiente, pero sin alegría ni horror.

Un sudor frío le corre por la espalda. Tira los libros al suelo, enciende una vela. Sobre todo le intriga la ventana rota. Sigue sin entender cómo ha podido romperla en sueños.

¿Me habré vuelto loco? ¿No dicen que los primeros síntomas de la locura se manifiestan cuando la pesadilla desborda el sueño para penetrar en la vigilia e instalarse en ella?

Desesperado, se quita los zapatos y se acuesta. Tiene miedo a cerrar los ojos. Tiene miedo de sus pesadillas. Sí, son esos demonios de la cama, esas sombras de la noche las que me roban la voz, las que me vuelven loco. ¡No puedo dormir!

Pero la fatiga es más fuerte que su voluntad. Le cierra los ojos, lo lanza al abismo de las tinieblas. Y no sale más que por la explosión de un misil, no muy lejos. Sobresaltado, se sienta, sudoroso. Su lengua sigue seca, su pecho en llamas.

De nuevo el silencio.

La montaña engulle la luna.

La noche consume la vela.

La penumbra entumece la habitación.

Rasul se levanta. Tras pegar otra vela sobre el cadáver de la vela apagada, bebe agua; después regresa a su lecho. Ya no quiere acostarse. Permanece sentado, apoyado en la pared. ¿Qué hacer? Leer un libro. Se agacha para tomar uno al azar, pero lo tira enseguida, y busca el primer volumen de *Crimen y castigo*, lo abre en la página donde Raskólnikov, después del asesinato, vuelve a casa... «Así permaneció tendido mucho tiempo. A ratos parecía despertar, y entonces advertía que era ya de noche, pero no se le ocurrió levantarse. Por fin se dio cuenta de que había claridad. Yacía en el sofá, postrado aún por el reciente letargo. De la calle llegaban a golpearle espantosos gritos estentóreos que eran, por otra parte, los que escuchaba cada noche debajo de su ventana hacia las tres de la madrugada. Ahora le habían despertado. “¡Ah! Ya salen los borrachos de las tabernas. Serán más de las dos –pensó, y se incorporó de golpe, como impelido por alguna fuerza ajena–. ¿Cómo? ¡Más de las dos!” Se sentó en el sofá y entonces lo recordó todo. En un instante le volvió todo a la memoria.

»En el primer momento, creyó que iba a enloquecer. Le embargó un frío espantoso. Pero...» Ese frío no viene de fuera. No, en absoluto hace frío. Es más bien una frialdad, una extraña frialdad que sale de dentro. Se desprende de la habitación, de las paredes pálidas, de las vigas podridas y ennegrecidas...

Se levanta y va a abrir la ventana. ¡Qué buen tiempo hace fuera! Se calza y abandona la habitación impetuosamente, baja por la escalera, atraviesa el patio, evitando cruzarse con el propietario. Y vuelve a encontrarse en la calle. Corazón alegre, cuerpo ligero, se dirige hacia la ribera. Por doquier mujeres, hombres, jóvenes, músicos, pasean bajo el sol del mediodía. En la orilla del río Neva, vaga en medio de los transeúntes. Nadie se fija en él. Nadie le lanza miradas desconfiadas. Sin embargo, con sus ropas gastadas y manchadas de sangre, le será difícil pasar desapercibido. ¡Qué gusto no ser señalado, ser anónimo! Llevado por la alegría de su invisibilidad, de repente, en la multitud, distingue a una mujer con burka azul cielo. ¿Qué hace aquí, en San Petersburgo? Pasa a su lado a toda velocidad. Aturdido, la mira con atención. Su modo de andar le resulta familiar. Ella desaparece entre la multitud. Al final, él vuelve en sí y se apresura. Divisa a la mujer del burka, que atraviesa un cruce muy concurrido. Él se pone a correr hasta perder el resuello, hasta poder alargar la mano y alcanzar a la mujer. Consigue agarrarla del burka, y se lo levanta. La mujer está desnuda. Espantada, se encoge para esconder el cuerpo y la cara, pero

también el objeto que lleva en las manos. Después, levanta lentamente la cabeza. Es Sufia. Aprieta entre las rodillas el joyero de nana Alia. Rasul, indefenso, la mira y murmura algo inaudible. Cierra los ojos, se arroja a sus pies para llorar, para dar gracias a Sufia. Se siente salvado. Ella lo ha salvado. Una mano le sacude.

—¡Rasul! ¡Rasul!

No es la voz de Sufia. Es la voz de un hombre. Una voz conocida. Es Razmodin, su primo. Pero ¿es realmente él?

Aquí, delante de ti, en tu habitación. ¡Abre los ojos!

A medio despertar, Rasul se levanta bruscamente, haciendo caer *Crimen y castigo*, que está sobre su pecho. «¿Razmodin?» El nombre de su primo agita sus labios y allí se pierde. Tose y hace el ademán de decir «*Salam*». Razmodin, arrodillado a su lado, le mira con inquietud.

—¿Estás bien, primo?

Rasul abre los ojos de par en par, y enseguida los vuelve a cerrar, aletargado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —insiste Razmodin.

Rasul asiente con la cabeza y se sienta en el colchón, mirando de reojo la ventana rota de la habitación. El día ya ha empezado, pero el sol sigue negro, negro por la humareda.

—¿Quieres que te lleve al médico?

No, no pasa nada, gesticula.

—¡Sí, sí, ya veo! Dime, ¿qué te pasa? —inquieta, la mirada de Razmodin se fija en la camisa de Rasul—: ¿De qué es esa sangre? ¿Te han pegado?

Tras un breve instante de reflexión, Rasul se pone en pie para echar un vistazo al patio, donde ve a Yarmohamad, que le está observando. Le hace señas para que suba a su habitación. Pero Yarmohamad se escabulle en el interior de su casa.

—¡Déjalo! Ha venido a mi despacho, al alba, para contármelo todo. Estaba blanco y me decía que no había sido él... Y es verdad. En estos días hay patrullas por todas partes. Sobre todo en este barrio... No tienes ni idea de todo lo que está pasando en el país en estos momentos. Te has evadido a no se sabe qué mundo, no te interesas por nada...

¡Para, Razmodin, por favor! Mira lo que le han hecho.

Razmodin se detiene, no para ver cómo está Rasul, sino para oír cómo se explica. Espera un momento. No hay palabras. Se asombra. Rasul se sube las mangas para enseñarle sus numerosos moratones.

—¿Qué hijos de puta! Pero tú también estás loco. ¿Por qué guardas en estos tiempos todos esos libros rusos?

El dolor del tobillo vuelve a Rasul. Con el rostro descompuesto, regresa a su lecho para frotárselo. Su primo lo mira de arriba abajo:

–¡Dostoievski! ¡Dostoievski! ¡Siempre de mierda hasta arriba con tu Dostoievski! ¿Cómo quieres que esa gente conozca a Dostoievski?

¡No son todos tan incultos como tú, Razmodin! El comandante Pervez, cuyo nombre debes de haber oído, lo conoce. Sus tropas están justo enfrente de donde vives, en el Ministerio de Información y Cultura. Pero en mi estado actual no puedo contártelo.

¡Escribe!

¿Para qué? Estoy más tranquilo así, sin palabras, sin conversaciones interminables. Lo dejo sumido en la perplejidad que le causa mi mutismo.

–Yarmohamad me ha dicho que te habían llevado al cuartel del comandante Pervez. Yo le conozco.

Mira, tenías razón.

–Cuando las manifestaciones de 1979 estuvimos juntos en la cárcel. Has tenido suerte de ir a dar con él. ¿Le has hablado de mí?

Rasul sacude la cabeza, negando, y luego se levanta para apostarse de nuevo tras la ventana. Yarmohamad ha vuelto al patio. Rasul vuelve a hacerle gestos para que suba.

–Olvídalo, se acabó. Le he dado los dos meses de alquiler atrasados, te va a dejar en paz.

Incómodo por la generosidad de su primo, Rasul vuelve a pasitos hacia la cama e intenta decirle gesticulando que no debía haberlo hecho, que él mismo habría pagado... Las mismas palabras que le soltó la última vez, cuando Razmodin pagó por él tres meses de alquiler.

«¿Con qué lo habrías pagado? Lo has mandado todo al garete. Mira en qué estado estás. ¡Pareces un mendigo, un loco escapado del manicomio!», le habría dicho Razmodin.

Así que no merece la pena que Rasul se esfuerce tanto en hacerse entender. Pero Razmodin espera, de todas formas, oír a Rasul. No entiende por qué evita hablar con él. Con curiosidad lo mira levantarse y rebuscar en un montón de ropa para desenterrar una camisa limpia. Están todas sucias y arrugadas. Rasul ya lo sabía. Pero es sólo para disimular, porque no tiene ganas de responder a Razmodin. De hecho, no quiere ponerle al corriente de la pérdida de su voz. Son primos, se conocen bien. Ellos se dicen las cosas incluso con el silencio. A pesar de eso, Razmodin insiste, como siempre:

–Rasul, tienes que hacer algo. ¿Hasta cuándo vas a vivir así? Si yo supiera varios idiomas, como tú, estaría ganando dinero a espuertas. Todos esos periodistas extranjeros y organizaciones humanitarias necesitan traductores. Todos los días me preguntan más de cien veces si conozco a alguien que hable inglés, aunque sea lo básico. ¿Pero cómo me voy a atrever a darles tu nombre? Ya me has dejado con el culo al aire. Más de diez veces me he arrepentido.

Y, como siempre, me va a volver a perdonar.

—Si quieres, puedo olvidar el pasado y volver a presentarte a alguien. Pero primo, te lo suplico, no la tomes con los periodistas. Qué coño te importa quién trabaja para quién, y por qué defienden a un grupo o a otro. ¡Coge los dólares, y mándalos a tomar por culo con sus ideas y sus posiciones políticas de los cojones!

Pero esta vez lo que no se espera es que Razmodin le eche en cara su propia divisa:

—¡Prefiero el crimen a la traición! —continúa—. Es muy fácil decir que prefieres el crimen a la traición. ¿Entonces por qué no coges un arma? Haces como el *shotor-morgh*. Si te piden que vuelas, dices que eres un camello, y si te piden que lleves una carga, dices que eres un pájaro. Has abandonado a tus padres, has olvidado a tu hermana y a tus amigos. Si quieres terminar de perder la cabeza, continúa. ¿Sabes por lo menos lo que quieres en la vida?

Encolerizado, Razmodin se levanta, saca un cigarro del bolsillo y lo enciende. Rasul, aunque irritado por los continuos reproches, sigue fingiendo buscar una camisa, mientras asiente con la cabeza y traza círculos en el aire con una mano para hacerle entender que ya sabe lo que sigue a continuación:

—Has cambiado, te lo juro, ya no eres el mismo. Querías a Sufia, la tuviste. Pero ¿qué es lo que haces ahora? ¿Quieres depararle la misma suerte que a ti? Primo, hemos crecido juntos, nos conocemos bien, eres como un hermano. Me lo has enseñado todo...

Razmodin calla el resto, porque hace sólo algunas semanas le soltó la misma charla, o casi, y Rasul le respondió secamente:

«—Sólo una cosa.

»—¿Qué?

»—Me horrorizan los sermones.

»—No es un sermón. Te estoy poniendo delante un espejo.

»—¿Un espejo? No, es más bien un trozo de cristal con tu propia imagen, que le muestras a los demás para decirles: “¡Sed como yo!”».

Más te vale callarte, Razmodin. Crees que pongo cara de no hacer caso de lo que dices. Afortunadamente no sabes que estoy condenado al silencio, si no, continuarías. Vaciarías tu gran corazón de todas mis injurias del otro día, sin tener que oírme decir que no quiero tu caridad, que no me gustan los regalos de segunda mano de tus humanitarios, que detesto a esos generosos que esperan que se hable de su generosidad, que detesto a todos esos buitres que dan vueltas alrededor de nuestros cadáveres, esas moscas que zumban alrededor del agujero del culo de una vaca muerta. Sí, ahora lo detesto todo, a mí mismo y a ti, mi primo, mi amigo de la infancia; a ti, que me miras fijamente a los ojos y que esperas alguna palabra de mi parte. Ah no, no escucharás nada más de mí. Es

posible que interpretes mi silencio como indiferencia hacia tus opiniones. O bien como resignación ante tus reproches.

Interprétalo como quieras. ¿Qué va a cambiar eso en el mundo? ¿Y en mí? Nada. Entonces, ¡déjame tranquilo!

Tras un largo silencio, Razmodin vuelve a la carga:

–¿Ahora no quieres hablarme? ¿Ya está?

Rasul deja de rebuscar entre la ropa. Encoge los hombros para dar a entender que no tiene nada que decir. Decepcionado, Razmodin se levanta:

–Has perdido la cabeza del todo, Rasul. Si ya no tienes ganas de verme, de oírme, me voy...

Se dirige hacia la salida.

–Si he pagado el alquiler, ha sido sólo para salvaguardar el honor de la familia. ¡Y basta! –y se va.

Rasul se queda atónito, con el rostro crispado. Después, bruscamente, se da la vuelta hacia la ventana para gritar.

Ya ni siquiera puedo gritar mi desesperación, mi odio, mi rabia...

Entonces, grita la esperanza, la alegría, la serenidad. Puede ser que eso te ayude a recuperar la voz.

¿Dónde buscarla?

Allí donde la perdiste.

Ante un pequeño espejo colgado en la pared, se contempla con odio y cólera. Se acaricia la barba. Después, con las últimas gotas de agua del cántaro, se moja las mejillas, coge la cuchilla de afeitar; el filo está gastado. Insiste y aprieta. La cuchilla le rasguña la piel. Corre la sangre. Sin prestarle atención, se afeita con rabia, pasando y volviendo a pasar la cuchilla por el mentón, bajo el mentón... Una mosca acude a merodear alrededor de las heridas. La espanta. Regresa, prueba la sangre. Con un gesto brusco, Rasul la vuelve a apartar, pero la cuchilla resbala por la mejilla. Otra herida; le da igual. Continúa afeitándose, cada vez más nervioso, como si quisiera arrancarse la piel.

Un ruido de pasos en la escalera ralentiza sus movimientos. Lllaman a la puerta. Tras un momento de silencio e inmovilidad, Rasul abre, sin limpiarse la cara llena de sangre. Una mujer con un burka azul cielo está allí. Al ver a Rasul, lanza un grito sordo, y retrocede. Se descubre. Sufia. Sus ojos inocentes, asustados, están abiertos como platos.

—Rasul, ¿qué te ha sucedido?

Se pasa la mano por la cara, sus labios se mueven para decir que es la cuchilla usada... Gestos que ella no es capaz de interpretar.

—¿Qué te ocurre?

Nada, niega Rasul con desesperación.

—Ayer por la noche te esperamos hasta tarde, ¿por qué no viniste? Mi madre se preocupó muchísimo. No ha pegado ojo en toda la noche.

¿Debo hacerle entender que he perdido la voz? Sí, por qué no. Aparte de ella, ¿quién puede ser tu confidente?

Retrocede hacia la habitación para permitir entrar a Sufia. Se pone a buscar bolígrafo y papel. Pero ella, después de echar un vistazo a las hijas de Yarmohamad, que los observan, prefiere quedarse en el umbral.

—No quiero molestarte. Sólo he venido a buscarte para ir...

No termina la frase, preocupada por Rasul, que busca diligentemente entre sus libros. Tras un instante de silencio y dudas, decide bajarse el burka sobre la cara y marcharse, dejando a Rasul en la busca de algo para escribir sus palabras áfonas, en ese sueño en el que sigue su rastro por las calles de San Petersburgo. ¿Y si aquella mujer del burka azul cielo era realmente ella? Una pregunta estúpida que le obliga a reaccionar. Se precipita al patio. Sufia ya está en la calle. Después de lavarse la cara con agua del grifo, regresa a su habitación, se cambia, sale y se lanza tras la pista de Sufia.

En efecto, ¡qué absurda ocurrencia! Si fuese Sufia, hubieras reconocido su

voz.

¿Su voz?

Se detiene.

¡No digas que no la reconoces!

Seguro que la reconozco, pero soy incapaz de acordarme del timbre de su voz cuando grita. De hecho, nunca la he oído gritar, alzar el tono. ¿Y su manera de andar? ¿Su modo de correr?

Sufia se mueve como un pez. Sus hombros, como si fueran aletas, se mueven hacia delante y hacia atrás. Sí, pero eso era antes: tenía esa particular manera de moverse cuando no llevaba el burka. Bajo el velo de su burka todas las mujeres caminan igual, ¿no?

Sí.

La duda y la incertidumbre aceleran aún más los pasos renqueantes de Rasul que le conducen hacia la casa de Sufia. Extrañamente sobreexcitado, es incapaz de convencerse de que una muchacha tan tímida e inocente pueda embarcarse en una aventura tan peligrosa.

Es ella la que lo ha hecho, tiene ganas de gritar a pleno pulmón. ¡Es ella! Lo ha hecho no sólo por amor hacia mí y hacia su familia, sino también por odio a nana Alia. Sí, ¡lo ha hecho ella!

Mientras corre entre los transeúntes, engullidos por la humareda negra que se cierne sobre la ciudad, una mano le agarra del hombro, frenándolo en su carrera.

—¿Rasulovski?

Es la voz risueña de Jano, que está detrás de él. Percatándose de las heridas en el rostro de Rasul, le pregunta:

—¿Te lo hicimos nosotros?

No, es la cuchilla, contesta él imitando el gesto de afeitarse. La cuchilla del destino, diría si aún conservase su voz. «¡Qué suertudo! Tú por lo menos sabes que tienes un destino», seguramente le habría replicado Jano. ¿Un destino? Rasul prefiere no tener ningún destino.

—¿Y la voz?

Sigue sin ella.

Tras algunos pasos en silencio, Jano le pregunta:

—Entonces, ¿te vas a unir al comandante Pervez? ¡Tendrás un bonito kalashnikov...! ¿Sabes disparar?

No.

—En un día lo aprenderás todo. Además... —se acerca a Rasulla bala encontrará el blanco por sí misma —le susurra riéndose.

Una risa breve y complaciente, seguida de un guiño hacia el kalashnikov que

lleva escondido debajo del *patu*.

Unos pasos más sin decir palabra. Reflexionan (Rasul en la lenta cuchilla de su destino, Jano en el blanco de sus balas perdidas), hasta que llegan a una *tchaykhana*, en la que el joven soldado invita a Rasul a tomar té con él. ¿Por qué no? Tiene ganas de comer y de beber, pero sobre todo de conocer a la banda de Pervez, de saber si han descubierto o no el cadáver de nana Alia. En resumen, hay mil y una razones para acompañarle y descifrar el misterio antes de reencontrarse con Sufia.

En el interior, se sientan justo ante una ventana, al lado de tres hombres armados que, desde su llegada, interrumpen sus conciliábulos para mirarlos con insistencia.

Jano pide té y pan. De buenas a primeras, pregunta a Rasul:

—A tu casero... ¿lo conoces bien?

Sí, asiente con gesto contrariado.

—Ayer por la tarde, cuando entramos en la casa, patrullando, corrió a nosotros para decirnos que había allí un viejo comunista, un tipo muy raro, que no le pagaba el alquiler...

El persistente silencio de Rasul le impide continuar. Lanza una mirada molesta hacia los vecinos, que siguen mirándolos. Provocador. Tras tomar ruidosamente un sorbo de té, continúa:

—Tu cuchilla te araña la cara. ¡La nuestra, más afilada, puede cortarte el alma! —se embute en la boca un pedazo de pan—. Yo sólo tenía doce años cuando estalló la guerra. Mi padre me puso un fusil al hombro y me envió a hacer la yihad contra el Ejército Rojo. Las cosas que he visto... Si estuvieses en mi lugar, no podrías soportar ni una sola palabra rusa, amigo mío. Ellos quemaron nuestro pueblo. ¡Y yo encontré los cuerpos de mi familia, completamente calcinados! El comandante Pervez me adoptó. Él me ha dado la fuerza y el valor para combatir y vengar a mi familia. En esa época, mientras llorábamos a nuestros muertos, la destrucción de nuestros pueblos, la deshonor de nuestras hermanas... tú te divertías en brazos de chicas rubias, blancas, dulces y vivarachas como pollitos... ¿no? —otro sorbo de té, hirviente—. No pensabas que un día unos muertos de hambre como nosotros, unos desharapados, tomaríamos el poder...

Rasul traga con esfuerzo el pan y las palabras de Jano. Le gustaría replicar que su vida no ha sido tan apacible como Jano se piensa. Si le contase el enfrentamiento con su padre comunista, podría hacerse simpático a los ojos de Jano.

Eso no es tan seguro. Jano le haría los mismos reproches que otro muyahidín con el que había hablado hace tiempo, y que le había soltado:

«—Eso es también por tu educación rusa.

»-¿Qué quieres decir?

»-El no respetar a tu padre, ¿eso es la educación rusa!

»-Pero yo no quería seguir la ideología de mi padre. Yo era hostil a la invasión de mi país por los rusos.

»-¡Si fueses un buen hijo, le respetarías, seguirías su camino, sus creencias!

»-Pero ¿qué me estás contando? ¿Cómo se puede seguir a un padre que es un criminal de guerra?

»-Nunca hay que traicionar al padre, aunque sea un criminal. »-¿Incluso aunque sea un *kafir*?»

Silencio.

Jano bebe su té a sorbitos, con el pecho henchido. Rasul le mira, aguanta la rabia en sus manos con ganas de aplastar ese busto atiborrado de orgullo insolente y podrido, de destruir ese pecho lleno de hueco orgullo...

Pero ¿por qué, Rasul? ¿Qué sabes tú de él? No te ha dicho nada. Deja al tipo tranquilo. Es feliz. Está orgulloso. No sufre como tú. ¡Por Dios, estate quieto!

¡Bébette tu té, cómete tu pan y vete!

Cuando se levanta, uno de los tres hombres armados interpela a Jano:

-Perdona hermano, ¿tú no eres Jano?

-Sí.

El hombre se acerca a él, sonriendo:

-¿No te acuerdas de mí? ¿Momene, de la tropa del comandante Nawroz?

Jano suelta la taza de té, asombrado:

-¡Pues claro! ¿Cómo me voy a olvidar? Has cambiado un poco. ¡Has engordado! Hace de eso cinco o seis años... ¿O puede que más?

-Seis años.

Y se levantan, se lanzan el uno a los brazos del otro, se abrazan calurosamente, y se sientan juntos. Una inesperada ocasión de poder escapar para Rasul. Primero tiende la mano a Jano para despedirse. Pero el otro insiste. Le invita a tomarse otro té con sus viejos compañeros.

-¡Siéntate!

Se vuelve hacia ellos.

-¡A este hermano le dimos una paliza ayer, en una patrulla, y hoy nos tomamos un té juntos! Si esto no es tener voluntad para alcanzar la paz, ¿qué es? -bromea mientras tira de Rasul para que se siente.

Y Rasul obedece.

Vuelven a pedir té. Y fuman. Momene se dirige a sus amigos para contarles:

-¡Nuestra inolvidable operación! Fue hace seis años.

-Sí, hace seis años -confirma Jano con aire nostálgico. Se dirige a Rasul-: Era

verano. Una tarde de verano. Íbamos a atacar un puesto soviético. Se nos advirtió que el comandante Nawroz también tenía la intención de llevar a cabo esa misma operación. El comandante Nawroz y nuestro comandante Parvez no se entendían demasiado, pero aun así decidieron atacar juntos a los rusos. Para nosotros los prisioneros, para ellos las armas... –la risa de Momene no le deja continuar. Un trago de té, y prosigue–: En resumen, cuando cayó la noche, ¡atacamos!

Ahora es su propia risa la que no le deja seguir. Y es Momene el que continúa:

–En nuestra tropa había un muyahidín que se llamaba Shirdel. Valiente, buen musulmán, ¡pero con una pequeña debilidad por los muchachitos! Eso le había valido un mote: *Kirdel* –corazón de polla: eso desencadena una hilaridad generalizada–. Mientras nuestra tropa atacaba el depósito de armas, con mucha prudencia y sigilo, ¡nuestro *bradar* Shirdel cae sobre un joven soldado ruso que estaba cagando!... –sus risotadas hacen callar a todos los clientes de la casa de té. Escuchan ellos también. Jano ríe hasta saltársele las lágrimas; Momene sigue–: ¡Imaginaos a nuestro Shirdel en aquella situación! Su corazón latía desbocado; no sabía qué hacer; ¡sus manos temblaban por miedo a que algún muyahidín disparase sobre aquella criatura de ensueño, con un par de nalgas tan blancas y suaves! En resumen, lo capturó, y una vez que la operación fue culminada con éxito, lo condujo ante el comandante Narwoz, que le dio la orden de llevárselo al comandante Pervez. ¡A menudo se lo fue a decir! En lugar de eso, se esposó junto a su niña bonita, ¡y después se tragó la llave!

Todos se retuercen de la risa. Rasul también se ríe, pero no en su fuero interno. Y cuando las risas locas amainan un poco, Jano continúa:

–El comandante Pervez los condujo ante él. Estuvo hablando con Shirdel durante largo rato. Pero no quería atender a razones. Ya no era el mismo. Todo había terminado para él, la yihad, los rezos... De la mañana a la noche, paseaban juntos de la mano. Shirdel cantaba para él, el otro aprendía nuestro idioma... Y una noche desaparecieron –se dirige a Momene–: ¿No los habéis vuelto a ver?

–No, nunca –responde enjugándose las lágrimas–. ¡Qué tiempos!

–¡Sí, qué tiempos! Aunque no nos llevásemos demasiado bien, estábamos unidos frente a los rusos.

–¡Claro que sí!

–Y mira ahora, luchando los unos contra los otros. ¿Por qué?

–¡Pregúntaselo al comandante Narwoz!

–¡Y tú, pregúntaselo a tu comandante Pervez!

Las risas cesan.

Un odio sordo llena la *tchaykhana*.

Rasul se levanta, hace una discreta señal a Jano, que le dice adiós levantando la mano, y se escapa.

Cuando acaba de llegar al final de la calle, dos tiros, disparados no muy lejos, le sobresaltan.

¿En la *tchaykhana*?

Puede ser.

Se detiene, se vuelve.

¡Que se maten entre ellos!

Y continúa su camino hacia casa de Sufia.

Llama a la puerta y espera pacientemente. Suena la voz temerosa de la madre de Sufia:

–¿Quién hay ahí?

Al no escuchar ninguna respuesta, vuelve a repetirlo.

–¡Es Rasul! –grita Daud, el hermano de Sufia, que está subido al tejado de la casa.

La madre abre la puerta, se topa con el rostro desollado de Rasul, y se estremece:

–¿Qué te ha pasado?

Nada, me he cortado al afeitarme, le hubiera gustado contestar, sin filosofar sobre la cuchilla del destino. Simplemente lo imita con gestos y franquea la puerta, mientras la madre le cubre de reproches:

–Tenías que haber venido ayer por la tarde. No he podido pegar ojo en toda la noche.

Él asiente con la cabeza como diciendo que sí, que lo sabe. Lástima que no pueda pedir disculpas.

La madre echa un vistazo al callejón vacío, buscando a alguien; y extrañada al ver que Rasul está solo, pregunta:

–¿Dónde está Sufia?

¿No ha vuelto?, le pregunta él con una expresiva mirada.

–¿No está contigo?

No.

El movimiento de cabeza de Rasul la inquieta. Vuelve a explorar el callejón, después se gira hacia él, dejando la puerta abierta con la esperanza de ver aparecer a su hija.

–Quería ir contigo a casa de nana Alia, a echar cuentas...

¡A casa de nana Alia! Se apoya en la pared para no tambalearse.

–Me contó que le habías pedido que la dejase. Hace dos días, su hija, Nazigol, vino aquí para informarme de que, si Sufia ya no quería trabajar para ellas, primero tenía que ponerse al día con el alquiler. Ayer te esperamos durante todo el día para hablarlo contigo. Como tú no viniste, ella fue para allá, pero...

¿Ella también estuvo allí ayer?

–... nana Alia no estaba.

¿No estaba? ¿Y su cadáver, entonces?

–Sufia quería volver hoy allí. Yo le he pedido que vaya contigo.

¿Conmigo?

—¿No estabas en tu casa?

Sí. Pero ¿por qué no me dijo nada? Ante tu estado, Rasul, nadie se atreve a pedirte nada. Con tu silencio, incomprensible para los demás, das la impresión de que todos te agobian...

—Rasul, estoy muy preocupada por Sufia. Cuida de ella. No nos dejes así, solas y sin noticias tuyas. En estos tiempos las muchachas desaparecen. Los comandantes de la guerra hacen redadas para conseguir esposas.

Un sollozo le quiebra la voz. Pero Rasul ya no le presta atención. Le tiemblan las piernas. Le parece que el suelo se hunde, que desaparece bajo sus pies. La madre continúa:

—Bastante peor que los comandantes es ese demonio de nana Alia. Tengo miedo de que le haga daño —se sienta delante de Rasul—. Mi difunto marido nos encomendó a ti y, aparte de a ti, no tenemos a nadie más. Y tú...

Que él, encerrado en el silencio, atenazado por el misterio que se cierne sobre el asesinato de la demoníaca nana Alia, trastornado por la sospecha hacia la mujer del burka azul cielo que, en sus sueños, no puede ser sino Sufia... ¡Que la encuentre él!

Se levanta. Y se marcha.

Por el camino,

no se cruza con ninguna mirada,

no oye ninguna voz,

no percibe ningún olor,

no siente ningún dolor.

Corre.

Corre como si ya no le doliese el tobillo.

Pero su pie no lo ha olvidado. Se tuerce, frena la carrera. Lo detiene no lejos de la casa de nana Alia, en la esquina de la calle, donde Rasul vuelve a encontrarse con el perro negro que sigue igual, tumbado al pie del muro. Ojalá esta vez este perro haragán haga un esfuerzo, que se levante, que se vuelva hacia él, que lo eche de allí. Rasul no puede entrar en esa casa como si nada hubiera pasado.

No ha pasado nada. ¡Mira, escucha! Este silencio, esta placidez, no muestran ninguna señal de duelo.

Entonces, puede ser que el hachazo no haya sido mortal. Que haya quedado con vida. Y ahora debe de estar en el hospital. Estará tardando en recobrar la consciencia, si no, yo ya estaría entre rejas.

Su cuerpo suda, suda miedo. Hay que irse de allí, regresar a casa de Sufia y esperarla. Pero le pesan las piernas, se le pegan al suelo, como si quisieran quedarse allí para acabar con esta historia.

Sí, hay que acabar.

Un día u otro, nana Alia lo contará todo.

Un día u otro, pagarás por tus actos.

Entonces, ¿por qué no hoy, aquí y ahora, en el lugar del crimen?

Así pues, avanza hasta la puerta entreabierta, la empuja lentamente, luego inspecciona el patio. La casa está sumida en el silencio y la calma. Sólo algunas gallinas picotean y cacarean. Penetra en el recinto de la casa. Se dirige hacia las escaleras de la terraza. El aire es pesado. El silencio, denso. Sus pasos, dubitativos... Se detiene, mira hacia las ventanas. Ni un alma tras las cortinas. El miedo y la curiosidad le martillean en las sienes. El sudor perla su frente. Se apoya en la pared para subir los escalones. Al llegar a la terraza se sobresalta: aparece, por fin, una silueta en la oscuridad del corredor.

–¿Rasul... eres tú? –la voz de Sufia resuena.

Aterrorizado, Rasul intenta hablar, olvidándose de su afonía; sus labios se mueven en vano para explicarle que ha venido a buscarla, que su madre está preocupadísima... Hace reír a Sufia.

–¿Qué dices? No oigo nada –dice acercándose a él.

Rasul se queda de piedra al distinguir detrás de Sufia otra silueta saliendo del corredor. Es Nazigol.

–Nana Alia lleva desaparecida desde ayer. ¡Nadie sabe dónde está...! –exclama Sufia.

Con la mirada fija en Nazigol, Rasul no sabe qué hacer, qué pensar, qué decir. Nana Alia ya no está allí. Ésa es la única certidumbre. ¿Cómo tomarse la noticia? ¿Con alegría? ¿O con desconfianza?

Nazigol avanza un paso:

–Ayer por la noche, cuando volví, aquí no había nadie. Mi madre no sale nunca sin que se quede alguien en la casa, sobre todo de noche.

Cada vez más estupefacto, cada vez más bloqueado, Rasul mira fijamente a las muchachas.

Nazigol se vuelve hacia Sufia:

–Cuando me encontré la casa vacía, tuve miedo de quedarme aquí sola. Cerré todas las puertas y me marché...

Su voz disminuye. Todos los sonidos se desvanecen. Rasul ya no oye nada, no ve nada. Todo no es sino un agujero, un agujero negro; el corredor, silencioso, un abismo profundo, sin fin, sin salida.

Alelado, se dirige hacia el interior, de donde surge el gordo cuerpo de nana Alia bajando por las escaleras del fondo del corredor. Él le da los buenos días. Ella le pregunta qué quiere. El humo de un cigarrillo, bajo los rayos de sol, le vela el rostro. Rasul avanza por el corredor y le tiende el reloj de pulsera que le

prometió el otro día. Ella le dice que no tiene dinero para pagarle el empeño. Él le suplica, le pide un día o dos de margen, es un reloj con piedras preciosas. Lo compró en Leningrado. Solamente quiere dos mil afganis. Nana retrocede, desconfiada. No entiende por qué, con este calor, Rasul lleva puesto el *patu*. Se lo pregunta. Él le dice que está enfermo, que tiene fiebre. Ella coge el reloj y lo observa. Las agujas marcan las seis y nueve. Este reloj no va bien.

Normalmente sí funciona, es sólo la pila, que se ha acabado. Si Rasul tuviese dinero, se la habría cambiado.

¡Lo que sea! Es un viejo reloj mecánico. ¡No funciona con pilas! Ella se lo quiere devolver. Rasul no lo coge. Vuelve a suplicar, solamente dos mil afganis. El reloj tiene doce piedras preciosas. Que lo mire, está escrito por detrás.

No, no lo quiere. Rasul insiste. El reloj es ruso, de una marca buenísima. Al demonio, ¡que le dé lo que quiera! Pero la vieja desconfía cada vez más de un Rasul sacudido por temblores. Él la toma de la mano y la pone sobre su frente, para que compruebe lo febril, lo agotado que está. Lleva dos días sin comer. Ella le retira la mano, duda, después acepta coger el reloj, pero con una condición: que deje a su novia trabajar en la casa; si no, mañana tendrá que devolver el dinero, y además echará a todo el mundo a la calle, a su novia y a la familia de ésta. Rasul está de acuerdo. Cuando salga de allí, irá a ver a Sufia para pedirle que regrese a su trabajo.

La vieja está a punto de marcharse, pero se gira de nuevo hacia Rasul para advertirle sobre una cosa: a partir de ahora, es ella, y sólo ella, la que le indicará a Sufia la hora a la que está autorizada a irse. Él asiente con la cabeza.

Después, le ordena que se quede en el corredor; ella se dirige hacia las escaleras. Cuando llega a la planta de arriba, Rasul se pone en marcha con pasos de animal de presa, ansioso y turbado. El hacha que esconde bajo el *patu* cada vez es más pesada; sus brazos, más flácidos, sus piernas, más rígidas. Le cuesta subir los escalones, llegar al corredor de la planta en la que encuentra a nana Alia, que está abriendo una pequeña puerta. Duda un instante, entra en la habitación y se encierra. Rasul avanza pesadamente hacia la puerta. Pega la oreja y escucha un abrir y cerrar de puertas de armario. Respira profundamente. Después, de repente, tira la puerta abajo de una patada y se abalanza sobre nana Alia, que está contando, delante de la ventana, un fajo de billetes. Apenas Rasul levanta el hacha para dejarla caer sobre la cabeza de la anciana, la historia de *Crimen y castigo* le viene a la mente. Le abrumba. Le tiemblan los brazos, las piernas le bailan. Y el hacha se le escapa de entre las manos. Hiende el cráneo de la mujer, quedándose allí clavada. Sin un ruido, la vieja se desliza por la alfombra roja y negra. Su velo, con motivos de flores de manzano, flota en el aire antes de caer sobre el cuerpo rechoncho y flácido. La sacuden espasmos. Respira todavía una vez más, puede que dos. Sus ojos, abiertos como platos,

quedan fijos en Rasul, de pie en medio de la habitación, y sin aliento, más pálido que un cadáver. El *patu* le cuelga de los hombros huesudos. Su mirada asustada permanece absorta en el reguero de sangre, esa sangre que chorrea por el cráneo de la anciana, se confunde con el rojo de la alfombra, tapando los dibujos negros, y después fluye lentamente hacia la rolliza mano de la mujer, que se aferra a un fajo de billetes. El dinero se manchará de sangre.

¡Muévete, Rasul, muévete!

–¿Rasul?

Vuelve en sí, se da la vuelta, aterrorizado, hacia la voz. Sufia y Nazigol le miran con asombro desde el umbral de la puerta.

–¿Qué te ocurre, Rasul? –pregunta Sufia acercándose.

Él, desamparado, da vueltas por la habitación, lanzando miradas inquietas a cada esquina y a cada rincón. No hay el más mínimo rastro de su crimen.

–¿Habías estado ya en esta habitación? –le pregunta Nazigol, intrigada–. Mi madre siempre cerraba este cuarto con llave. Aparte de ella y de mí, nadie estaba autorizado a poner un pie dentro de ella –se da la vuelta hacia Sufia–: ¿Cuándo viniste aquí a limpiar por última vez?

–Yo, nunca. Siempre limpiaba esta habitación ella misma.

Rasul se fija en la ventana por la que había escapado, ahora cerrada. Aún más turbado, se siente desfallecer. ¡Agua! Se gira hacia Sufia, haciendo el gesto de beber.

–¡Sí, espera! –le dice ella; después, corriendo hacia la puerta, se dirige a Nazigol a media voz–: Estos últimos días ha estado enfermo.

Y sale.

La mirada de Rasul se posa sobre la hija de nana Alia, que está rebuscando en los armarios. Cada vez más intrigada, se pregunta en voz alta:

–¿Ha salido con todas las joyas?

Abandona la habitación, entra en el cuarto de al lado. Sufia aparece con un vaso de agua y se lo da a Rasul. Bebe. Bebe lentamente, no para refrescarse la garganta, sino para tomarse un tiempo de reflexión, antes de que vuelva Nazigol.

¿Cómo justificar, explicar, mi visita a esta habitación?

Si pudieses, le dirías que hace mucho tiempo, cuando vivía el padre de Nazigol (ésta era su habitación, seguramente), tú habías venido para traerle documentos de los Archivos Nacionales que pertenecían al padre de Sufia, etcétera.

¡Ah, maldita voz, regresa ya!

–¿Y además se ha llevado todo el dinero? –se pregunta Nazigol, lanzando una mirada suspicaz a Rasul y Sufia.

Tras un momento de pesado silencio, Rasul corre hacia el pasillo, seguido por Sufia:

–¿Qué te pasa, Rasul?

Nada... ¡Nada! Agitando las manos, baja por las escaleras.

–¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Estás muy raro –insiste Sufia.

Él frena en seco, reflexiona sobre cómo hacerle comprender que no tiene voz para decirle lo que le ocurre.

Pero Nazigol les ha seguido, está ahí, detrás de Sufia, y les pregunta:

–¿Qué debo hacer? ¿Dónde voy? No sé si mi madre regresará esta noche o no.

–Vente, vamos a mi casa.

–Ni hablar, si mi madre vuelve y descubre la casa vacía, me maldecirá. Pero ¿dónde demonios ha ido a meterse? Tengo que ir a casa de mi tío, preguntarle si sabe algo... –posa su mirada sobre Rasul–: ¿Podéis quedaros aquí hasta que yo vuelva?

–De acuerdo. Vete... –responde Sufia, lo que hace a Rasul entrar en pánico. ¡Ni hablar de que él se quede allí, ni hablar! Expresa su rechazo con la mirada, lo subraya con la mano. Pero Nazigol suplica, y Sufia se decide–: ¡Vete, vete! –después le pide a Rasul–: Déjala que se vaya, no estás siendo muy amable.

Es verdad, Rasul, ¿por qué te resistes? Déjala marchar. Así tendrás todo el tiempo del mundo para buscar por la casa, para dar con un indicio que te permita desentrañar el misterio.

Es ella, Nazigol es el misterio. No es inocente en todo este asunto. Estoy seguro.

¡Que se marche, pues!

Nazigol se va.

Bajo la mirada anhelante de Sufia, la mente de Rasul está en otro lugar. Espera a que el ruido de los pasos de Nazigol se aleje, que desaparezca calle abajo. Corre hacia la escalera del fondo del corredor.

–¿Dónde vas? –grita Sufia, persiguiendo a Rasul, que regresa a la habitación–. ¿Pero qué haces?

Rasul escudriña la habitación.

–No registres la casa. Eso no está bien. Si vuelven...

Él hace el gesto de bajar. Cada vez más nerviosa, ella se planta delante de la puerta:

–No, Rasul, no tienes derecho a hacer eso. ¡Dime lo que estás buscando!

Rasul, tienes que responder. No puedes salir de ésta tan fácilmente. Ella tiene que saberlo todo.

–Pero ¿cómo? Ahora no es el momento.

Ella le encuentra cada vez más raro, más misterioso...

¡Tanto mejor!

¿Y si era realmente la mujer del burka azul cielo?

Deja de rebuscar por la habitación, fija en Sufia una mirada sospechosa, suspicaz, insistente, casi amenazadora.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Por qué no me quieres decir nada?

El silencio. La mirada. Las sospechas...

Exasperada, abandona la habitación. Él vuelve a ponerse a buscar por todas partes, dentro de los armarios, debajo de la mesa, en los cajones, bajo el sofá... Ningún rastro de todo lo que dejó ayer: ni el joyero, ni el dinero, ni el hacha, ni el *patu*. Nada. Se sienta sobre la alfombra y pasa la mano por el sitio donde yacía el cadáver. Todo está seco, limpio. ¿Es la misma alfombra? ¿Quién ha podido maquinar una limpieza así, tan rápida y tan eficaz? ¡Eso es obra de un gran maestro, y no de dos chiquillas como Nazigol y Sufia!

Vencido, se levanta, y se apresta a dejar la habitación cuando su mirada se topa, debajo del armario, con una caja. La registra, dentro no hay más que seis cajetillas de cigarrillos Marlboro. Coge uno, vuelve a poner la caja en su lugar. Y las otras cinco cajetillas, ¿para quién las deja? Las coge todas.

Al pasar ante la puerta entreabierta de la cocina ve un plato lleno de comida sobre la mesa. Entra, muerto de hambre como está, coge con la mano un buen puñado de arroz pringoso y lo engulle con avidez. No está bueno. Lo escupe en el plato. Luego inspecciona todos los rincones de la habitación. Sigue sin encontrar nada que le permita abrir una brecha en el misterio. Se apodera de las cerillas que están sobre la mesa y sale. Enciende un cigarrillo y da una larga calada. Fuera, vuelve a encontrar a Sufia, sentada en un rincón de la terraza, con la mirada pendiente de la puerta de entrada. Sigue estando inquieta y furiosa, le pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no dices nada?

Rasul, golpeando el aire con las manos, intenta expresar su hartazgo hacia esa pregunta.

—¿Has perdido la lengua?

Sí, dice con la cabeza, pero sacándola para que Sufia no se lo tome al pie de la letra.

—¿Qué estabas buscando ahí arriba?

Él le echa el humo del cigarrillo.

—¿Cigarrillos?

Su mirada se detiene en ella. Preocupado, va a sentarse a su lado. Mil y una preguntas le pasan por la cabeza. Ayer, ¿a qué hora estuvo ella allí? ¿Vio a alguien? No pudo ser antes del asesinato; de otro modo nana Alia le hubiera dicho que Sufia había venido.

No, no es ella la mujer del burka azul cielo. Si no, ella no habría querido quedarse en la casa.

Y si se ha quedado no ha sido ni para vigilar la casa ni para ayudarte. Quería estar sola contigo. ¡Nunca habéis tenido una ocasión semejante, un encuentro amoroso! Ella tiene mil y una cosas que contarte. Mil y un deseos de escucharte...

La mirada amorosa de Sufia besa los labios de Rasul. Las volutas del humo les cubren.

—Decías que no ibas a volver a fumar.

Él chupa su cigarrillo aún más fuerte y vuelve a echarle el humo en el pelo. Ríen.

¡La risa de Sufia, qué felicidad! Él ama esa risa cristalina, inocente, y tan frágil que de repente se quiebra ante la sospecha de una mirada, ante un pequeño gesto, aunque continúa iluminando sus ojos.

A lo lejos, el ruido de las balas y de los misiles no perturba el apacible silencio que se ha instalado entre ellos.

Sufia pone tímidamente una mano sobre la rodilla de Rasul, con la esperanza de que él la tome entre las suyas, la acaricie, que se deleiten ambos en esta pausa amorosa. Pero las manos de él permanecen inmóviles. Tiemblan, se perlan de sudor.

—¿Has decidido que no vas a volver a hablar? —pregunta Sufia con desesperación, clavando los ojos en los labios sellados de Rasul.

Después de dudar un instante, se levanta bruscamente, va a buscar papel y bolígrafo para escribirlo todo, pero lo detiene el ruido de la puerta. Alguien la empuja. ¿Ya está Nazigol de vuelta? Rasul tira el cigarrillo y corre al pasillo para ocultarse en las sombras. Sufia va hacia la puerta.

—¿Quién hay ahí?

—¿Nana Alia? —pregunta una voz grave, de hombre.

Sufia, aterrorizada, responde:

—No, no está aquí.

—¿A qué hora vuelve?

—No lo sé.

—¿Quién eres? ¿Nazi?

—No, Nazi tampoco está. Soy la criada.

—¡Ah! ¿Eres Sufia?

—No...

—¡Sí! ¡Abre, sé amable! Soy yo, el comandante Amer Salam.

Se apoya con fuerza en la puerta, que Sufia apenas puede mantener cerrada con sus manos temblorosas y frágiles, gritando:

—No... No, no soy Sufia... Me han dicho que no le abra a nadie.

—¿Y yo soy nadie? ¡Venga, abre!

Intenta empujar otra vez. Inútil. Sufia echa rápidamente la cadena de seguridad. Amer Salam empuja todavía más fuerte.

Rasul sale de la penumbra, se dirige hacia la puerta y la abre con rabia. Amer Salam, asombrado al verlo, pregunta a voces:

—¿Nana Alia no está aquí?

No, niega Rasul, furioso.

Echando un vistazo por encima de su hombro para buscar a Sufia, el comandante dice:

—Entonces, dile de mi parte que Amer Salam vendrá esta tarde con sus invitados. Que son siete comensales, ¡siete!

Y se marcha.

Sufia, escondida detrás de la puerta, al límite de sus fuerzas, se desploma en el suelo. Rasul cierra la puerta y, desesperado, mira, a través de las juntas de las tablas, a Amer Salam, que se dirige hacia su coche, aparcado un poco más allá. Después se aparta de la puerta, enciende nerviosamente un cigarrillo y va a sentarse en un escalón de la terraza. Sufia se levanta y se une a él. Él la mira a los ojos con insistencia, como preguntando: «¿Quién es Amer Salam?».

Vamos, Rasul, te gusta hacer preguntas cuya respuesta ya conoces. Seguramente es uno de los clientes de nana Alia de los que vienen para ver bailar a las chicas. Deja tranquila a Sufia.

Ella mete la cabeza entre las rodillas y llora en silencio. Rasul, perplejo, no sabe si consolarla o echarla de allí.

¿Echarla, por qué? Merece ser consolada, amada, venerada.

Indeciso, le pone con ternura una mano sobre el hombro. Eso la consuela, como si sólo hubiese esperado ese instante de gracia. Ella se acurruca en sus brazos y estalla en sollozos. Rasul le acaricia la espalda. Si tuviese voz, le diría: «Se acabó, Sufia. Esa sucia puta se ha ido. Yo la he matado. ¡Tranquilízate!».

Ella sigue llorando. No quiere parar. No para. No parará mientras Rasul la acaricie. ¡Que se eternicen este instante, estas lágrimas y esta caricia!

Desgraciadamente, todo se va diluyendo. Rasul está inquieto, no tanto por Sufia sino por la extraña sensación que experimenta en esa casa. Tiene la impresión de que alguien los observa desde el corredor. Se levanta y lanza tras él una mirada furtiva y recelosa. Luego hace señas a Sufia para que se marchen de allí lo antes posible.

—Cuando esté aquí Nazigol.

¡No, esta casa está maldita! Corre hacia la puerta.

—Si vuelven y no estamos aquí, nana Alia nos echará de nuestra casa.

¡Al demonio nana Alia! La he matado.

Tira el cigarrillo al patio, abre la puerta y sale al callejón. Sufia, asustada, se lanza tras él.

–Rasul, ¿sabes tú algo de la desaparición de nana Alia?

Sufia, ¡no intentes averiguar qué he hecho con ella! Te arrepentirás.

–Pero ¿qué pasa? Tengo derecho a saberlo.

Él se detiene, la mira a los ojos, abrumado, abrumándola. Cómo decirle que ella lo sabrá enseguida, que él mismo se lo dirá.

–¡Caramba! Mi burka... Espera, voy a buscarlo.

Se va. Rasul sigue caminando. Algunos pasos después, se para. El dolor del tobillo. Se frota el pie.

A lo lejos, en alguna parte de la ciudad, hay tiroteos. Su mirada se dirige a la montaña de Asmai, un grupo armado sube hacia la cumbre.

Él baja hacia la *saqikhana*, donde...

Alguien tose, con una tos pastosa, ronca. Escupe. Entre tos y tos, una voz, la de un tal *kaka* Sarwar, resuena, una voz plena, solemne, que recita:

—... así pues, Dhul-Qarnayn seguía una nueva ruta hacia el norte. Al llegar a una ciudad situada entre dos montañas, encontró un pueblo que hablaba una extraña lengua, que no entendía ningún otro idioma y que sufría la injusticia de Gog y Magog, dos tribus malvadas, pertenecientes a la hez de los pueblos, y que cometían pillajes por toda la región —se detiene para aspirar una calada de hachís—. Entonces, viéndolo tan fuerte, el pueblo le rogó a Dhul-Qarnayn que construyese una muralla que los separase de los hombres de Gog y Magog, y le ofrecieron a cambio un considerable tributo. Gog y Magog eran en verdad dos tribus perversas y malvadas, que no escuchaban ninguna advertencia ni temían a las calamidades. Por tanto, estando Dhul-Qarnayn naturalmente inclinado a hacer el bien y a ayudar a los oprimidos, enseguida aceptó ayudarlos, pero renunció solemnemente a recibir ningún tributo en compensación. Les dijo: «¡Esto que el Señor me ha concedido vale más que todos vuestros dones! Ayudadme pues y construiré una muralla entre vosotros y ellos» —*kaka* Sarwar suspende de nuevo su relato para beber un trago de té—. Entonces Dhul-Qarnayn pidió al pueblo que le llevasen pedazos de hierro, madera, cobre y carbón. Tapó con pedazos de hierro el espacio entre los extremos de las dos montañas, después puso alrededor los trozos de madera y carbón. Inmediatamente encendió el fuego, y cuando el hierro estuvo al rojo echó encima el cobre derretido. Y así Gog y Magog no pudieron ni trepar por ese muro ni tampoco horadarlo. Cuando Dhul-Qarnayn hubo cumplido con su tarea exclamó: «Ésta es la misericordia que viene de mi Señor. Pero cuando se cumpla la promesa de mi Señor, Él reducirá la muralla a cenizas. ¡Y la promesa de mi Señor es verdadera!».

—*Kaka* Sarwar, ¿y cuándo se cumplirá la promesa?

—¡Ya se ha cumplido, Hakim! Estaba dicho que el día del Apocalipsis las hordas de Gog y Magog conseguirían abrir una brecha en la muralla, y que Allah les permitiría extenderse por la tierra. Dominarían el mundo y exterminarían a la raza humana; después condenarían a muerte a Allah, y dispararían flechas hacia el cielo... ¿Dónde está el *shilom*? —se lo traen. Él fuma y pregunta—: ¿Conocíais ese pasaje del Corán?

—No.

—¡Malditos seáis! ¿Y ni siquiera sabéis dónde se encuentra esa ciudad?

—No.

–¡Malditos seáis! ¡Esa ciudad está aquí, es Kabul!

Da una última calada y se retira a un rincón.

–*Kaka Sarwar*, ¡no nos dejes así, después de esa terrible historia! ¡Recita un poema que nos guste! –pide un hombrecillo que está sentado al lado de Rasul.

Kaka Sarwar, con los ojos cerrados, canturrea:

–«¡Oh Señor de la Fatwa!, somos mejores que Tú/ Tú te embriagas, nosotros permanecemos sobrios/ Tú bebes la sangre de los seres humanos, nosotros la de las viñas/ Sé justo, quién es más sanguinario, ¿nosotros o Tú?».

–¡Yo! –dice una voz.

Y provoca en todos risotadas cavernosas. Después silencio, turbidez, sueño... El mundo no es sino volumen sin materia, sin peso, transparente. En medio, Rasul. Está nadando. Completamente desnudo. Inocente. Ligerero y frágil. Cuánto le gusta ese estado de gracia. Un bello abismo, un poema de cannabis.

–¡Rasul!, ¡Rasul!

Alguien lo sacude. Se incorpora con parsimonia, abre los ojos ligeramente y, desde su nube, oye a un adolescente que le habla:

–Buenos días. Razmodin me ha mandado. Me ha pedido que te encuentre y que te lleve al hotel Metropol. Te he estado buscando por todas partes...

Rasul le mira desde el fondo de su abismo.

–He ido a tu casa, no estabas. He ido al cuartel de Moharamollah...

¡Que pare! Rasul no tiene la cabeza como para escuchar todas las etapas de su búsqueda. El chico, al ver a Rasul encender un cigarrillo, exclama, muriéndose de ganas:

–¡Un Marlboro!

Rasul le ofrece uno. El otro al principio duda, luego lo coge y se sienta frente a Rasul.

–Tu novia me ha dicho que te había perdido. Volví a tu casa y la vecina me mandó aquí...

¡De acuerdo, de acuerdo! Hace un gesto, dando a entender que lo ha comprendido. Ahora que se calle, que le deje recuperarse.

Cuando vuelve en sí, echa un vistazo a las cuatro esquinas de la habitación y sólo ve espectros, inertes y silenciosos.

–¡Tu primo ha estado al borde de la muerte!

¡Al borde de la muerte! ¿Por qué?, le pregunta Rasul con la mirada, frunciendo el ceño.

–Cayó un misil justo detrás del hotel. Ha causado estragos.

Y Razmodin ¿ha salido ileso? Rasul se levanta súbitamente y abandona el fumadero, seguido por el chico. Corre, renqueante, hasta llegar delante del

despacho de Razmodin, situado en el sótano del hotel. La puerta está entreabierta. Ve a su primo recogiendo papeles dispersos por el suelo.

Nada grave, entonces. Puedo marcharme.

¡Sí, vete! Si no, volverán de nuevo las mismas palabras, los mismos reproches, los mismos enfados que por la mañana... Y aún peor, porque se va a dar cuenta de que has vuelto a fumar hachís.

Se dispone a marcharse, pero Razmodin lo ve. Interrumpiendo la recogida, se precipita hacia la puerta.

–Rasul, ¿dónde vas?

Rasul se queda quieto.

–¡Entra!

Rasul entra.

–¡Siéntate! –le ordena Razmodin señalándole un sofá destartalado.

Está nervioso, más nervioso que por la mañana. Algo bulle dentro de él, le oprime, le condena al silencio. Un largo momento. Tiempo para buscar palabras, palabras que sean capaces de hacer más llevadero algo grave. Rasul lo presiente. Conoce a su primo, conoce su escasa desenvoltura y su torpeza en los momentos difíciles. Le deja que busque las palabras.

–Rasul, ¿conoces al comandante Rostam?

Rasul baja los ojos, como reflexionando, después hace un gesto de negación para no traicionarse. Por supuesto que lo conoce. Es el aspirante a la mano de Donia, seguro, ese del que hablaba su madre, sin nombrarlo, en una de sus cartas.

–Ha venido de Mazar, lo envía tu madre. Está ahí arriba, te espera en el restaurante del hotel –dice Razmodin, acercándose a su escritorio. Después vuelve y suelta lo que le estaba torturando–: Primo, tengo una mala noticia.

Y espera, espera que Rasul se levante y grite: «¿Qué mala noticia?». Pero no, permanece silencioso, inerte, con la mirada huidiza.

–¿Rasul?

Rasul levanta los ojos.

–Tu padre...

Ha muerto, ya lo sabe, pero no puede decirlo. Y aunque pudiese, tampoco diría nada; asentiría con la cabeza, igual que está haciendo ahora. Nada más.

–¡Ha muerto! –Razmodin finalmente escupe las palabras, farfullando.

Y Rasul vuelve a asentir con la cabeza, dando a entender que ya lo sabía.

–¿Estabas al corriente?

Rasul asiente, moviendo los labios y bajando la mirada.

–¿Lo sabías? –repite Razmodin, estupefacto–. ¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Cuándo?

¿Tengo que ponerme a escribir para explicarlo todo, para contar que hace un

mes mi madre me puso al corriente en una carta que me envió aquí, a este hotel? Recuerda, Razmodin, que tú mismo me la diste. ¡No te hagas el tonto!

No, Razmodin no es tonto en absoluto. Lo ha entendido. Si está sorprendido, es porque no entiende por qué no le has dicho nada.

—¡Tu padre, primo! —fuera de sí, agarra a Rasul del brazo—: ¡Lo han asesinado! ¿Sabías eso?

Hoy en día poca gente muere de muerte natural, Razmodin. Ya sabes mi opinión a ese respecto. Así que, por favor, ahórrame tu estúpido asombro, tu falso aire de sorpresa... Mantengamos este silencio, cargado con tus reproches y mi desesperación.

Razmodin le contempla. Rasul sigue con los ojos clavados en el suelo, no sólo por temor a contradecirse, sino para que su primo no se dé cuenta de que ha estado fumando hachís.

Por más que disimule, Razmodin comienza a sospechar. Por eso se agacha, buscando en los ojos sombríos y huidizos de Rasul una mínima señal, una chispa de esperanza que le tranquilice sobre el estado de su primo. No puede creer que Rasul pueda alimentar tanto odio hacia su padre.

No, ni siquiera es odio, sino un sentimiento todavía más feroz: ¡indiferencia! Y aún más: no se trata de indiferencia ante la existencia, sino ante la muerte de su padre.

No, Rasul no puede ser tan implacable, tan inhumano. Seguramente tiene que haber otra razón.

¡El hachís! Eso es. ¡Mira sus ojos! Tan enrojecidos, tan distantes, apagados...

—¿Has vuelto a fumar?

¡Ya estamos otra vez con lo mismo!

Rasul se levanta. Sale. Da un portazo. Razmodin permanece solo durante un instante, desconcertado. Después, volviendo en sí, corre hacia el pasillo:

—¿Adónde vas? El comandante Rostam te busca.

¿A él qué coño le importa? Rasul se encoge de hombros.

—Ha venido de Mazar Sharif. Era amigo de tu padre... Me ha dicho que va a ocuparse de tu madre y de tu hermana.

Que vuelva otro día. Ahora Rasul está ocupado.

—Primo, ¿qué te ocurre? ¡No dices nada!

¡Nada, Razmodin, nada!

—¿Estás enfermo?

No, niega con la cabeza.

Sí, Rasul, estás enfermo, enfermo de ti mismo.

Razmodin lo persigue:

—Has dejado de todo, de comer, de dormir... —saca unos billetes y los desliza

en el bolsillo de Rasul—. Prométeme que vas a cuidarte. Ve al médico. Come algo, descansa, recupera las fuerzas. Yo iré a ver cómo estás.

¿Por qué tanto desprecio hacia Razmodin, un primo tan bienintencionado?

Porque sé por qué se preocupa por mí con tanta amabilidad. No es por compasión ni por amistad. Es porque también él quiere casarse con mi hermana. ¡Ésa es la razón!

¿Y ahora?

Contrariado, Rasul abandona el hotel.

La calle, invadida por una espesa humareda, sigue siendo sofocante. Tras dar algunos pasos, Rasul se detiene, abotargado: «¿Quién es ese maricón de Rostam?». Enciende un cigarrillo, después mira al otro lado de la calle, donde está el Ministerio de Información y Cultura, un hervidero de hombres armados. Entre ellos, Jano. Al ver a Rasul, le llama:

—¡Hola, Rasulovski!

Rasul atraviesa la calle para reunirse con él.

—¿Ya está, entonces ya te has decidido? ¡Sígueme!

Entran en el edificio, bajan por la escalera y avanzan por el corredor sombrío y lleno de humo del sótano hasta encontrarse ante el comandante Pervez, que está conversando con dos barbudos alrededor de un gran mapa de Kabul. Sus voces se pierden en el estrépito de un generador. Jano se acerca a Pervez para anunciarle la presencia de Rasul.

—¿Cómo le va al lector de Dostoievski? Bienvenido. ¡Has rejuvenecido desde ayer por la noche! —dice Pervez con su amable sonrisa.

Rasul se acaricia la cara para explicar que es porque ya no tiene barba.

—¿La barba no te gustaba? —se ríe—. ¿Y la voz?

Rasul hace una mueca.

—*Watandar*, ¿por qué no me dijiste ayer por la noche que eras primo de Razmodin? Nos conocimos en la cárcel. ¿Entonces?... ¿Vienes a unirse a nosotros?

Sí, afirma, lanzando una mirada molesta hacia los otros dos.

—Son de los nuestros —dice Pervez para tranquilizarlo.

Tras una breve pausa, dudando entre decir o no decir, y cómo decirlo, Rasul coge un lápiz que está sobre el mapa de Kabul, y en una esquina garabatea el nombre del comandante Rostam. Pervez lo lee en voz alta y le pregunta, asombrado:

—¿Estás con el comandante Rostam?

Al oír el nombre, los dos hombres se vuelven hacia Rasul. Eso le cohiébe todavía más. Uno dice:

—¡Y quién no lo conoce! —y con mirada insistente, se dirige a Pervez—: A

propósito... Quería hablar contigo. Se oye por ahí que te quieres aliar con él.

–Sí, pero...

–¡Júrame que no es más que un rumor!

–¡Por desgracia, es cierto!

–¿Entonces es por eso por lo que está en Kabul? ¿Y tú estás de acuerdo?

–Yo no soy quien decide...

–Pervez, reflexiona sobre lo que estás diciendo: el día que yo me entere de que ese cerdo está con nosotros, ese día me verás al otro lado de la línea.

–Comandante Morad, es mejor estar en paz con él y no...

–¿En paz con tu enemigo? ¿Crees en la paz entre un lobo y un cordero?

–Lo que dices es cierto, pero hacer las paces con un enemigo es una obligación; con un amigo, ¿qué necesidad hay?

–Pero ¿por qué? ¡Sabes de sobra que nos detestamos! Si quieres hacer las paces con él, mi sitio no está aquí entre vosotros. ¡Adiós!

Coge su fusil y se precipita hacia la salida. Pervez y el otro hombre van tras él. Rasul se queda solo, desamparado, contemplando el mapa de Kabul desplegado sobre la mesa, arrugado y lleno de agujeros.

Así que, ¡Donia! El nombre de su hermana resuena dentro de su cabeza.

La ciudad de Kabul espera el viento. Espera el viento como espera la lluvia para acabar con la sequía. Aún hace cinco semanas, el viento se levantaba incluso antes de que el sol se ocultase tras las montañas. Se llevaba el polvo posado sobre la ciudad, lo hacía salir de cada esquina y de cada rincón de las calles. No surgía de ninguno de los puntos cardinales. Se habría dicho que subía desde el interior de la Tierra, y después de arremolinarse se marchaba, permitiendo así a la ciudad respirar, dormir, soñar... Ya no se levanta. Deja que todo se estanque: el sufrimiento de la guerra, la humareda del terror, las brasas del odio... Un grasiento olor a chamusquina se pega a la piel, penetra hasta las células. Mejor fumar un cigarrillo de nana Alia que respirar ese aire asfixiante.

Rasul enciende un cigarrillo. No tiene ninguna gana de volver a su casa, ni de ver a Sufia. Sigue callejeando, escondiéndose.

¿Y si fuese a ver a un médico? Ahora, con el dinero de Razmodin, puede pagar la consulta, comprar medicinas, comer, fumar...

En el cruce de Malekazghar repara en una consulta médica, con un cartel que dice: «Especialista en otorrinolaringología, etc.». Entra. La sala de espera está llena hasta reventar. Hombres y mujeres, familias. Algunos han debido de pasar la noche aquí. Comen, fuman, tosen, carraspean, ríen...

A la entrada del pasillo, un hombre joven que reparte los números del turno a los pacientes interpela a Rasul:

—Hay que venir por la mañana muy temprano, a las seis, para tener número — ante la mirada perpleja de Rasul, el muchacho se lamenta—: Todos los enfermos de Kabul vienen aquí. Tengan problemas de garganta o de hemorroides, ¡qué más da! ¡Los hospitales sólo admiten heridos de guerra, y a veces ni eso!

Rasul está a punto de marcharse cuando una mujer se acerca a él y le dice que, si su caso es urgente, le puede ceder su número a cambio de cincuenta afganis; es el noventa y seis, nueve personas después:

—¡Y ya verás, va rápido! Con eso tendré dinero para comprar leche y medicinas para mi hijo.

Rasul duda, luego acepta y espera en el pasillo a que llegue su turno. Mientras tanto, se da cuenta de que la mujer ha vendido ¡otros tres números!

La ironía quiere que el médico, de avanzada edad, ¡tenga problemas de vista! A pesar de sus enormes gafas de miope, le cuesta escribir las prescripciones. Les pide a los enfermos que hablen alto. Desvalido, Rasul garabatea en un

formulario de receta: «No tengo voz», y se lo tiende al doctor. Éste, impaciente, le grita a un hombre joven que le lea el papel, después comprende:

—¿Desde hace cuánto?

Tres días, indica con los dedos.

—¿A causa de qué?

Silencio.

—¿Un shock físico?

—...

—¿Emocional?

Sí, afirma Rasul después de dudar durante un instante.

—No hay ninguna medicina para eso —dice el médico, exasperado, tamborileando con los dedos sobre sus recetas ya escritas para todos los tipos de enfermedades—. Para recuperar la voz, tiene usted que revivir la misma emoción, la misma situación. Son cien afganis por la consulta, por favor.

Luego grita:

—¡El siguiente!

Antes de que llegue el siguiente paciente, Rasul paga con todo el dinero que le queda, abandona la consulta, furioso, y continúa con su vagabundeo por esa ciudad incierta, hasta que cae la noche. Regresa y duerme. Sin pesadillas.

Vive las pesadillas. Los placeres sólo puede soñarlos. Es por eso, seguramente, por lo que no tiene ninguna gana de abrir los ojos, de abandonar su lecho, de saludar al sol oscuro, de sentir el sufrimiento de la guerra, de buscar su voz desaparecida, de pensar en su crimen... Se acurruca un poco más bajo la colcha. Ojos cerrados. Puerta cerrada. Durante largo rato. Nada le saca de ese estado de languidez. Ni las moscas que revolotean alrededor de su cabeza, ni los dos misiles que caen sobre la montaña de Asmai, ni los pasos apresurados de Razmodin, que sube por la escalera, se detiene tras la puerta cerrada, luego vuelve a bajar, ni por los gritos de alegría de las hijas de Yarmohamad en el patio... Hasta que no se ponga el sol, no se levantará...

Pero se levanta, por culpa de ese demonio con forma de mujer con burka azul cielo que se desliza lentamente, en sueños, dentro de su cama. Siempre tapada, comienza a acariciar a Rasul, que intenta levantarle el velo. Ella se opone. Pero Rasul no le hace caso. Tira de esa tela inmensa que se le resbala sin parar de entre las manos. La mujer ríe. Le tiende un cofrecillo. Dentro no hay joyas, sino una bolita traslúcida, viva.

–Es tu nuez de Adán –le dice la mujer–. ¿La quieres?

Rasul tira al suelo la caja, quiere verle el rostro. Intenta de nuevo arrancarle el burka. Intento fallido. Él mismo se encuentra envuelto. Ya no tiene fuerzas para rasgar el velo. Se ahoga.

Se revuelve.

Abre los ojos.

Es la colcha lo que le está ahogando. Todo está tranquilo en la habitación. Incluso las moscas.

Tras un largo suspiro, se levanta, sale de la cama, de la habitación, para volver a perderse en la bruma de la ciudad.

Vagabundeando, por una callejuela desemboca en la plaza Joyshir, donde un olor a pan frena sus pasos. Se para y espera a que una mano caritativa reparta el *halwa*. Entre la multitud que aguarda pacientemente ante la panadería, su mirada tropieza con un cojo, apoyado en una muleta que le viene grande. Se parece a uno de los dos amigos del padre de Sufia.

Tras haber conseguido un pan, el hombre pasa por delante de Rasul; hay unos poemas grabados en la madera de su muleta, como en la de Moharamollah... ¡Es la misma!

¿Entonces?

La cogió mientras su amigo se moría bajo los escombros. Él no tenía muleta,

así que la cogió para salvarse. Esta muleta es demasiado grande para él. ¡Cerdo traidor!

Rasul le sigue, primero con la mirada y después andando.

Con una muleta bajo un brazo y un pan bajo el otro, el hombre toma una callejuela abarrotada de gente, y a mitad de camino se detiene para recolocarse el pan debajo del brazo. Al hacerlo, su mirada se cruza con la de Rasul, que también se ha parado. Molesto por este insistente intercambio, el hombre vuelve a ponerse en movimiento y llega a otra callejuela, esta vez desierta. Presa del pánico, acelera la marcha. Rasul también le alcanza y le corta el paso. El hombre, asustado y sin aliento, aprieta el pan bajo el brazo.

–Tengo seis bocas que alimentar, y solamente un pan –dice en tono suplicante.

Ya ves, Rasul, el pobre idiota no te reconoce.

No, no me reconoce. Voy a presentarme. Voy a refrescarle su memoria podrida.

¡Que me mire a los ojos!

El cojo le mira, aterrado. Espera una palabra, una bofetada, un cuchillo, una pistola... Nada de eso. Sólo una mirada rabiosa, terrible.

–¿Qué quieres de mí? –pregunta el hombre–. ¿Quién eres?

Ésa es una buena pregunta. Rasul mueve los labios para articular el nombre de MO-HA-RA-MOL-LAH. El hombre intenta leerle los labios.

–¿Mohammad?... ¿El hijo de Kazem...? ¿No te habían matado? ¿Cómo has regresado?

Ahora confundes a los vivos con los muertos. ¡Mírame bien! Yo soy RA-SUUUUL, pariente de MO-HA-RA-MOL-LAH.

Rasul le coge del brazo y tira de él hacia abajo. Con el dedo, traza en el suelo el nombre de Moharamollah.

–¿Qué Moharamollah?

Rasul le dibuja la muleta, con la esperanza de que la asocie al nombre. Es desesperante. El hombre sigue sin entender lo que Rasul quiere de él.

–¿Quieres mi muleta?

¡No!

–¿Qué es lo que quieres entonces?

Rasul señala con el índice el nombre escrito en el suelo. Asustado, el hombre lee de nuevo:

–Moharamollah, ¿ése eres tú? No te conozco.

Se levanta, y Rasul también. El hombre intenta rodearlo y seguir con su camino. Rasul, más rápido, le corta el paso, escruta el rostro espantado del hombre.

¿Es él, realmente?

Sin duda alguna. Voy a ayudarle a recordar los momentos que pasó con Moharamollah en el fumadero el día que lo incendió un misil. Para que se acuerde de su traición, debe revivir el terror de la muerte.

Rasul se agarra a la muleta que el hombre, cada vez más aterrado, aprieta contra él con más fuerza, implorando:

–¡En el nombre de Allah!

Rasul hace oídos sordos. Le arranca la muleta, la levanta para golpearlo con ella.

–¡Allah, sálvame de este loco! –grita el cojo desplomándose al suelo, aferrado a su pan.

Rasul se sienta y escribe en la tierra: *Soy un traidor*. El hombre distingue las letras con dificultad entre los guijarros y las pisadas. Se esfuerza en leer. Estupefacto, ha debido de entender mal el sentido de la frase, y pregunta a Rasul:

–¿Eres un traidor?

No, ¡tú! Rasul señala con el índice el pecho del hombre.

–¡Yo, un traidor! ¿Por qué? –exclama.

Rasul, blandiendo la muleta ante sus ojos horrorizados, le mira furiosamente durante largo rato. Le deja sin aliento.

Se la has robado a, escribe al lado del nombre de Moharamollah.

–¡Ah, no! Es mía, la muleta. La he comprado. Te lo juro...

Pero la muleta le golpea la pierna mala y le arranca un grito desgarrador.

–¡Socorro!

Rasul le agarra de los cabellos y le pega la cara al suelo para que lea en voz alta: *soy un traidor*; pero no lo lee, y chilla todavía más fuerte:

–¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Ayuda!

Le hace callar la muleta, esta vez en toda la cabeza. Entre lágrimas, suplica:

–Hermano, ¿acaso no eres musulmán? Tengo seis hijos. ¡Piedad, por Allah!... No tengo dinero. Te juro que no tengo dinero.

¡Pobre imbécil! No sabe que, si fuese por el dinero, ya le hubiera abierto el cráneo.

¡Déjalo, Rasul! Nunca comprenderá lo que quieres de él, ni por qué.

Que reconozca que es un traidor. Que lo grite.

La muleta se levanta de nuevo junto con el grito del hombre.

–¡No me pegues! De acuerdo. ¡No me pegues!

La muleta permanece suspendida en el aire.

–He traicionado... ¡traicionado! ¡Perdóname! Allah, te pido perdón...

La muleta se abate de nuevo sobre su cabeza; grita de dolor, de miedo:

–¡No me pegues! He traicionado.

Eso es, que grite «he traicionado», más alto, «he traicionado», todavía más

alto. Que todo el mundo te oiga. ¡Grita!
–¡Soy un traidor! ¡Un criminal!
No, no eres un criminal. ¡ERES UN TRAIIDOR!

Rasul, estás como para que te lleven al manicomio de Aliabad. ¿Cómo quieres que este pobre tipo conozca tus obsesiones? No te está engañando. Para él la traición y el crimen son una misma cosa, tienen la misma gravedad.

No. Sabe distinguirlas perfectamente. Es de aquí, de este país en el que la traición es más grave que el crimen. No importa si se asesina, se roba, se viola... Lo que importa es no traicionar. No traicionar a Allah, al clan, a la familia, a la patria, al amigo... ¡Y él lo ha hecho!

Nada de pretextos. Nada justifica tu encarnizamiento contra ese hombre, nada, si no es el cometer un nuevo crimen, con el fin de revivir la misma situación, el mismo shock, la misma emoción que te dejaron mudo. ¿Y todo esto sólo para recuperar tu voz?

Deja vivir a este hombre. Ni tu voz, ni siquiera la de un profeta, vale una vida.

Lívido, golpea la muleta contra la pared tan fuerte que se rompe. Se sienta. El hombre llora.

Tras recuperar el aliento, Rasul enciende un cigarrillo y lanza un vistazo al cojo, que intenta levantarse gimiendo. Enciende otro cigarrillo y se lo da.

Después se marcha.

Llega a la *saqikhana*.

Kaka Sarwar y su banda no están allí. Pero el fumadero está abarrotado. Todos contemplan a un alucinado de barba y cabellos largos. Cada uno le da algo: un vaso de té, un billete de quinientos afganis, una bala de fusil. El alucinado coge el billete, acto seguido coge la bala de fusil, la introduce en su boca y se la traga; al final, coge el vaso de té y se lo bebe de un trago. Un hombre, el que le ha dado el dinero, se vuelve hacia los demás, pasmado.

–¡Con ésa van cinco! ¿Lo habéis visto? Se acaba de tragar la quinta bala.

El alucinado, indiferente a las miradas atónitas, se levanta y, tras un grito ronco, *Ya hoo*, abandona el fumadero, seguido por algunos hombres.

A cambio de dos Marlboros, Rasul aspira una larga bocanada de hachís y la mantiene en los pulmones. Cierra los ojos. Y el mundo desaparece, como las balas en la boca del hombre, hasta el alba.

Por la mañana temprano escucha resonar la voz de *kaka* Sarwar en la planta

de abajo, en la *tchaykhana*. Se une a la banda, que le invita a compartir su desayuno. Después vuelve a bajar con ellos a la *saqikhana*.

Embriagado por el hachís, abandona el fumadero.

Tiene miedo de volver a casa. Tiene la impresión de que su habitación ha sido invadida por los espectros escapados de sus pesadillas: la mujer con el burka azul cielo, Yarmohamad armado con un cuchillo, Razmodin con sus lecciones de moral, e incluso Dostoievski con su *Crimen y castigo*...

Sus pasos titubeantes le conducen a casa de Sufia.

¿Qué buscas a su lado?

Me hace falta ella, ella y nadie más. Me hace falta que me acoja con la pureza de sus lágrimas, el candor de su sonrisa, la blancura de su aliento... hasta que su inocencia me mate.

Dicho de otro modo, te hacen falta su inocencia, su fragilidad, para absolverte. ¡Y nada más! Déjala tranquila. No la arrastres a tu abismo.

Se detiene.

Voy a escribirlo todo en su cuaderno, y voy a devolvérselo. Le voy a devolver su vida.

Retoma el paso. Renqueante. Embriagado.

Le cuesta subir por las escaleras, llegar a la puerta, deslizarse en su habitación. Cuando finalmente llega, se sorprende al ver su morada ordenada, limpia. La ropa está bien doblada, los libros apilados en su rincón; no hay ningún fragmento de cristal por el suelo.

¿Quién se ha tomado tantas molestias por él? Seguramente Rona, la mujer de Yarmohamad. Ha sido ella, como en otras ocasiones.

Se acerca a la ventana, echa un vistazo hacia la casa de Yarmohamad. El patio está vacío. No hay ninguna sombra tras los cristales. Una embriaguez que le sale de dentro se apodera de él, anteponiéndose a su asombro ante la habitación tan ordenada y su tormentoso deseo de escribirle todo a Sufia.

¿De qué se alegra, en realidad? ¿De su victoria sobre Yarmohamad, que no ha podido impedir a su mujer que le haga la limpieza?

¡Qué hombre tan orgulloso!

Esa alegría malvada e infantil vuela en pedazos cuando su mirada se posa sobre el famoso cuaderno, colocado cuidadosamente en el poyete de la ventana. Se abalanza sobre él. ¿Lo habrá abierto Rona, habrá leído sus poemas y sus pensamientos íntimos sobre Sufia? ¿Y la última frase, *Hoy he matado a nana Alia*?

El cuaderno le tiembla entre las manos. Lo abre por la última página y lee: *Hoy he matado a nana Alia*. Se sienta en el colchón. Después, tras una larga reflexión, coge un bolígrafo y añade: *La he matado por ti, Sufia*.

¿Por ella? ¿Por qué?

Voy a escribirle por qué. Pero primero quiero hablar de ella, de su frágil inocencia, de algo de lo que nunca he sabido hablar con palabras límpidas, sin retórica. *Sufia, nunca te he besado. ¿Sabes por qué?...* Un ruido de pasos que suben por la escalera deja sus palabras suspendidas en la punta del bolígrafo. Llaman a la puerta. Se oye una voz femenina, dulce:

–Rasul, *djan*, soy Rona.

Él salta a abrir la puerta.

–Buenos días –dice ella con timidez.

Lleva en la mano un plato tapado con una servilleta blanca. Se aparta para dejarla pasar y la observa a hurtadillas, ansioso por comprobar cómo reacciona al verlo con el cuaderno en la mano.

–Rasul, *djan*, he venido a pedirte que disculpes a Yarmohamad. Estos últimos días no se encuentra muy bien. Está nervioso. Tiene miedo... Ya sabes

cómo es... Además, está sin trabajo. Está nervioso, eso es –le tiende el plato–: Ten, aquí tienes *kishmish-panir*, queso casero, del que te gusta, y pasas.

Apurado, Rasul coge el plato y con un vago ademán le da las gracias, dando a entender que no tiene de qué preocuparse, que todo está olvidado. Luego, para expresarle su gratitud por la limpieza, hace una reverencia, señalando con la mano que sujeta el cuaderno el rincón donde se apilan sus libros, perfectamente ordenados.

–Lo he hecho como lo hacía antes. Cuando...

Él ya no la escucha. Tranquilizado al no ver sospechas ni inquietud en su mirada, está fascinado, como siempre, por sus labios carnosos y chispeantes, sus ojos rasgados color avellana. Y ella, que desde hace tiempo conoce su poder de seducción, juega con él, sujeta entre los dientes el borde del velo y se tapa los labios. Para turbarlo todavía más. Rasul sabe que, si Yarmohamad le tiene manía, es en gran parte por culpa de su debilidad hacia Rona. Seguro que sospecha de su atracción por ella.

–Bueno, me voy...

Ella se dispone a marcharse. Rasul, confuso por no haber entendido lo que le ha dicho tras el velo, la sigue. Se queda observándola desde el umbral de la habitación, hasta que ella desaparece entre las sombras del corredor de la casa. Busca a Yarmohamad tras las ventanas. No hay ninguna sombra. Sin duda se ha ausentado, y ésa es la razón de que Rona se haya atrevido a hacerle una visita.

Si Rasul no tuviese la cabeza en otra parte, si no tuviese tantas preocupaciones y el cuaderno de Sufia en la mano, llevado por sus fantasmas se tumbaría en el colchón, deslizaría su mano dentro del pantalón y se acariciaría el pene. Se imaginaría dos o tres escenas con ella para masturbarse. Hoy, elegiría esa en la que Rona está completamente desnuda, sentada en el columpio de sus hijas, con la cabeza ligeramente inclinada y una sonrisa maliciosa en los labios. Mira a Rasul fijamente a los ojos. Con las piernas separadas, las cuerdas enrolladas alrededor de los brazos, las manos en el pubis, se acaricia... Bueno, ahora no es el momento. ¡Debe de ser realmente un enfermo, un obseso, un loco escapado del manicomio de Aliabad, para pensar en eso ahora!

Deja el plato en la mesa, cierra la puerta y ponte de nuevo a escribir.

Vuelve a abrir el cuaderno.

Sufia, nunca te he besado. ¿Sabes por qué? Y continúa. Porque me faltaban fuerzas para besar tu inocencia... ¿De dónde has sacado eso? ¿No puedes tener la mente más lúcida, utilizar palabras más directas? ¡Besar tu inocencia! ¿Qué quiere decir eso? Si lo escribes, se burlará de ti, te dirá: «¡Rompe mi inocencia! ¡Bésame! Yo te daré las fuerzas».

Abatido, cierra el cuaderno, lo tira entre los libros y se deja caer en la cama. Baja los ojos para encontrar entre las sombras y el silencio las palabras que está

buscando. Pero unos ruidos de pasos en la escalera lo sacan de la cama. Pasos pesados esta vez.

–¡Rasul! Soy Razmodin.

No está solo, alguien le susurra al oído. Rasul no se mueve.

–¿Rasul? –repite Razmodin llamando a la puerta.

Tras una breve espera, llama a las hijas de Yarmohamad:

–¡Eh, niñas! ¿Rasul se ha marchado?

–No, está en su habitación. A lo mejor está dormido –responden a coro.

«¡Idos al diablo!», ruge para sí Rasul. Y se levanta.

–¡Rasul! –vuelve a llamarle Razmodin, sacudiendo la puerta, cerrada desde dentro. La golpea todavía más fuerte.

«¡Un momento!», farfulla Rasul sordamente. Va a abrir.

–¡Ah, aquí estás, por fin! Hace dos días que te estoy buscando –exclama Razmodin acercándose a él; detrás de él hay un hombre pequeño, delgado, tocado con un turbante blanco–. Rasul, el comandante Rostam ha tenido la gentileza de venir a hacerte una visita y...

El comandante Rostam se acerca a Rasul:

–Mi querido Rasul –le abraza–, ¡al fin puedo conocerte!

Rasul, frío y poco hospitalario, retrocede. Rostam permanece en el umbral, esperando a que alguien lo invite a entrar. Es Razmodin quien toma la iniciativa; se precipita al interior de la habitación y le dirige un ademán de bienvenida. El otro entra y se arranca con un discurso ceremonioso:

–Querido Rasul, vengo de parte de tu venerable madre. No sé por dónde comenzar. Traigo dos noticias de tu familia. Desafortunadamente, una muy mala y triste, la otra, buena y llena de esperanza: tengo que anunciarte, con inmenso pesar, que tu padre, que era un buen y fiel musulmán, ha rendido valientemente su alma a Allah misericordioso. Ha muerto como un mártir. Te presento todas mis condolencias. Que el paraíso sea su última morada. Y le pido a Allah misericordioso, para la familia que le sobrevive, mucha paciencia, y una vida larga y próspera... –levanta las dos manos al cielo para rezar–: *Ina-ellahé wa inaellaihé radji'oun*.

Después se calla, y espera que Rasul hable. Él lo contempla, impasible. Más incómodo que asombrado, Rostam mira a Razmodin de reojo; luego, sin esperar a que le pidan que se siente, se quita los zapatos y ocupa un sitio sobre el colchón. Razmodin se une a él, y los dos miran fijamente a Rasul que, todavía indiferente, se sienta algo retirado.

Silencio.

Un silencio sepulcral que Rostam intenta romper ofreciendo un cigarrillo primero a Rasul, que lo rechaza, luego a Razmodin, antes de retomar el hilo de su discurso:

—Por supuesto, tu querida madre me dijo que te había puesto al corriente de este funesto suceso por medio de una carta... Pero veo que su mensaje no te ha llegado...

El modo en que Rasul asiente con la cabeza y agita las pestañas, dando a entender que ha recibido puntualmente la carta, desconcierta todavía más al comandante. Desvalido, sigue con la mirada a Rasul, que se pone a rebuscar entre sus libros hasta encontrar la carta de su madre, que blande ante los ojos atónitos de Rostam y Razmodin; después regresa a su sitio y, con desenvoltura, coge un matamoscas de plástico para espantar las moscas que vuelan alrededor del plato de *kishmish-panir*.

—¿Entonces la has recibido? —pregunta el comandante.

Sí.

—Pero... ¡tu respetable madre piensa que no estás al corriente del martirio de tu padre! Después de haberte enviado esa carta, te ha estado esperando...

Con aire reprobador, Rasul clava la mirada en Razmodin, que mantiene los ojos bajos, fijos en la punta de sus dedos, temiendo oír decir a su primo: «Mi padre, vivo o muerto, no tenía mucha importancia para mí». Es evidente que Razmodin no ha hablado con Rostam. Pero ¿por qué? ¿Debería haberlo hecho!

Rasul golpea con el matamoscas a una mosca que se acaba de posar delante de él, y lanza el cadáver hacia la puerta. Rostam comprende el mensaje; furioso, le cuesta contenerse:

—Sabes que para un joven musulmán afgano el deber hacia sus padres está por encima de todas las cosas. La sangre de un padre cuesta cara... Todos te esperábamos para que jurases vengarle... Pero... —es interrumpido por un nuevo golpe del matamoscas, que aplasta otra mosca. Se vuelve hacia Razmodin, nervioso—: ¿Sabes cuánto van a sufrir su madre y su hermana si se enteran de cómo se comporta este joven con respecto a ellas y al difunto Ibrahim?

Razmodin asiente con la cabeza, mientras imagina lo que está pensando Rasul: «No, ellas deben de estar aliviadas con la muerte de mi padre».

Rostam, cada vez más desconcertado ante el mutismo de Rasul, da una larga calada a su cigarrillo, y espera. Espera en vano. Se impacienta.

—¡En el nombre de Allah, di algo!...

Rasul suelta el matamoscas y lo mira largamente, de arriba abajo. Razmodin sabe perfectamente lo que bulle dentro de Rasul, pero no entiende por qué no dice esta boca es mía. ¿Por respeto? No parece que sea por eso. Debe de estar sopesando sus palabras para insultar, como de costumbre, a todos los que, en nombre de la tradición, del honor, de la religión, incitan a la gente a matarse entre sí, a vengarse, a alimentar la guerra.

—¿Sabes quién ha matado a tu padre?

Rasul alza los hombros, no le importa.

–Ha sido un ladrón, un maleante, que lo mató por dinero... ¡Por dinero!

Entonces era alguien que tenía hambre. Vengarse de un hambriento no tiene el menor interés. Mi padre, como comunista, luchaba, según él, en nombre de la justicia para con los hambrientos, mataba a los ricos para socorrer a los pobres, ¿no? ¡Su alma estará regocijada al ver a algunos hambrientos comiendo gracias a su dinero!

Razmodin tiembla sólo de imaginar lo que está maquinando Rasul. Sin embargo está asombrado, no, muy asombrado, aunque aliviado, al ver que Rasul calla. Hay que aprovecharlo. Se vuelve hacia Rostam para presentarle sus excusas:

–Hace ya algunos días que mi primo no está bien...

Pero es interrumpido por Rasul, que se levanta bruscamente, saca fuera los zapatos de Rostam y le hace señas para que abandone la habitación.

Rostam, fuera de sí, salta como un resorte, gritando:

–¡Pero qué chico tan *béadab*! ¡Ingrato!

Después, dirigiéndose a Razmodin:

–¡Si no fuese por respeto a su madre y a su hermana, en este mismo instante le sacaba las tripas!

Escupe al suelo, a los pies de Rasul. Pero, antes de que este último haga algo, Razmodin obliga a Rostam a salir de allí.

Rasul cierra la puerta y se queda de pie en mitad de la habitación, escuchando a Razmodin, que corre tras el comandante:

–No se enfade, no se lo tome a mal. Está enfermo, se lo juro. Está raro desde la muerte de su padre. Desde hace un mes todo el mundo se queja de él...

Su voz se aleja por la callejuela, desaparece.

Rasul, ya liberado de su rabia, se sienta con una sonrisa triunfal. Vuelve a coger el matamoscas y mira a su alrededor en busca de una nueva víctima. Apenas una mosca aterriza en su colchón, el matamoscas se abate sobre ella, y Rasul lanza el cadáver hacia la puerta.

Ahora que ha recobrado la calma, coge la carta de su madre y la relee de principio a fin. ¡Gracias a Dios, su madre no tiene una bonita caligrafía ni una hermosa manera de explicar las cosas en diez páginas, como la madre de Raskólnikov! Esta carta es breve, está mal escrita, es casi ilegible.

Relee las frases referentes a su hermana Donia. «Hay un hombre, rico e influyente, que pretende la mano de tu hermana...» ¿Pero quién? «Rico e influyente», eso quiere decir que no es un desconocido. Sin duda, se trata de un hombre polémico, de mala reputación. Es por eso que su madre no quiere que Rasul sepa de quién está hablando.

Su mirada se extravía por el papel, con miedo de encontrar esas palabras que detesta leer. Pero ahí están las palabras, aún más legibles que el resto: «Donia

está de acuerdo. Pero antes ella querría tener tu permiso. Ahora tú eres el hombre de la casa...». Dobla la carta. «... el hombre de la casa.» La primera vez que leyó la carta, esa frase le llenó de orgullo, «el hombre de la casa», pero ahora se da cuenta de que contiene otro mensaje, casi insolente. Cada una de las palabras tiene otro color, otra sonoridad. Ya no son ingenuas, inocentes. Exhalan ironía, reproches, lo inexpresado...

¡*El hombre de la casa!*

No, tu madre no es capaz de escribir una carta semejante. Eres tú quien tiene esa repugnante impresión. Vuelve a leerla otro día, y no encontrarás más que sabiduría y buenas intenciones.

Dobla la carta y la mete en un libro. Pero no en uno cualquiera. ¡En uno de los volúmenes de *Crimen y castigo*, por supuesto! Y todavía peor, entre las páginas en las que Raskólnikov lee la carta de su madre.

¡Rasul, te has pasado!

Todavía no ha puesto el libro en su sitio cuando la puerta se abre de nuevo, violentamente, y la voz de Razmodin retumba en la habitación:

—¿No tienes apego a la vida, o qué? ¿Quieres que un día de éstos te alcance una maldita bala? ¿Qué es lo que estás buscando exactamente? Estás enfermo de verdad.

Rasul le mira, duda sobre si darle la carta de su madre.

—¿Por qué te has portado como un gilipollas? ¿Es que no sabes que ha acogido bajo su techo a mi tía y a Donia para que no se quedasen solas? Ha hecho todo este viaje para tranquilizarte y para traerte dinero. ¡Toma! —se saca del bolsillo un fajo de billetes y lo tira al borde del colchón—. ¡No sólo no le das las gracias, sino que ni siquiera le diriges la palabra! ¿Por qué?

Conmovido, Rasul abre de nuevo el libro, coge la carta de su madre y se la tiende a Razmodin. ¡Lee! Y él la lee. Cada palabra le golpea, le hunde la cabeza entre los hombros, hace temblar su mano. ¡Que comprenda ahora el porqué de ese dinero! Y sí, esa generosidad, esa gentileza, no son por la cara bonita de Rasul. Con ese dinero Rostam pretende comprar a Donia. Donia, tu prima. A la que amas y con la que te gustaría casarte.

—Entonces la «buena noticia» que ese hijo de puta quería anunciarte ¿era ésa? —pregunta Razmodin, deshecho.

He ahí por qué Rasul lo ha tratado tan odiosamente, era para que no anunciara la noticia delante de ti.

—¡Donia! —exclama Razmodin. Agarra a Rasul de los hombros y le pregunta con voz apagada—: Pero ¿por qué no me has dicho nada? —Rasul libera sus hombros—. Si me lo hubieras dicho, habría ido a Mazar, te habría llevado a ti también.

Pues entonces vete ahora, y deja a Rasul tranquilo.

–Te llevo.

Rasul se siente impotente. ¡Venga, Razmodin, tráete a su madre y a Donia a Kabul!

Razmodin da un bote y dice acalorado:

–Vamos a buscarlas...

Pero la mirada desesperada de Rasul frena su ímpetu. Entra en razón:

–No, esto se ha vuelto demasiado peligroso. Vámonos todos a Tayikistán.

No, niega Rasul.

–Es verdad, esa zona también está bajo su control.

Déjalo.

–Entonces, ¿adónde? ¡Mierda, encuentra una solución!

Haz lo que quieras, pero deja a Rasul tranquilo... ¡Tranquilo!

Dividido entre la rabia ante el incomprensible silencio de Rasul y la aprensión ante la amenaza de Rostam, Razmodin permanece abatido durante un instante. Después, de repente, sale dando un portazo. Se oyen sus pasos rabiosos bajar por la escalera, golpear el patio y, por fin, desaparecer entre la polvareda del crepúsculo.

Rasul, exhausto, cierra los ojos, pero no se duerme.

La noche cae, tenebrosa.

Llena la habitación.

Y cuando se elevan a coro las llamadas a la oración, robando el sueño a la ciudad, Rasul abre los ojos trabajosamente. Vuelve la cabeza. Se levanta, se sienta apoyado en la pared, con las piernas dobladas contra el pecho.

Tiembla. Tiembla de rabia, de miedo, de cobardía... de tantas cosas.

Todas se le anudan en el pecho.

Su garganta se infla y se abre, sordamente.

Llora.

Duerme.

De repente, un terrible ruido de explosión le despierta sobresaltado. Empapado en sudor, se sienta sobre el colchón y dirige la mirada hacia la ventana. Tras ella, sigue la noche, siempre negra. La humareda oscura impide que la luna se deslice en el sueño de las casas.

Rasul enciende la vela que Rona ha puesto al alcance de su mano. Se arrastra hasta el cántaro de barro. Ni una gota de agua.

Regresa al lecho, su mirada se clava en el fajo de billetes que Rostam le dejó a Razmodin. Una mosca se ha instalado allí, tan a gusto. El fajo es el mismo que nana Alia agarraba firmemente con su mano rígida y gorda. No es más que una impresión. Todos los fajos se parecen.

¡Cógelo!

Tras largas dudas, lo atrapa con un ademán nervioso, como si de paso quisiera cazar a la mosca. Ésta se escapa, y se reúne con su colonia, sobre la servilleta blanca que cubre el queso y las uvas pasas.

Contempla el dinero durante un largo rato, después lo arroja lejos de él. Por miedo o por repugnancia.

Enciende un cigarrillo.

Y piensa.

Piensa que después de todo quizás ese dinero no es tan sucio como el de nana Alia. Ni siquiera tan peligroso. Entonces, ¿por qué tanto asco? «¡Por dignidad!», diría Razmodin. «Estás verdaderamente carcomido por la dignidad, Rasul. Una dignidad que no se basa en nada, una dignidad absurda.»

Sí, asumo esta dignidad que no se fundamenta en nada. Que lo sepa todo el mundo: prefiero la dignidad al orgullo. Estar orgulloso significa estar orgulloso *de algo*, y por lo tanto ser dependiente de esa cosa. Mientras que la dignidad es profunda, interior, personal, independiente, sin referentes sociales. La dignidad te da el honor; el orgullo, la arrogancia.

Son sólo palabras bonitas de oír. A pesar de todo lo que has vivido y lo que todavía vives, sigues sin convencerte de que necesitas ese dinero. Son en total casi cincuenta mil afganis. Con todo eso puedes salvar a tu madre, a tu hermana y a tu novia. Dejar morir a tu familia, ¿acaso no es eso un atentado contra tu dignidad, contra tu orgullo?

Exasperado, aspira una larga calada de su cigarrillo y, expulsando el humo, apaga la vela. Después, se tumba y espera en la oscuridad. Espera a que el día amanezca para ir a buscar a su primo y darle el dinero.

No, no es con dinero con lo que voy a salvar a mi familia.
Vale. Pero, entonces, ¿con qué?

Se da la vuelta, se retuerce; rasca con las uñas un poco de pintura descascarillada que se desprende de la pared. Después, como cuando era niño, se chupa los restos de pintura que quedan bajo las uñas, tan nauseabundos como los recordaba. Los chupa para vomitar y no dormirse.

No vomita.
Y se vuelve a dormir.

Llega al hotel Metropol cuando despunta el día. El barrio está rodeado, protegido por dos carros de combate, algunos jeeps armados y vehículos con las siglas de la ONU. Rasul se acerca al hotel con paso decidido. Allí le paran dos hombres armados. Él mueve los labios como articulando el nombre de Razmodin.

—¿Qué?

De repente, todo desaparece en el barullo. Unos hombres llevan el cadáver de un «mártir», gritando:

—*Allah o Akbar!* —y luego—: ¡Venguenos a nuestros *shahids!*

Los dos guardias, dejando solo a Rasul, se unen al cortejo y desaparecen. Él entra en el hotel. El hall está abarrotado de hombres armados y de periodistas. A la espera. ¿De qué? Nadie parece saberlo. Todos están al acecho. Rasul se dirige hacia la escalera que conduce al despacho de Razmodin, pero, por el camino, se encoge tras una esquina al ver en el otro extremo del pasillo al comandante Rostam acompañado de dos hombres, los mismos que conoció en el despacho de Pervez, los mismos que escupían un odio sin fin hacia ese comandante venido de Mazar Sharif. Alegres a pesar del ambiente tenso que reina en el hotel, ahora parecen cómplices...

Rasul llega discretamente al despacho de Razmodin. No está allí. Ha debido de marcharse a Mazar, a buscar a Donia. He aquí un hombre, uno de verdad. Hace lo que tiene que hacer. Mejor.

Sí, mejor, porque eso te descarga de tu responsabilidad.

Ya he tenido suficiente. Que me consideren un cobarde. Un haragán. No soy más que un hijo fracasado, un amigo fracasado, un enemigo fracasado, un estudiante fracasado, un novio fracasado, un criminal fracasado... Y nada más. Dejarme embriagarme, flotar en los abismos poéticos del cáñamo.

Llama a la puerta de la *saqikhana*.

—¿Quién está ahí? —pregunta Hakim, el propietario del fumadero, mirando

por las rendijas de la puerta—. Es Rasul.

—Sí. ¿Pero cuál? ¿El Santo o el *Haschischin*? —se oye la voz de *kaka* Sarwar.

Hakim abre la puerta riéndose y tira de Rasul hacia dentro. Como siempre, todo está borroso y flotando entre volutas de humo, como en un sueño.

Hakim cierra la puerta e indica a Rasul un sitio en el corro de los fumadores, al lado de un joven en trance.

—Jalal, hazle sitio.

Es otro joven, sentado al lado de Jalal, quien abre un hueco, diciendo:

—No le arruines el placer. Jalal está flotando en el séptimo cielo. Ven aquí, tío, al lado de Mostafa. También estarás bien —coloca a Rasul a su lado y le ofrece el *shilom*—. Ten, para ti que vienes fresco.

Rasul vacía primero su pecho del aire azufrado de la ciudad, después aspira tanto hachís como sus pulmones le permiten.

—A este Jalal ya su madre le trajo al mundo gracias al opio. Era muy grande, parece ser. Y fue a fuerza de opio como consiguió parir a Jalal. Así que él ya nació con opio, colocado... ¡Qué suerte!

Mientras espira el humo, Rasul echa un breve vistazo a Jalal, que levanta la cabeza y murmura:

—¿No ha empezado todavía la guerra?

Mostafa cuchichea:

—¿Qué se cuenta afuera, otro golpe de Estado?

Rasul levanta los hombros para dar a entender que no sabe nada, y da otra calada.

—¡No sabe nada, *kaka* Sarwar! —dice Mostafa, señalando a Rasul—. ¡Entonces no es un *Rasul*, un Santo Mensajero!

Kaka Sarwar sacude la cabeza:

—¡Ignorarlo todo, ésa es la sabiduría! Sí, este joven lo ha entendido completamente. Lo sabe todo, pero él lo ignora.

La cabeza de otro hombre surge de entre el humo:

—Hace ya varios años que lo ignoramos todo, y que el mundo también nos ignora. ¿También eso es la sabiduría?

—Eso no es lo mismo.

—Entonces no entiendo nada de lo que dices, *kaka* Sarwar.

—Escucha, cuando dices que no sabes nada, ése es el comienzo de la sabiduría. Y cuando dices que lo ignoras todo, eso quiere decir que has alcanzado el saber absoluto. ¿Acaso sabes algo de esta guerra?

—No.

—Muy bien. Sabes que no sabes. ¡Eso es ya colosal! Y cuando entiendas el porqué de esta guerra, querrás ignorarlo todo. Venga, ¡pásame el *shilom*! —fuma, luego continúa—: Un sabio entre los sabios, de nombre Attar, decía que

en el antepenúltimo valle de la sabiduría, que él llamaba *wadi-i Hayrat*, el viajero quedaría anulado y se perdería. Se olvidaría de todo, ¡incluso de sí mismo! –cierra los ojos y recita el poema–: «Si le dicen: “¿Eres o no eres; tienes o no tienes sentimiento de existencia; estás en el medio, o no estás, o estás en el borde; estás visible u oculto; eres perecedero o inmortal; eres el uno y el otro o ni el uno ni el otro; finalmente, existes o no existes?”, responderá afirmativamente: “No sé nada, lo ignoro y me ignoro a mí mismo. Estoy enamorado, pero no sé de quién; no soy ni fiel ni infiel. ¿Qué soy entonces? Ignoro incluso mi amor; tengo a la vez el corazón lleno y vacío de amor”».

–Entonces, ¿estamos en ese valle? –pregunta Hakim, arrancando las risas de los fumadores.

–Si en lugar de hacernos preguntas idiotas, puedes llegar a sorprendernos con tu hachís, ¡SÍ! –dice *kaka* Sarwar y, tras aspirar una larga bocanada, le pasa el *shilom* a Jalal, que ha vuelto en sí:

–Entonces la guerra todavía no ha empezado.

–Ya se ha terminado. ¡Fuma, fuma tranquilo! –le calma Mostafa. Luego se dirige a Rasul–: Es que tiene miedo de la guerra. Tiene miedo de la sangre, de las balas y de los misiles. Es por eso por lo que, antes de morir en la guerra, quiere matarse a fuerza de fumar hachís. Hace ya cuatro días que vamos de *saqikhana* en *saqikhana*.

El *shilom* ya no tira. Jalal levanta la cabeza, completamente desolado:

–¿Se ha acabado?

–¿La guerra? Sí.

–No, el hachís...

Hakim se acerca para proveerle de una nueva pipa:

–¿Tienes dinero?

–¿Dinero?... Mostafa, ¿tú tienes...?

–No, querido Jalal. Tenemos los bolsillos más secos que el culo.

Rasul se levanta, tambaleándose, saca un billete de quinientos afganis de su bolsillo y se lo da a Jalal. Todo el mundo le contempla con asombro y admiración. Saca otro billete de quinientos afganis y se lo tiende a Hakim para que compre kebabs para todo el mundo.

Todas las voces se elevan, dándole las gracias. Él abandona el fumadero, orgulloso, ligero. Más ligero que el aire. ¡Qué maravilla! De ahora en adelante, va a vivir con el dinero de Rostam como habría podido vivir con el de nana Alia. Digno y feliz.

Ahora voy a buscar a Sufia. Voy a estrecharla entre mis brazos. Vamos a casarnos. Me los llevo, a ella y a nuestras dos familias, a algún lugar lejos de aquí, más allá de las fronteras del terror.

Corre.

Un misil hace temblar el suelo bajo sus pies.

Corre.

Nada le detiene. Ni los disparos, ni el tráfico, ni el dolor del tobillo.

Nada le afecta. Ni los gritos, ni los llantos, ni las peticiones de auxilio.

Sólo se para ante la casa de Sufia. Sofocado, espera a recobrar el aliento, después llama a la puerta.

Tras un largo silencio, la puerta se abre. Es Daud. Vaya, ¡no está en el tejado!

—A estas horas, las palomas no vuelan —Daud cierra la puerta y, muy agitado, sigue a Rasul—. Mi paloma volvió. Después de que te marchases regresó. Pensé que se había fugado lejos de aquí —se ríe—, ya la he cambiado...

Contento y orgulloso, se dirige hacia un rincón del patio, coge algo de debajo de la jaula de las palomas y se lo lleva a Rasul.

—Mira por lo que la he cambiado —es un colt—. ¡En perfecto estado!

Rasul revisa el arma, está cargada.

—La he cogido para ti...

¿Para él? ¿Y qué va a hacer con ella?

—¡Todo el mundo tiene una menos tú! Si tienes una, no morirás. Escóndela para que no la vea mi madre.

Inquieto, se la quita y se la esconde bajo la camisa.

—Ha venido tu primo. Te estaba buscando. Dijo que se iba a Mazar.

Rasul avanza por el corredor y ve luz en la cocina. Entra y saluda a la madre de Sufia.

—¿Cómo estás, hijo? Ha venido Razmodin, nos ha contado lo de tu padre. Que Dios acoja su alma y que el paraíso sea su última morada. ¿Cómo están tu madre y tu hermana? —evita la mirada de Rasul—. ¡Cuánto tendrá que aguantar todavía tu pobre madre!

Como duelo, el silencio.

¿Y Sufia? ¿Dónde está?

Rasul lanza un vistazo al corredor. No hay ningún ruido, ningún rastro de ella.

—Le he pedido algo de dinero a Nazigol, me he dicho que, por una vez, mis hijos iban a comer hasta hartarse —dice como para justificar algo. Pero ¿el qué? Ella se inclina sobre sus fogones. Mira dentro como si estuviese buscando las palabras. Tras una duda prolongada, dice—: Sufia se ha ido a casa de nana Alia —su voz es seca, muy seca—. Nazigol vino a buscarla. Está sola. Su madre se ha ido no se sabe adónde. Hay mucha faena, y Sufia volverá tarde.

Pero él le había pedido que no volviese. Y ella ha vuelto. Dicho de otro modo, sus órdenes ya no tienen ninguna importancia para ella. Eso es todo. Se da la vuelta para marcharse, pero la madre de Sufia, sin volverse, le detiene:

—Rasul... —una pausa que no presagia nada bueno—. Tengo que decirte... dos

o tres cosas...

Ya está, Rasul va a oír lo que estaba temiendo que escupiese:

–Pero no sé cómo decírtelo –se suena con el pico de su pañoleta–. No te lo tomes a mal. Siempre nos hemos entendido...

Sí, Rasul te comprende muy bien. Hace un buen rato que está preparado para escucharte decir eso que te está pesando en la conciencia. Díselo todo:

–¿Hasta cuándo vamos a tener que esperar? Más aún con lo que tu vida ha cambiado ahora. Les haces falta a tu madre y a tu hermana, más que a nosotros. Tienes que volver con ellas.

Rasul tiene la impresión de que su cuerpo se vacía. Se vacía de sangre, de esperanza, de vida. No es más que una brizna de paja, insignificante, seca, minúscula... que cae al suelo, dejándose llevar por el más ligero golpe de viento. Se apoya en la pared para no desplomarse a los pies de la madre de Sufia, está abrumado:

–Ahora tenemos que pensar en nosotros, no podemos esperarte eternamente. No tienes nada. Ni dinero. Ni trabajo. ¿Hasta cuándo? Déjanos encargarnos a nosotras, encontrar una solución.

Pero él ama a Sufia.

–¡Vuelve a casa de tu madre, Rasul! Nosotros nos las arreglaremos, no te preocupes.

Pero él ama a Sufia.

Sí, y ella lo sabe. Y por eso calla, suspende sus palabras para no expresar el pensamiento que deja traslucir su mirada, cargada de tristeza y de compasión hacia Rasul. Él baja la cabeza. Permanece postrado durante largo rato, y luego abandona la cocina, el corredor. En un rincón del patio, encuentra a Daud, que a la luz de una lámpara de aceite cura el ala herida de una paloma. Rasul saca el fajo de billetes y se lo da entero.

–¿Qué es esto?

El precio de su colt. Daud, contentísimo, coge los billetes y le tiende el arma.

–¿Todo este dinero es para mí?

Sí.

–¿Todo?

Todo.

–¿Cuántas palomas se pueden comprar con este dinero?

Rasul le deja sumido en sus cálculos, y desaparece por las callejuelas polvorientas de Deh Afghanan, como una sombra en el crepúsculo, borrosa y vacía.

Sí, vacía. Vacía de cualquier sustancia.

No, Rasul, no estás vacío. Estás sencillamente liberado. Liberado de todas las

obligaciones, de todas las responsabilidades. Liberado porque Sufia ya no tiene necesidad de ti. No más que tu madre y tu hermana.

Sí, eso es el vacío: cuando ya nadie tiene necesidad de mí, cuando ya no tengo nada que ofrecer. Que yo exista o no, nada cambiará para ellos.

Exactamente. Sin ti, el mundo no estará vacío, sólo vacío de ti. Eso es todo.

No quiero arrastrar a Sufia a este vacío.

Entonces, ¡déjala!

Voy a dejarla. Pero antes tengo que hacerle saber que nana Alia ya no existe, que la he matado con mis propias manos.

Ella se enterará un día u otro. Esta noche está con Nazigol, que ofrece la misma «hospitalidad» que su madre. Y sin duda estarán Amer Salam y sus invitados. ¿Qué vas a hacer?

Rasul se detiene.

Nace en él un sollozo del que no sabe cómo deshacerse. Busca un cigarrillo en su bolsillo. Su mano topa con el arma. Tiembla. Suda sus lágrimas. Lloro su muerte.

Un cuerpo cae al suelo. Rasul abre los ojos. A través del velo de humo, distingue a Jalal, se arrastra hacia él y lo sacude. Ya nada puede esperarse de él, yace con un hilo de saliva que le cae de la boca lentamente.

–Es un hombre feliz –murmura *kaka* Sarwar, los ojos cerrados, el cuerpo encogido.

–Ya no se mueve –constata un hombre joven que se encuentra al lado de Rasul.

Kaka Sarwar abre un ojo, echa un vistazo a Jalal y continúa:

–Es un hombre feliz. Nació en la embriaguez y en la embriaguez muere.

–¿Qué podemos hacer por él?

–Nada –suspira Mostafa desde más allá, retirado en una esquina de la *saqikhana* con las manos bajo las axilas.

–Morir, ésa es su voluntad. Cuando nuestra vida depende de los demás, que nos dejen el derecho a morir. Déjalo tranquilo, joven, no le hagas la muerte difícil –dice *kaka* Sarwar, cerrando los ojos, canturreando bajo sus barbas–: «Venir y partir, ningún rastro queda/ Ser y vivir, ningún resto queda/ En el fuego de esta máquina infernal, los seres clarividentes/ Se consumen y se reducen a cenizas, sin humo».

Rasul retrocede, se apoya en la pared y, con la mirada fija en Jalal, espera una vez más ver venir a la muerte. Una muerte dulce, apacible. Ella llevará a Jalal lejos de este infierno. Le impedirá morir de una bala perdida o de un hachazo. Una muerte sin sufrimiento. Y no habrá nadie a quien acusar, a quien condenar, ejecutar. Ningún culpable. No habrá ni crimen ni castigo.

Saca un cigarrillo y lo enciende, después se levanta, abandona el fumadero y vuelve a su habitación, que es un hervidero de moscas. Va directamente a la cama, apaga la colilla del cigarro contra la pared y se tumba. Algo le molesta en el bolsillo. Es el revólver. Se lo pone sobre el pecho. ¿Qué hacer?, se repite en el silencio de su garganta; luego intenta gritar, esperando que las palabras resuenen en sus labios, en la habitación, al pie de la montaña, abajo, en la ciudad... Pero no hay ningún sonido, ninguna respuesta.

Qué hacer, esto debe ser dicho sin signos de interrogación. No es una pregunta, sino un pensamiento. No, no es ni siquiera un pensamiento, es un estado. Sí, eso es. Un estado de aturdimiento, un estado en el que toda pregunta nos asombra en lugar de interrogarnos, nos apela en lugar de interpelarnos.

Qué hacer.

Ese estado ya lo conozco, ya lo he visto, incluso lo he sentido: en los ojos de un asno.

Era otoño. Y yo no tenía más que once años.

Como cada año en esa estación, acompañaba a mi padre a cazar en los alrededores de Jalalabad, donde mis abuelos poseían un gran *qal'a*, una fortaleza de adobe. El país todavía no había sido invadido por los soviéticos, la guerra todavía no había empezado, y mi padre todavía se llevaba bien con sus suegros, que detestaban a los comunistas.

Como de costumbre, íbamos con un asno para transportar nuestros útiles de caza y llevarnos por los valles y el desierto, sin senderos trazados. Tras un largo camino, llegamos a un vasto cañaveral alrededor de un lago. Un lugar ideal para la caza de pájaros migratorios. Habíamos atado el asno al único árbol que había, no lejos del cañaveral.

A la orilla del lago, habíamos preparado un puesto para emboscarnos y acechar a los pájaros. Todavía era temprano. Esperando, mi padre se echó una pequeña siesta.

El viento, suave, acariciaba las cañas y las hacía silbar. Yo percibía un aire armonioso, apacible, adormecedor. Me adormilé, lenta, morosamente. Y cuando abrí los ojos, el crepúsculo ya había engullido el campo con una bruma extraña, triste e inquietante.

Mi padre, muy nervioso, escrutaba el cielo, diciendo que los pájaros migratorios ya no iban a tardar. Comprobó su escopeta en varias ocasiones.

Los minutos transcurrían, la noche caía, pero no había ningún sonido, ninguna señal en el cielo.

El silencio.

El vacío.

De repente, el balido del asno llenó el cañaveral; débil al principio, después, cada vez más fuerte, espantado, espantoso.

Mi padre me ordenó que fuese a ver qué pasaba. Yo dudé, tenía miedo. Él rugió que fuera a hacer callar al animal, si no, los pájaros no se posarían. Me marché con la sangre helada en las venas. En la orilla del cañaveral, me quedé aterrorizado ante la vista de dos lobos que daban vueltas alrededor del asno antes de atacarlo. Atrapado, el asno no podía hacer más que rebuznar.

Lleno de pánico, corrí a avisar a mi padre. Con la escopeta en la mano, furioso, se precipitó a través del cañaveral. Al principio trató de alejar a los lobos tirándoles piedras. Pero ellos se volvieron hacia nosotros. Sus ojos relucientes les daban un aspecto terrorífico. Aún más aterrado, me escondí detrás de mi padre, que apuntó con la escopeta en su dirección. En el momento en que se aprestaban a atacarnos, sonó un disparo, y uno de los lobos cayó a

tierra gruñendo. El otro lobo se detuvo, pero mi padre seguía apuntando; la bestia reculó, y luego se dio a la fuga.

El asno seguía rebuznando.

Había que abandonar ese lugar lo antes posible, antes de que el resto de los lobos volviese en jauría. Mientras mi padre regresaba al cañaveral para buscar nuestras cosas, yo corrí a tranquilizar al asno, acariciándolo y soltando el cabestro. Finalmente se calló.

Al tiempo que enjaezaba al animal, mi padre escudriñaba el cielo y los alrededores, refunfuñando y maldiciendo al puñetero cielo, ¡mierda!

Nos marchamos.

Caía la noche, la luna brillaba, el asno avanzaba, y nosotros tras él. Mi padre iluminaba de vez en cuando el camino con su linterna. Habíamos subido a una colina con dificultad; en la cima, el asno se detuvo. Mi padre lo golpeó en la grupa, pero el asno se negaba a andar. Miraba el camino con recelo. Mi padre le dio otro golpe, más fuerte, y esta vez el asno se puso en marcha lentamente. Yo tenía miedo de que nos perdiésemos; mi padre me tranquilizó, el asno conocía perfectamente el camino, el pueblo no debía de estar lejos, quizás a una hora de marcha.

Cuando descendimos la colina, encontramos otro campo, luego otra colina más. Al llegar a la cima el asno volvió a detenerse. Los golpes le obligaron a bajar la pendiente, muy a su pesar.

Al pie de la colina, delante de nosotros se abría un nuevo campo inmenso, con un árbol aislado en el centro, hacia el cual el asno se dirigió sin vacilación. Al acercarnos, vimos en el claroscuro el cadáver de un animal, ante el cual otro velaba. Mi padre encendió la linterna. Era el cadáver de un lobo. El segundo lobo levantó la cabeza. Llenos de espanto, nos quedamos petrificados. Mi padre cargó la escopeta. El asno se acercaba a los lobos, sin miedo. El lobo avanzó hacia él emitiendo un gemido. En el momento en que mi padre le apuntó, se dio a la fuga.

El asno rodeó el cadáver y se paró al pie del árbol. La linterna alumbró primero el cuerpo del animal, luego el árbol, y por último los alrededores. Al principio nos sorprendimos, y luego nos quedamos helados al ver que nos encontrábamos en el mismo sitio de hacía un momento, allí donde mi padre había matado al lobo. Con voz temblorosa, le pregunté a mi padre por qué el asno nos había llevado al mismo punto. No tenía la más mínima idea. Ofuscado, se dirigió hacia el asno. Lo golpeó en el lomo para que se moviera. Pero el asno permanecía inerte. Miradas de incredulidad. Mi padre cogió el palo y, dándome la cuerda, me ordenó tirar de ella. En vano. El animal decidió no avanzar. Lo leí en sus ojos apagados, cansados. Lo acaricié, le supliqué. Nada.

Mi padre, cada vez más nervioso, me dio el palo, cogió la cuerda y me gritó que pegase al asno, en la cabeza, en el lomo.

Pero yo no tenía valor. La escasa convicción de mis golpes exasperó a mi padre, que vociferaba y me insultaba. Su voz y los aullidos de los lobos se entremezclaban y resonaban en la planicie. Al borde de las lágrimas, me puse a golpear al asno con rabia impotente. No había nada que hacer. Descorazonado, cansado, paré de hacerlo, y estallé en sollozos. Mi padre soltó la cuerda del asno y le dio en el cráneo con la culata de la escopeta. El asno se desplomó. Ahora era imposible hacer que se levantase. Todo me parecía inútil: mis lágrimas, los aullidos de los lobos que cada vez estaban más cerca, las órdenes iracundas de mi padre, que había vuelto a coger el palo para pinchar al asno con la punta, jurando que, si no se movía, le metería el cañón de la escopeta por el culo y lo haría explotar. Pero el asno seguía impassible, inamovible, y permaneció tumbado. Mi padre, fuera de sí, levantó la escopeta para apuntarle. El animal miraba fijamente a mi padre, sin reaccionar.

Mis sollozos quedaron ahogados. Sólo los aullidos de los lobos rompían el silencio. La escopeta temblaba entre las manos de mi padre. Yo cerré los ojos, y sólo oí la detonación de un disparo, después los gritos de alarma de los pájaros que levantaban el vuelo entre los cañaverales. La sangre salpicó con fuerza desde la frente del animal. Sus ojos resignados se abrieron durante un instante, antes de volver a cerrarse lentamente, como aliviados. Después, un silencio absoluto. No hubo más ruidos de pájaros ni aullidos de lobos. Todo era quietud ante el telón negro de la noche.

Una vez hubo aplacado su cólera y vuelto en sí, mi padre metió a toda prisa una bala en la escopeta, cargó a la espalda todas nuestras cosas y se puso en marcha, ordenándome:

—¡Rasul! ¡Venga, muévete! ¿Rasul?

Esta extraña historia, bautizada por Rasul como *Nayestan* (el cañaveral), le obsesiona. Vive dentro de él, silenciosa, religiosamente. Su padre también la contaba continuamente, no importaba dónde, ni cuándo, ni a quién. Y cada vez le pedía a Rasul que le recordase los detalles olvidados. En realidad, era sólo para tenerlo como testigo de la veracidad de esta increíble aventura. Pero Rasul evitaba seguirle el juego. A menudo se escabullía cuando su padre empezaba a contar la historia. ¿Por qué? No tenía la más mínima idea. Y sigue sin tener una respuesta. Sin embargo, muchas veces se la cuenta a sí mismo, de principio a fin. Y cada vez que añade un detalle, quita otro. De vez en cuando se demora largo rato sobre un momento o sobre una imagen que se corresponde con su estado de ánimo. Por eso no ha querido escribirla, fijarla sobre el papel. Si la escribiese, sería una historia sin defectos, sin detalles, muerta. Además, ya no sabe

distinguir lo que su padre ha añadido y lo que ha introducido él, lo que es verdadero y lo que es falso, lo que procede de sus recuerdos y lo que pertenece a sus sueños... No importa. Es extraño que en este momento esté pensando en la mirada del asno. ¿Qué se ocultaba tras esa estúpida mirada?

Todo. Esa mirada perdida, inocente, incrédula, le preguntaba: «Pero ¿por qué me he perdido? ¿Por qué no encuentro la dirección? ¿Dónde está el camino? ¿No es éste el camino que tomo habitualmente? ¿Qué sucede? ¿Por qué ya no lo encuentro? ¿Por qué este sitio me resulta extraño? ¿Es a causa de la noche? ¿O del miedo? ¿O del cansancio? ¿O de las dudas?». Al no encontrar respuesta, estas preguntas se transforman en asombro. Al demonio las causas. El asno estaba allí, perdido. Sabía que nunca volvería a encontrar el camino. Así que no le quedaba más que gemir: «Qué hacer», sin signos de interrogación.

Qué hacer. Rasul se levanta. La pistola se le cae del pecho empapado de sudor. El corazón le late como loco, como si fuera a estallar, latir hasta salirse y alcanzar el arma.

Temblorosa, su mano coge la pistola, apunta con ella al puente de la nariz, justo entre los ojos. Su dedo presiona el gatillo. La bala no está metida, ya lo sabe; sólo quiere probar, saber si es fácil dispararse una bala en la cabeza.

Sí, es incluso muy fácil. Sólo hay que cerrar los ojos.

Cierra los ojos.

No pensar más. No pensar más en nada. Ni en nadie. Ni siquiera en su enemigo, en su odio, en su derrota.

No piensa más en ello.

Concentrarse en la pistola. Su alma es la bala; su cuerpo, el blanco. El resto no es más que un gesto, sencillo como un juego. Eso es, sencillo como un juego. Un juego sin competición. Sin adversario. Lisa y llanamente tiene que creer en el juego, en su propio juego. Y no pensar más que en el gesto. En nada más. Ni en la verdad ni en la vanidad del juego. Todo lo que hay que hacer es ejecutarlo correctamente, respetar las reglas. Y no hacer trampas.

Ahora hay que cargar la bala, volver a poner la pistola entre los ojos.

La pistola pesa.

Es su mano la que no tiene fuerza.

Tiene sed.

No hay que volver a pensar en el agua. Pensar que es un juego, y que cuando se acabe uno puede levantarse y beber agua.

Cerrar los ojos.

Y disparar.

¿Entonces, te mueres?

Sí, me muero. Me muero con un agujero entre los ojos del que brota un hilo de sangre que corre por el colchón, luego por el kilim, y acaba en un desnivel del suelo, donde forma un charco rojo. El disparo ha resonado en la habitación, en el patio, en la ciudad. Ha debido de despertar a Yarmohamad. Él cree que alguien ha disparado en la calle, enfrente de la casa. Se da la vuelta en la cama. Rona, inquieta, insiste en que compruebe que no hayan disparado dentro de la casa, que no me hayan disparado a mí. A Yarmohamad se la trae al fresco. «Libres, al fin», farfulla tapándose un poco más con la sábana.

Al alba, después de hacer su oración, vendrá silenciosamente a la puerta de mi habitación.

¿Por qué iba a venir?

Sí, ¿por qué iba a venir? No vendrá. Mi cadáver permanecerá aquí. Se pudrirá. Me cubrirán las moscas. Y al cabo de dos o tres días, será el hedor lo que hará venir a Yarmohamad. Al principio no percibirá nada más que silencio. Llamará una vez. No habrá respuesta. Empujará la puerta, y se abrirá sola con un ruido seco. Al descubrir mi cadáver ensangrentado, será presa del pánico. Temerá que le acusen de la muerte de su inquilino. Al ver la pistola en mi mano, comprenderá que me he suicidado. Correrá a avisar a Razmodin.

¿Y luego?

Nada. Entenderán que mi suicidio es un último suspiro en un mundo que ya no me responde, ni me sorprende.

Pero, Rasul, ¿quién podrá admitir que has cometido semejante acto? Ni Yarmohamad ni Razmodin. Sabes de sobra que el suicidio no pertenece a tu cultura. Y sabes perfectamente por qué.

Para empezar, para suicidarse, hace falta creer en la vida, en su valor. Hace falta que el muerto valore la vida. Aquí, en este país, hoy en día la vida no tiene ningún valor, por lo tanto, tampoco el suicidio.

Además, el suicidio es considerado una ingrata rebelión contra la voluntad de Allah. Es como decirle: «¡Toma, te la devuelvo antes de que me la pidas, esta mierda de alma que pusiste dentro de mi cuerpo inocente!». Es demostrarle que no tiene ningún poder sobre ti, que no aceptas ser su esclavo, su *banda*. El suicidio es devolver el alma sin agradecimiento.

Tu cadáver, antes de ser enterrado, recibirá dos latigazos. Ésta es la razón por la que nadie admite el suicidio. Todos los suicidios se disfrazan de asesinatos.

No serás más una víctima, un mártir como tantos. Tú, que querías llegar a ser un «superhombre».

¿Ser un *shahid*? ¡Ah no! Ése es el credo de todo el mundo hoy en día. No tiene ningún valor. Hace falta que el mundo entero sepa que me he suicidado.

Entonces, ve a ponerte en mitad de un cruce de caminos, da tu discurso y dispárate una bala en la cabeza ante testigos. Así todo el mundo lo sabrá. Pero, incluso allí, nadie comprenderá la carga teórica de tu acto. Cada uno dará su versión. Uno dirá: «Estaba enfermo»; otro: «Fumaba demasiado hachís»; y otro más: «Son los remordimientos. ¡Se portó mal con su familia!»; o: «¡Se arrepentía de ser un colaborador, un comunista, un traidor!»; y, si algún día descubren que eras el asesino de nana Alia, dirán que tu mala conciencia te condujo a ese acto. Sí, nadie dirá que te suicidaste porque habías llegado al límite, porque tus preguntas ya no tenían signos de interrogación, porque todo tu cuestionamiento ya no era sino asombro ante lo repentinamente absurdo de la vida. Nadie dirá que has matado a una criatura nefasta, una *alimaña*, para alcanzar el rango de «gran hombre» y conseguir un lugar en la Historia. Además, no olvides que hoy en día aquí, en este país, todo el mundo quiere alcanzar ese rango. Todo el mundo lucha para convertirse en un *ghazi*, si mata, o *shahid*, si es matado. Tus familiares harán de ti un *ghazi*, dado que has ejecutado a una alcahueta, y un *shahid*, porque su familia te ha asesinado en venganza. Sobre tu lápida escribirán: «*Shahid* Rasul, hijo de Ibrahim», quieras o no.

No, no quiero.

Entonces, deja la pistola.

¿Así que ni siquiera tengo libertad para suicidarme?

No.

¿Existe Dios, como decía Dostoievski, para que el hombre no se suicide?

¡Ya estamos otra vez con lo mismo! No, Rasul no piensa eso. Tu Allah no admite el suicidio para dar testimonio de su existencia y su grandeza. Aparte de eso, todo suicidio le arrebatara el nombre de *Al-Mumit*, el que da la muerte.

La pistola se le resbala de entre las manos.

Se acabó. No se suicidará, no puede. El suicidio sólo exige una cosa: el gesto, y nada más. Ni pensamientos, ni palabras, ni remordimientos, ni esperanza, ni desesperanza...

El alba, más audaz que Rasul, invade el cielo, y recoge las estrellas de una en una.

Y el sueño, más invasor que el alba, gana al agotado cuerpo de Rasul.

Un susurro, grácil y suave, vibra en la habitación, muy cerca de él. A través de los ojos entreabiertos, se le dibuja una imagen borrosa: el rostro etéreo de una muchacha con ojos de sorpresa. Murmura:

–¿Rasul?

Es un sueño hermoso.

–¡Rasul! –la voz se impacienta, suena más fuerte, y obliga a Rasul a abrir completamente los ojos–. ¿Estás bien?

¿Sufia? ¿Desde cuándo está allí? ¿Qué hora es? Aturdido, Rasul mira al despertador ruso, que no funciona desde hace mucho tiempo; lo mira por costumbre, por «absurdistad crónica», como dice él.

Se levanta y se dirige hacia la ventana. El cielo todavía está lleno de humo, cargado de cenizas. El sol ya no sabe por dónde salir. No saldrá. Espera a que la Tierra dé la vuelta.

–¿Qué te pasa? –le pregunta Sufia mirándolo de hito en hito, preocupada.

La mano de Rasul agarra la pistola, la levanta.

–¿Desde cuándo llevas un arma? –pregunta ella con desconfianza.

Él vuelve a dejar la pistola en el suelo para coger un cigarrillo, lo enciende, hace ademán de no tener ganas de contestarle para disimular su afonía, como un miserable.

–Mi madre me ha contado lo de tu padre, que Dios acoja su alma. Pero ¿por qué no me has dicho nada? ¿Por qué no has ido al entierro? –coge a Rasul de las manos–. Ahora entiendo tu tristeza, tu silencio...

No, Sufia, no entiendes nada. Haces preguntas, aunque sabes que la muerte de su padre no tiene ninguna importancia para él. De hecho, hacía mucho tiempo que ya no tenían ninguna relación. Ni padre ni hijo. Él te lo había contado. Solamente está preocupado por su madre y su hermana. Tiene que salvarlas. Pero eso también es otra historia. Rasul ya no piensa más que en una cosa: «¿Dónde estabas aquella noche?». Escruta su mirada. Escucha su silencio.

–Rasul, he vuelto a trabajar en casa de nana Alia.

Ya lo sabe.

–Yo te juro que te amo, pero me veo obligada a trabajar. Y si no trabajo, ¿quién lo hará por nosotros? ¿Mi madre? ¿Mi hermano? Ya sabes cómo es nuestra vida. Te juro que cuando Nazigol vino ayer por la noche, mi madre se arrojó a sus pies para que se la llevara en mi lugar. No quiso. A ella no la quieren.

¿A ella no la quieren?

¿*Quiénes* son los que no la quieren?

Sufia ahoga un sollozo y prosigue:

—La última vez que me dijiste que no debía trabajar allí porque la gente iba a murmurar, no volví más. ¿Y qué pasó? Una semana de hambre, una semana de miseria. Aquella semana, ¿quién se preocupó de nosotros?

Se deshace en lágrimas.

—No podemos esperar nada de ti, ya no. Además, ahora por añadidura tienes la carga de tu madre y de tu hermana. Tú también necesitas ayuda. Así que compréndeme. Sé que para ti es difícil aceptarlo, pero dime, Rasul, ¿acaso tengo otra elección?

No, no tiene otra elección. Y tú, Rasul, como ella te ha dicho, ya no le puedes dar nada. Estás vacío. No eres nada. Incapaz de suicidarte, incapaz de salvarte, de proteger a tu madre y a tu hermana, menos aún podrás hacer por Sufia y su familia. No tienes vergüenza de tu incapacidad, de tu inercia, sino que te sientes deshonrado, humillado por lo que hace Sufia. Ella, ella es más inocente, más pura, más digna que tú. Tírate a sus pies y dile en voz alta: «No me inclino ante ti, sino ante todo el sufrimiento humano». ¡Venga!

Está temblando.

Veamos, ni siquiera eres capaz de decir la más magnífica frase de tu héroe Raskólnikov, mientras que no dejas de fingir su audacia. ¡Qué miserable!

Junta las manos, las aprieta, como para rezar. Hunde la cabeza entre los hombros. Se retuerce. Se desmorona. Se da cuenta de que la dignidad no es ni un ridículo honor viril ni una absurda moral tribal, que está simplemente en la voluntad de un ser que asume su debilidad, que la hace respetar, que...

—¿De dónde ha salido este dinero? —pregunta Sufia tendiéndole el fajo de billetes que él le había dado a Daud.

Llegados a este punto, Rasul, debes escribir. No puedes callarte, dejar a Sufia en la incertidumbre. Seguramente acabará por creer que es el dinero que le has robado a nana Alia. Nazigol y ella han debido de darse cuenta de que el otro día te comportaste de un modo extraño, convirtiéndote en sospechoso.

Sí, voy a escribírselo todo. Este dinero procede de la venta de Donia, mi hermana, por mi madre a un comandante. ¡Es el precio de mi cobardía!

Cada vez más nervioso, se levanta para buscar papel y lápiz. Sufia le sigue con mirada curiosa:

—Este dinero te hace falta para tu madre y tu hermana...

Rasul encuentra el cuaderno de Sufia.

—Rasul, yo te quiero. Pero no puedo vivir contigo. O más bien tú no puedes vivir conmigo —dice ella levantándose para coger su burka y marcharse.

Pero antes de que salga por la puerta, Rasul la detiene y le da su cuaderno.

—¿Qué es esto? Es... —duda—, ¿es mi cuaderno?

Sí.

—¡Mi cuaderno! —exclama con una sonrisilla tímida, llena de recuerdos.

Rasul le hace señas para que lo abra. Ella lo abre. Él se abalanza y le señala la última página, que ella lee, relee, al principio murmurando, luego repite en voz alta:

—*Hoy he matado a nana Alia* —levanta la cabeza, no muy segura de haberlo entendido bien. Se acerca a Rasul—: ¿Qué quiere decir eso?

Él le señala con el dedo la frase siguiente: *La he matado por ti, Sufia*, que ella lee; después la siguiente: *Sufia, nunca te he besado. ¿Sabes por qué?*... Ella cierra el cuaderno, baja la mirada como para buscar el sentido de las palabras más allá de los labios de Rasul.

—¿Es un poema? —pregunta candorosamente.

No, la he matado, esboza apenas el gesto, vanamente. La mira a los ojos, con rabia, una rabia sorda por no ser capaz de contárselo todo.

—¡Deja de mirarme así! Me das miedo. Dime, ¿qué es esto?

Venga, Rasul, escribe que has perdido la voz.

—¿Por qué no dices nada? ¿De verdad has decidido no volver a hablar?

Desamparado, hace un gesto afirmativo y regresa a la cama. Su mano duda en coger el lápiz y escribir. Algo se lo impide. Algo cínico. Todavía ignora de dónde procede ese resentimiento. Probablemente del hecho de que todo el mundo esté irritado con su silencio, sobre todo la gente más cercana a él. Sin embargo, le gustaría contárselo todo a Sufia, incluso los más mínimos detalles, cómo le vino la idea de asesinar a nana Alia. Fue el día que discutieron, hace una semana. Él se marchó enseguida al salón de té. Escuchó a dos milicianos hablar de nana Alia, de esa sucia puta, que no era únicamente usurera. Contrataba a chicas jóvenes, se supone que para labores domésticas, pero en realidad las arrojaba a los brazos de sus clientes. Entonces Rasul comprendió por qué quería que Sufia trabajara también por las noches, hasta tarde. No pudo soportarlo. Sí, ese día tuvo la idea. Al día siguiente...

—No, tú no eres capaz... —murmura ella—. No eres capaz de matar —repite como si ya hubiese escuchado todo el relato de Rasul.

Ella no lo cree, y jamás lo creerá. Todo lo que él pueda decir, o más bien escribir, no serán más que mentiras.

Sí, tu historia no es sino un ridículo pastiche de *Crimen y castigo*, la novela que le has contado más de cien veces, y sólo eso.

Abatido, mira a Sufia con desesperación; le gustaría preguntarle por qué no le cree.

Pero ¿cómo le va a creer?

No hay ninguna prueba. Nadie ha hablado de ello. Nadie ha visto el cadáver

de nana Alia, Sufia se habría enterado.

Precisamente, ella tiene que ayudarme a desentrañar el misterio.

Es un misterio para ti, pero también para ella. Para ella el asesinato no tiene importancia.

Pensativa y preocupada, se acerca a él.

—¡Rasul, dime algo, una palabra! Te lo suplico.

¿Qué es lo que quiere escuchar? No hay nada que decir.

—¿De verdad la has matado?

Sí.

—¿Y de verdad la has matado por mí?

Él se acurruca en el colchón y esconde el rostro entre las rodillas. Sufia se inclina hacia él y le acaricia el cabello.

—Oh, Rasul, ¿hasta ese punto me amas?

Sí, te ama.

Ella le abraza la cabeza. Tiene ganas de llorar.

¿Puede vivir con un asesino?

¿Cómo saberlo? Ella no dice nada, nada más.

Sí, guardando silencio dice muchas cosas. Dice que en estos últimos tiempos, en casa de nana Alia no hay más que ladrones, criminales, asesinos, al lado de los que Rasul no es más que una inocente paloma. No es nada.

¡Nada!, se repite a sí mismo, ovillándose aún más entre los brazos de Sufia. Y espera.

Espera que Sufia le ordene: «Ve enseguida, en este preciso instante, ponte en un cruce de caminos, agáchate, primero besa el suelo que has mancillado y después inclínate ante todo el mundo, a los cuatro vientos, y di en voz alta: “¡He matado!”».

Le haría bien oír eso. Pero, Rasul, no te olvides de que ella no es Sonia, la amada de Raskólnikov. Sufia pertenece a otro mundo. Sabe que si haces eso, en esta ciudad, te tomarán por loco.

—¡Venga, ven! —dice apartándose de Rasul, y con aire resuelto va hacia su burka y se lo pone—. Vamos al mausoleo de Shahé do Shamshiri Wali.

Pero... ¿por qué?

—Vamos, los dos, a rezar. ¡Recupera tu fe en Allah! ¡Haz *tobah*! Dile que has matado en su nombre. Él te perdonará. Hay tantos que han matado en su nombre, tú no eres sino uno más entre todos ellos.

Pero yo no he matado en nombre de Allah. Y no necesito que Dios me perdone.

Entonces, ¿qué quieres?

¡Que ella vuelva conmigo!

¡Entonces ve con ella, síguela!

La sigue.

Envuelta en su burka azul cielo, va dos pasos por delante. Atraviesan la gran calle que conduce al mausoleo de Shahé do Shamshiri Wali, en la orilla del río Kabul. La ciudad sigue respirando el aire sulfuroso de la guerra. Jadea.

Entran al patio del mausoleo, entre los peregrinos. En la entrada de la tumba, Sufia se quita los zapatos y los coloca al lado de los demás, bajo la mirada de un hombre moreno, el guardián. Rasul se queda fuera. Busca la sombra al pie del *árbol de los deseos*, cuyas ramas están adornadas por centenares de cintas de colores. Una mujer anciana se empina con gran esfuerzo para anudar un lazo verde. A su lado, un anciano sentado observa las palomas, que se mueven entre el grano que les han echado, sin ganas de picotearlo.

Tras haber conseguido atar su cinta, la anciana se sienta, triunfal, al lado del anciano.

–¡Mi hijo volverá, seguro!

El viejo no la escucha, está preocupado por las palomas.

–¡No les des trigo! –dice la anciana en un tono teñido de reproches.

–Sólo comen trigo. La gente no lo entiende y les trae mijo. ¡Mira! –exclama el anciano lanzando un puñado de trigo a las palomas, que se arrojan sobre él–. ¿Lo ves?

–¡Es pecado!

–Pecado, ¿por qué?

–Darles trigo es pecado.

–¿De dónde te sacas eso?

–Del Corán.

–¿Ah, sí?

–Sí, por culpa del trigo *Hazraté* Adán y *Bibi* Eva fueron expulsados del paraíso.

–Ya me enseñarás los versículos que dicen eso.

–Ya te lo he dicho, es pecado.

–¿Pecado mío o de ellas?

–Pecado tuyo, que les das el trigo.

–Me da absolutamente igual. No tienen nada de comer. Ellas también tienen libre albedrío –hartos, se gira hacia Rasul–: ¡Que se vaya al demonio el pecado cuando hay hambre! ¿No es verdad? –se inclina hacia él–. Entre nosotros, si

Hazraté Adán y Bibi Eva no tuviesen hambre, ¿habrían comido del fruto prohibido? No.

–¡No digas eso! No cometas pecado, no cometas pecado... –insiste la anciana.

–¿Por qué te quedas aquí contemplando mis pecados? Querías hacer tu petición, ya la has hecho. Tu hijo volverá contigo. Entonces, ¿qué haces aquí? Vuelve a casa.

La mujer no se mueve.

–El trigo las engorda. Después de todo, más vale una paloma gorda que una flaca. ¿Sabes por qué? –pregunta el anciano a Rasul; después, tras una pausa, no para esperar una respuesta sino para subrayar lo que va a decir–: No, no lo sabes...

Observa a Rasul.

–¿Eres de Kabul?

Sí.

–Tú no eres de aquí. Si no, me habrías entendido.

Vuelve a sacar un puñado de trigo del bolsillo y extiende el brazo para que las palomas coman de su mano.

–Venid, venid; venid aquí para engordar –y pregunta a Rasul–: ¿Vienes a menudo a este *zyarat*?

No.

–Es verdad. Yo vengo todos los días. Pero no para rezar o para pedir algo. Nada más lejos de mis intenciones. ¡Yo no busco a Allah en las tumbas! Él está aquí –y se golpea el pecho–, ¡en mi corazón!

Se acerca a Rasul para explicarse:

–Ya sabes que los comunistas durante diez años se dedicaron encarnizadamente a distanciar de Allah a este pueblo; no tuvieron éxito. Por el contrario, los musulmanes, en un año, ¡lo han conseguido! –y se ríe. Una risa maliciosa, silenciosa–. Ya ves, todos esos barbudos que durante el día rezan y se lamentan sobre la tumba de Shahé do Shamshiri Wali por la noche hacen lo que los impíos le hicieron al santo. ¿Conoces la historia de este santo? –otra pausa, de nuevo para recalcar lo que va a decir–: No, no la sabes. Te la voy a contar: era pariente de un primo del Profeta. Ésta es su santa sepultura. ¡Leys Ben Gheys, el rey de los dos sables! Murió aquí como un mártir. Vino a convertir a nuestro país al islam y fue asesinado. Cuando luchaba contra los infieles, le cortaron la cabeza; pero este santo, con una espada en cada mano, continuó luchando.

Se detiene para apreciar el efecto del relato de la epopeya en la mirada de Rasul. Desconcertado por su impasibilidad, se le acerca un poco más, baja la voz como para desvelar un secreto e impresionarle:

–Ahora, los mismos que rezan aquí durante todo el día, por la noche

organizan ceremonias a las que llaman *la danza de los muertos*; ¿sabes lo que es *la danza de los muertos*? –se detiene, mira a Rasul e insiste–: No, no lo sabes. Te lo voy a contar: le cortan la cabeza a alguien y le echan aceite hirviendo en la herida. El pobre cuerpo sin cabeza se retuerce, salta. Lo llaman *la danza de los muertos*. ¿Habías oído hablar de ello? ¡No, no lo sabías!

Efectivamente, querido anciano, Rasul no había oído esta historia, pero ha oído otras todavía peores.

La mirada del hombre se pierde, desesperanzada, entre los granos de trigo que sujeta en su mano temblorosa. De sus labios pálidos brotan estas palabras:

–¿Sabes... por qué hacen eso?

No, niega Rasul interrogando al hombre con la mirada, con ironía, como diciéndole: «Pero tú me lo vas a contar». El hombre escoge las palabras, luego continúa:

–¿Acaso no tienen temor a Allah?

Sí. Por eso lo hacen.

–¿Tú serías capaz de cometer una atrocidad así?

Sí.

El gesto de Rasul sorprende al hombre.

–¿Serías capaz de eso? ¿No tienes temor a Allah?

No.

La mano del hombre se agita. Los granos de trigo caen al suelo.

–*Lahawlobellah*... ¡No tienes temor a Allah! –y recita de nuevo su profesión de fe–. ¿Eres musulmán?

Sí.

El hombre se sumerge en sus pensamientos, y concluye algunos segundos después, aún más desesperanzado:

–En efecto, después de todo esto que te acabo de contar, ¿de quién hay que tener miedo? ¿Del hombre o de Allah?

Y se calla.

Sorprendido por el tiempo que Sufia dedica a sus oraciones, Rasul deja al anciano con sus dudas, se levanta y se dirige lentamente hacia la tumba. Desde el portal, echa una mirada hacia el interior. Algunas mujeres gimen, agarrándose a los barrotes que rodean la tumba. Otras, sentadas, rezan en silencio. Sufia no está allí. Vuelve a donde está el guardián, busca sus zapatos, no los encuentra.

Echa otro vistazo al interior. No hay ni rastro de ella. Fuera tampoco.

¿Qué ha pasado? Ese corazón, que había vuelto a abrirse, ¿por qué se ha cerrado tan rápido? ¿Lo ha traído hasta aquí para alejarse de él, para despedirse sin una palabra?

¡Adiós, Sufia!

Y aspira una gran bocanada de hachís, que mantiene dentro de sus pulmones el mayor tiempo posible.

¡Adiós, Sufia! Te has marchado con mi único secreto.

¡Adiós!

Dos, tres caladas más, después abandona la *saqikhana*.

No volveré nunca. Voy a encerrarme en mi habitación, oscura como una tumba, sin tamaño, sin salida. No volveré a comer. No volveré a beber. No abandonaré mi lecho. Me dejaré llevar por un sueño sin fin, sin imágenes ni pensamientos. Hasta que ya no sea nada. Una nada en el vacío, una sombra en el abismo, un cadáver inmortal.

Al llegar al patio, se encuentra a Daud sentado en un escalón.

–Hola, Rasul. Mi madre me ha enviado a buscarte. Sufia no se encuentra bien. Se ha encerrado en su habitación y no quiere ver a nadie.

Es ella la que ha caído en mi abismo.

Devora los escalones, atraviesa el patio a zancadas, corre por las calles... Sin aliento, llega a la casa, ante la habitación de Sufia.

–Está llorando. No habla. Se ha encerrado... –le dice la madre. Ella llama a la puerta–. ¡Sufia! Rasul *djan* ha venido.

Un largo silencio, después el ruido de una llave en la cerradura. La madre abre la puerta, deja entrar a Rasul primero.

Sufia vuelve a la cama, se sienta, acurrucada, con la cabeza sobre las rodillas. El silencio es asfixiante, la madre nota que está molestando a la pareja. Se va lanzando una última mirada hacia Rasul, una mirada abrumadora. ¿Se lo habrá contado todo Sufia?

No, imposible. Ella guarda mi secreto. Lo guarda no solamente para protegerme, sino también para no hacer sufrir a su madre. No quiere compartir mi abismo con nadie más. Pero no es necesario que también ella se hunda en él, que sufra. Voy a sacarla.

Se arrodilla a su lado, y tras dudar un instante, acaricia tímidamente su mano.

No tengas miedo, Sufia. No soy un criminal como los demás. Soy...

–¡Me expulsaron del mausoleo! –dice con voz de ultratumba.

Contrariado, le afloja la mano.

–Había allí una vecina de nana Alia. Cuando me vio, fue a avisar al guardián, que me echó fuera...

Por qué... La palabra hace temblar los labios de Rasul; sale como un soplo, un soplo silencioso, sin signos de interrogación, como un grito sordo de desesperación. A partir de ahora, no deberá sorprenderse de ver a la gente tratar a Sufia como a una prostituta.

Ella llora.

Rasul se siente desfallecer.

–Me fui discretamente. Sin avisarte. No quería que montases un escándalo – dice ella, como si Rasul fuera capaz de hacer algo semejante.

No, Sufia, Rasul ha cambiado. Míralo. Está perdido, atrapado dentro de su penosa rabia.

No, por muy bajo que haya caído, él tiene su dignidad.

¡Vamos, muévete, Rasul, muévete!

Se levanta bruscamente y abandona la habitación. En la terraza, cerca de la ventana, encuentra a la madre de Sufia, que cuando lo ve vuelve la cara para ocultar las lágrimas.

En la calle no hay sombras. El sol atraviesa el humo, golpea las cabezas con toda la fuerza del mediodía.

Rasul avanza, cabizbajo. Llega a su casa sin saber cómo. La habitación huele horriblemente mal: es el queso.

No tiene ganas de tirarlo. Se apodera de la pistola, que continúa tirada en el suelo. La coge, verifica el cargador. Sigue lleno. Se la mete en el bolsillo y abandona la habitación.

¿Adónde va?

A ninguna parte. Camina. Va donde la pistola le lleve.

Entonces, ¡que no piense en nada!

Ya no piensa. Lo ignora todo.

Sólo ve su camino,

sólo sigue a su sombra, que se le enreda en los pies,

no mira ningún rostro,

no oye ningún ruido,

no escucha ningún grito,

no percibe ninguna risa.

Camina.

Cuenta los pasos.

¡Y ahora, párate aquí, delante del mausoleo de Shahé do Shamshiri Wali!

Todo está tranquilo. No hay peregrinos ni mendigos. Rasul entra en el patio,

se acerca a la tumba. El perfume de agua de rosas ahuyenta el olor a palomas y a azufre de las armas. El guardián está adormilado en un banco, a la sombra del *árbol de los deseos*. Una mano bajo la barbilla y la otra sobre el pecho. Tiene la inocencia de un niño dormido. Su barba entrecana tiembla de vez en cuando, como la de una cabra antes de ser sacrificada. Rasul se acerca a él. Saca el revólver, avanza un poco más, y apunta al guardián. Su dedo se crispa sobre el gatillo. Le tiembla la mano. Vacila.

Matar a alguien durante el sueño, ésa es la más absoluta cobardía. Por otra parte, la muerte va a ser demasiado sencilla para él. Sin sufrimiento. No debe morir en la ignorancia de su acto y en la inocencia de su sueño.

Que se despierte, que sepa por qué le mato. ¡Y que sufra!

Va a sufrir, ciertamente, y durante algunos instantes; pero se llevará con él el motivo de su muerte. Y nadie podrá decir que ese guardián ha sido ejecutado porque echó a Sufia del mausoleo, porque prohibió la casa de Allah a una «mujer pública» que iba allí a hacer sus oraciones, a implorar el perdón para su novio... Entonces, Rasul, vas a cometer otro crimen sin consecuencias. ¡Otro nuevo fracaso!

El sol se cuela entre las ramas y las hojas del *árbol de los deseos*, salpicando de manchas el cuerpo del guardián, los pies, las piernas, los cabellos de Rasul, y el colt que le tiembla entre las manos... Empapado de sudor, abrumado por las dudas, se pone en cuclillas delante del guardián y, tras unos momentos de total parálisis, saca un cigarrillo. El ruido de sus movimientos no turba el sueño del viejo. ¿Es duro de oído? ¿O es Rasul, que es inexistente?

Retrocede, pero de repente un ruido quedo, tras él, lo deja clavado en el sitio. Se da la vuelta bruscamente. Es un gato.

¿Un gato, en el mausoleo? Su presencia extraña a Rasul, que observa cómo se aproxima a él, le roza un pie con su cola levantada, y se desliza silenciosamente en la sombra del guardián, que se está despertando con toda calma. Rasul se sobresalta. Tira el cigarrillo y le apunta de nuevo, parpadeando. La mirada somnolienta del hombre no expresa temor. Ni siquiera se mueve. Quizás crea que está soñando. Rasul se acerca a él, le ordena que se levante. Pero el hombre mete la mano con tranquilidad bajo el tapete que cubre el banco, saca un cuenco lleno de dinero y lo tiende hacia él.

Este hombre no ha entendido nada. No soy un ladrón. Estoy aquí para matarlo.

Se aproxima a él, los labios de Rasul articulan palabras sordas: «¿Y sabes por qué te mato?».

No, Rasul, no lo sabe, y no lo sabrá nunca.

La mano de Rasul tiembla de ira.

El guardián sigue sin reaccionar. Permanece impávido. Después vuelve a poner el cuenco en su sitio, sonríe y cierra los ojos, a la espera del disparo. Rasul le clava el cañón del arma. El hombre abre de nuevo los ojos, lentamente. Sigue impasible, incluso ahora con la pistola apuntándole a la sien. Su mirada, similar a la del asno de *Nayestan*, le dice a Rasul: «¿Qué esperas? ¡Dispara! Si no eres tú, será un misil el que me mate otro día. Prefiero morir de tu mano por haber preservado la pureza y la gloria de estos santos lugares. Moriré como un *shahid*».

Una mujer tapada con un burka azul cielo entra en el patio. Al ver a Rasul con la pistola sobre la sien del guardián, retrocede y huye.

Él sigue sin atreverse a disparar.

No, no quiero que este hombre acabe siendo un mártir.

Tira el arma.

Y se marcha.

–¡Vete! ¡Aquí ya no queda nada! –gruñe una voz cavernosa.

Pero Rasul insiste y aporrea la puerta de la *saqikhana*, que se entreabre cautelosamente.

–¿Eres tú, Rasul? ¡Pues dilo! –exclama Hakim.

–¿Pero cuál? ¿El Santo o el *Haschischin*? –pregunta como de costumbre *kaka* Sarwar, y su voz se escapa junto al olor y al humo del hachís.

Rasul entra y busca sitio entre los hombres sentados en círculo, siempre los mismos, todos guardando un silencio solemne, con la mirada fija en la barba de *kaka* Sarwar, que fuma ávidamente. Rasul busca a Jalal. Ya no está allí para preguntar si la guerra ha empezado. Es Mostafa quien lo pregunta, perturbando la placidez del círculo. Le llueven los «chissst». De nuevo el silencio, solemne, ante *kaka* Sarwar. Todo el mundo espera a que pase el *shilom* y prosiga con su relato, interrumpido por la llegada de Rasul.

–¿Tengo que repetirlo todo?

–¡No, sigue! –gritan las voces a coro.

–¡Pero este joven no ha escuchado nada!

–Luego le contaremos el principio.

–De acuerdo –y pasa el *shilom*–. ¿Dónde estaba? He perdido el hilo del relato...

–Estabas en un pueblo...

–Ah, sí. ¡Y qué pueblo! Con casas de madera tallada, sin ventanas, sin puertas y sin murallas. Yo escuchaba voces, pero no veía a nadie. Las casas estaban vacías. O más bien la oscuridad me impedía distinguir algo o a alguien. Sólo había voces, nada más que voces, orquestales, armoniosas, apacibles. Venían de una caverna, medio en ruinas, que se encontraba a la salida del pueblo, al pie de una colina árida, ruda, pedregosa. Todos los habitantes del pueblo estaban allí. Bailando y en trance. Hombres y mujeres. Jóvenes, viejos, niños. Los hombres estaban tocados con hojas de vid, las mujeres con un *shushut* adornado de conchas y de cuentas rojas. Repartían bebidas a todo el mundo.

–¿Y eran *kafirs*?

–Ni idea. Todos bebían, todos cantaban. Mi presencia no les molestaba. Como si yo no existiese. Incluso me dieron de beber, sin pedir nada a cambio; primero un líquido amarillo ardiente, que ellos llamaban «polvo de piedra», y luego uno rojo fuego, «limadura de piedra». Uno era ácido, el otro, agrio.

Se detiene de nuevo para fumar.

–¡Cómo bebí aquella noche! Y nadie parecía querer saber qué hacía yo allí.

Después de identificar a su jefe, que era una mujer, fui a verla. Cuando la saludé, ella también me saludó y me dijo: «¿Joven, te has perdido?». Tímidamente le respondí que sí. Con una sonrisa acogedora, me dio la bienvenida al valle de las *Palabras perdidas*. Me preguntó adónde iba y de dónde venía. Una vez que se lo hube contado todo, ella asintió con la cabeza, me ofreció un último vaso de «limadura de piedra» y llamó a un viejo para que me acompañase hasta el pueblo vecino. El viejo me dio una lámpara, y nos pusimos en marcha. Él caminaba rápido y con paso seguro. Yo corría para alumbrar el camino ante él, pero me conminó a usar la lámpara sólo para mí, a él no le hacía falta. Jadeante, le pregunté cómo era eso de que tuviesen una mujer como jefe. Sin dejar de andar, me refirió una increíble historia, que os contaré mañana.

–¡Ah, no! –protestan todos.

Kaka Sarwar se vuelve hacia Hakim:

–Pero tengo hambre.

–Te compraremos kebab y té. ¿Quién tiene dinero?

Nadie se mueve excepto Rasul, que se saca del bolsillo un billete de los grandes y se lo tiende a Hakim.

–¡Tú nunca estarás en la ruina! –le dice *kaka* Sarwar–. Entonces te cuento a ti la continuación. ¡Pero antes el *shilom*!

Se lo dan; fuma y se lo pasa a Rasul.

–Esta mujer, jefa del pueblo, era descendiente de un gran sabio entre los sabios, que vivió en un reino lejano, en una época lejana. Estaba ciego, pero era capaz de leer los manuscritos solamente acariciando las letras con las yemas de los dedos. La desgracia le golpeó el día que se dio cuenta de que las palabras que leía se borraban del libro, lentamente –se calla y mira con atención los rostros subyugados. Respira profundamente y vuelve a coger el *shilom*. El humo transporta su voz–: Los poetas, los sabios, los jueces... todos eran presa del pánico. Todos escondían sus manuscritos, por miedo a que fueran leídos por el sabio ciego. Así que obligaron al rey a abandonar el reino. Mal que le pesara, el sabio tuvo que partir al destierro con toda su familia. Fue a instalarse a ese valle del cual os he hablado. Construyó una ciudad donde todo el mundo lo aprendía todo de memoria. No tenían ningún libro, ningún escrito. Porque ya lo sabían todo. ¡Los libros son para los imbéciles! –se echa a reír, luego fuma, tose y continúa–: Ellos inventaron otra lengua, que era imposible de olvidar. Desde entonces, narradores, poetas, sabios, vinieron del mundo entero, para que aquel pueblo tradujese sus obras a su lengua, las hiciesen vivir con su voz, las eternizasen en su memoria. Parecía que incluso las historias olvidadas (verdaderas o falsas, conocidas o desconocidas) acudían a su memoria, recobraban su forma, reencontraban en aquella ciudad la voz de los contadores... Y esto les daba miedo, claro está, a los falsificadores de cuentos, a

los divulgadores de secretos, a los impostores de las ciencias, a los políticos de mala fe... Y un día, todos fueron al pueblo. Lo invadieron, lo destruyeron. ¡Lo destrozaron todo! A los niños los dejaron sordos. Les cortaron la lengua a los adultos. Pero... –una pausa, una larga bocanada de hachís, y continúa–: Pero no se dieron cuenta de que en ese valle no sólo había seres humanos. Las casas, los árboles, las rocas, el agua, el viento, el aire, los pájaros, las serpientes..., todo en aquel valle recordaba a ese pueblo, su historia, su sabiduría, ¡pero también la barbarie de los tiranos! –su voz se deja llevar, tiembla–. Sí, podemos destruirlo todo, pero jamás la memoria, jamás los recuerdos, ¡jamás!

Se calla y se retira del círculo para ir a apoyarse contra la pared.

–¿Y después? –pregunta Mostafa, cautivado.

–¿Después qué?

–Tu historia.

–¿Mi historia? ¡Ah, sí! –exclama *kaka* Sarwar, despegándose de la pared. Prosigue, tranquilo–: Mi guía terminó la historia de su líder justo a la entrada del pueblo vecino. Me dejó en un santuario secreto, en el que pasé la noche. Cuando le devolví la lámpara, le estreché la mano y le di las gracias, ¡me di cuenta de que el guía era ciego!

–¡Ah, claro! –grita Mostafa, estupefacto.

Otro joven objeta:

–*Kaka* Sarwar, te has inventado completamente la historia. Jamás la viviste. ¡No es verdad!

–Bueno, como decía un sabio entre los sabios de los países del Poniente: «Así fue, y así os lo he contado» –replica *kaka* Sarwar con una sonrisa maliciosa.

–¿De dónde sacas todas esas historias, *kaka* Sarwar?

–Del valle de las *Palabras perdidas*, querido muchacho.

–Entonces, ¡de verdad existe! –exclama Mostafa.

Algunas caladas más, y la lengua se reseca, una tos desgarradora inflama el pecho, la sangre se paraliza en las venas, el corazón late lentamente, y por fin todo el cuerpo flota.

Entonces, Rasul se incorpora, se apoya en la pared y abandona el fumadero.

En el exterior la ciudad es un horno. Todo ondula con el calor: la montaña, las casas, las piedras, los árboles, el sol... Todo tiembla de miedo. Excepto Rasul. Él se siente ligero, en paz. Recorre las calles como si fuese el último hombre sobre la tierra, sin cruzarse con una sola mirada, acariciar un alma o escuchar una sola palabra. Tiene ganas de gritarle a todo el mundo que es el último

hombre, que todos los demás están muertos, para él, muertos; después se pone a correr, a reír... hasta que llega al puente de Larzanak.

La explosión de un misil, no muy lejos de allí, sacude el puente. Pero Rasul no se mueve. No se tira al suelo. Está allí, de pie, como provocando a los tiradores para que le lancen misiles. ¡Vamos, disparad! Estoy aquí. Y me voy a quedar aquí, delante de vosotros. ¡Vosotros, los sordos, los ciegos, los mudos!

La polvareda cubre el río, el puente, el cuerpo, la voz...

Sigue con su camino. Pasa por el hotel Metropol. También en su interior reina el caos. Los periodistas extranjeros, los empleados del hotel y los barbudos armados corren en todas las direcciones. Quizás Razmodin ya esté de vuelta. Rasul entra en el hall.

Con un puñado de dólares entre los dientes, un joven empleado, el que fue a buscar a Rasul a la *saqikhana*, se afana en transportar a un herido, un periodista extranjero. Cuando ve a Rasul se detiene, se saca los billetes de la boca:

–Razmodin no está aquí, ha desaparecido. Se fue y no lo hemos vuelto a ver desde ayer. Todo el mundo se está poniendo a salvo. Va a haber...

Una violenta explosión, justo enfrente, sacude el edificio. El periodista herido llora. Le da otro dólar al joven, que se lo lleva al sótano a toda prisa.

En el exterior, todos disparan, sin saber por qué ni contra quién.

Disparan.

Disparan...

La bala encontrará su blanco.

Sin rumbo, indiferente al caos que reina en la ciudad, Rasul deambula por las calles. No tiene ninguna gana de volver a casa de Sufia, ni de ir a casa de su tía a buscar a Razmodin, que además, en estos momentos, debe de estar en Mazar, con Donia. Va hacia el Ministerio de Información y Cultura. Tras una barricada, alguien grita:

—¡Ponte a cubierto, *kharkoss*!

Rasul avanza en dirección a la voz. Un hombre lo agarra y tira de él hacia el refugio, regañándolo:

—¡Gilipollas! Si vivir no te importa una mierda, vete a morir a otra parte, aquí no tenemos tiempo de recoger tu cadáver. ¿Dónde vas?

Es el amigo de Jano, el que fue a su casa a darle la paliza.

—Si quieres ver al comandante Pervez, no está aquí. Se fue a buscar a Jano, que ha desaparecido.

¿Jano ha desaparecido? Seguramente ha huido. Ha debido de hartarse de esta guerra.

Rasul se levanta y sale de la barricada. Avanza hasta ponerse en el centro de los tiros, de los gritos, de los tanques... No le alcanzan. Llega al parque de Zarnegar. Una humareda flota entre los árboles. En un rincón del parque, se tumba sobre la hierba. Fuma, añadiendo con indolencia el humo de su cigarrillo al humo de las armas. Cierra los ojos lentamente y permanece echado durante un buen rato. Los ruidos se atenúan poco a poco, hasta llegar a un silencio absoluto y prolongado.

De repente, suenan unos pasos que se acercan, rozan su cabeza, se abren paso lentamente a través de su inercia. Abre los ojos. Una mujer cubierta con un burka azul cielo pasa muy cerca de él. Al verla, se incorpora.

¿Sufia?

Se levanta y, con paso vacilante, se lanza a su persecución.

Al percatarse de que la siguen, la mujer aprieta el paso, después se detiene y vuelve con miedo la cabeza hacia Rasul, que se aproxima. Se aparta ligeramente de la avenida para dejarle pasar. Pero, a su vez, él deja de andar. Desconcertada, continúa con su camino.

Déjala, Rasul, no es Sufia.

Entonces, ¿quién es?

Una mujer, como tantas otras.

Pero ¿qué hace aquí? ¿Por qué ha venido al parque, sobre todo en este momento, cuando todo el mundo se pone a salvo?

Como tú, se refugia en el parque, se protege entre los árboles.
No, ha venido a verme. Seguro.

La mujer llega a un extremo del parque y enfila la calle que lleva al cruce de Malekazgar.

Rasul acelera, la adelanta y le corta el paso.

Ella se detiene, amedrentada; vuelve la cabeza en todas las direcciones. No hay nadie. Cada vez más alarmada, rodea a Rasul para seguir su camino, sin decir nada. Rasul la sigue. Llega a su lado y comprueba si es de la estatura de Sufia. No. ¿De la estatura de la hija de nana Alia? No, la verdad. ¿Entonces por qué la sigues?

No lo sé. Es raro que haya venido aquí. Seguro que está buscando a alguien.

¡Pero no a ti!

¿Quién sabe?

Llegan al cruce. Ella lo atraviesa con paso apresurado.

Mírala. ¿Acaso parece que te está buscando? Más bien se diría que huye de ti.

Decepcionado, renuncia a su persecución; enciende un cigarrillo.

Pero la mujer, una vez ha llegado al otro lado del cruce, se para y se da la vuelta para observar a Rasul.

Está jugando conmigo. Quiere que vaya detrás de ella.

Y va a por ella, que huye de nuevo.

—¡Para!

Rasul se para.

¿De dónde sale esa voz?

¡De ti!

—¡Para!

¡Sí, sale de mi garganta!

Grita:

—¡Para!

Es su voz, frágil, herida, amortiguada, pero audible.

—¡Para!

Él corre. La mujer también corre.

—¡Para!

La alcanza.

—¡Para!

Sin aliento.

—¡He recuperado... recuperado la voz!

Intenta ver el rostro de la mujer a través de la rejilla del burka.

–¡Puedo hablar!

Se acerca a ella todavía un poco más.

–Quiero hablar contigo.

Ella le escucha. Él elige sus palabras.

–¿Quién eres?

Permanece muda.

–¿Quién te ha enviado?

Alarga la mano, aún más vacilante que su voz, para levantarle el velo. Aterrorizada, la mujer retrocede.

–Seas quien seas, debes de conocerme. Has venido a buscarme. Has venido a hacerme hablar. ¿A que sí?

La mujer vuelve la cabeza.

–Eres tú quien me devolviste, en mi sueño, mi nuez de Adán.

La toca. Ella se estremece, retrocede.

–Yo te conozco. Te estoy buscando. Eres tú, la mujer del burka azul cielo. Reconozco tu modo de andar. Eres tú quien vio el cadáver de nana Alia, eres tú quien lo hizo desaparecer. Tú te marchaste con el joyero y el dinero. Lo has hecho bien. Eres inteligente y astuta. ¡Bravo!

Ella duda sobre si cruzar la calle o no, cambiar de acera.

–Tienes que saber una cosa: habría podido matarte a ti también, pero no quise... Me debes la vida, ¿lo sabías?

Ella se tropieza, de miedo, o de cansancio, se levanta, corre.

–¡Escúchame! Espera un momento. Tengo que decirte algo.

Ella abandona la acera y se planta en mitad de la calle, con la esperanza de ver venir a alguien, un coche, un carro... Nada. No hay nadie. Rasul la sigue.

–No huyas de mí. No voy a hacerte daño. Soy incapaz.

La agarra del burka, pero se le escapa de entre los dedos.

–No puedes huir de mí. Se acabó. Nos hemos encontrado. Tenemos una misma vida, un mismo destino. Somos semejantes. Los dos tenemos las manos manchadas por el mismo crimen. Yo he matado, tú has robado. Yo soy un asesino, tú una traidora...

La mujer se detiene, se da la vuelta para mirarle por última vez, después continúa. Sorprendido por la inesperada parada, Rasul prosigue, más tranquilamente:

–Sin embargo, ese suceso que compartimos pesa únicamente sobre mi conciencia. Y no es justo que sea yo el único que sufra. Yo, que con este crimen quería liberar a mi novia de las garras de esa puta, y con el dinero salvar a nuestras dos familias... Ahora me harían falta el dinero, las joyas, pero sobre todo me atormentan los remordimientos. ¡Ayúdame! Sólo tú me puedes

ayudar. Podemos asociarnos, guardar este secreto hasta el fin de nuestros días, y ser felices.

La mujer vuelve a aminorar el paso –un tiempo de reflexión, de duda, quizás un respiro–, después continúa hacia el Kabul Wellayat, la sede del gobernador.

–Dime lo que has hecho con el joyero y el dinero. Son míos. Tengo que recuperarlos. Con ellos haría feliz a dos familias, incluso tres, contando ahora la tuya. Qué más da si me detienen, qué más da si me cuelgan; al menos me liberaría del crimen. Acabaría con todo este sufrimiento.

La mujer, que persiste en su mudez, bordea las murallas del Kabul Wellayat. Rasul no se atreve a acercarse más. Mira fijamente a la mujer.

–Llévame contigo, si no, te denuncio ante la justicia, al gobernador. Pedazo de sordomuda, ¿me oyes?

De nuevo, silencio.

–Dime, al menos, quién eres. Dime si mi crimen te ha hecho feliz.

La mujer llega ante el portal del Wellayat, se para y se vuelve hacia Rasul, como invitándole a entrar. Pegado al muro, se acerca con pasos vacilantes.

–No, no puedes ser feliz sin mí. Tienes necesidad de mí, así como yo de ti. Somos como Adán y Eva. Cara y cruz. Ambos condenados a vivir en esta tierra maldita. No podemos vivir el uno sin el otro. Estamos condenados a compartir nuestro crimen y nuestro castigo. Fundaremos un hogar. Partiremos lejos, muy lejos, a través de valles inaccesibles. Construiremos una ciudad que bautizaremos... el valle de los *Pecados perdidos*. Inventaremos nuestras propias leyes, nuestra propia moral. Y tendremos hijos, pero no serán como Caín y Abel, pues yo mataré a Caín. Sí, lo mataré porque sé lo que es capaz de hacer. ¡Lo mataré al nacer!

La mujer abre el portal, luego, tras lanzar una última mirada a Rasul, entra en el patio. Él se queda estupefacto. Mira a su alrededor; la calle sigue desierta; el silencio es aún más profundo; el cielo, bajo y pesado. Se acerca hasta el portal del Wellayat. A través de las rejas, sólo distingue ruinas, ni rastro de la mujer.

¿Quién era?

–¿Quién es? –una voz aflautada deja a Rasul clavado en el sitio. ¿De dónde sale?

–¿Hay alguien? –murmura Rasul en tono frágil y quedo.

–Sí, ¡los *djinns*! –dice otra voz, y brotan risas sarcásticas de una garita de piedra, situada justo al lado del Kabul Welayat.

En el interior de la garita, Rasul distingue unos cuerpos tumbados en el suelo.

–¿No habéis visto pasar a una mujer?

–¿Una mujer? ¿Aquí? ¡No tenemos tanta suerte!

La risa agita los cuerpos.

–¿Y hay alguien en el Welayat?

–¿A quién buscas?

–Al procurador.

–¿Quién es ese *djin*? –pregunta al compañero-. ¿Tú lo conoces?

–No. Pídele un cigarrillo.

Rasul saca dos cigarrillos y los tiende en su dirección.

–¡Tíralos!

Y él los lanza.

–¿Hay alguien aquí? Un gobernador, un juez, un...

–¡Ve a comprobarlo tú mismo! ¿Por qué nos lo preguntas a nosotros?

Rasul no ha podido ver la cabeza de los soldados. Penetra en el patio, saqueado, con el suelo cubierto de papeles y cuadernos calcinados. Las paredes están acribilladas a tiros. La sede del gobernador está desierta, envuelta en un silencio mustio y denso. Ni rastro de la mujer del burka azul cielo.

¡Extraña aparición!

¡Extraña desaparición!

Una mujer etérea, venida de ninguna parte para devolverle la voz, mostrarle el camino, entregarlo a la justicia, traerlo aquí, al Kabul Welayat, donde todo está en ruinas: el palacio de justicia, el reformatorio, la cárcel...

Se detiene ante el único edificio en buen estado, sube por la escalinata, entra. Hay un largo corredor con las paredes mugrientas. Sus pasos resuenan, haciendo el silencio todavía más denso y angustioso. Se para. Le oprime una extraña sensación. Duda, avanza luego de mala gana. Los despachos a ambos lados del corredor tienen las puertas abiertas. La luz penetra por los huecos de las puertas, iluminando una galería sombría y sórdida. A pesar de la presencia de algunos muebles –sillas, mesas, objetos de escritorio–, todas las estancias son

impersonales, excepto una, en la que hay ropa de mujer y de niño, todavía mojada, colgada de una cuerda de tender, bajo los rayos de sol. La mujer del burka azul cielo debe de vivir en este lugar.

¡Por fin voy a conocerla!

Al llegar a la mitad del corredor, percibe unos pasos, luego divisa a un niño pequeño subiendo por las escaleras que vienen del sótano. Al ver a Rasul, vuelve a bajar corriendo las escaleras. Rasul le sigue, enfila las escaleras y penetra en el sótano, donde hay un cartel que reza: «Archivos de la Justicia». Al fondo de un largo pasillo, una lucecita le guía hasta una habitación de la que se escapan unos murmullos amortiguados, seniles:

–Yu... Yunness... Yuss... Yussef...

Rasul entra en la habitación. Es una gran sala con armarios y estanterías alineadas, completamente llenas de viejos expedientes, amarilleados por el tiempo. La voz sigue sonando desde un lugar que Rasul no alcanza a ver.

–¿Hay alguien? –aventura tímidamente.

No hay respuesta, pero esa voz senil sigue repitiendo machaconamente:

–Yussef...

–¿Hay alguien? –repite casi gritando.

Tras un silencio, la misma voz le responde:

–¡Hay dos personas, dos por lo menos! –y sin esperar, prosigue–: Yussef, Yussef, Yussef Ka... –como una salmodia.

Rasul busca por dónde pasar para llegar hasta el hombre. Está ahí, al fondo de la habitación, ante un tragaluz, tras un gran escritorio en el que hojea unos expedientes. Un muchacho le ilumina con una linterna.

Al oír a Rasul, ambos levantan la mirada hacia él. El viejo asiente con la cabeza como saludando, luego vuelve maquinalmente a su tarea. Rasul, acercándose a la mesa, dice:

–Busco al señor... procurador.

Ocupado en hojear un gran cuaderno que saca de uno de los expedientes, el viejo no parece oírlo. Pasa algunas páginas, y su dedo se detiene sobre una lista de nombres.

–Yussef... Ka, Yussef Kab... ¡Yussef Kabuli! ¿Verdad, chico?

El muchacho que sujeta la linterna se ha distraído con la presencia de Rasul. El hombre refunfuña:

–Te estoy hablando, chico, mira bien si éste es el nombre de tu padre. ¿Dónde tienes la cabeza?

El muchacho, turbado, se agacha sobre el cuaderno. Rasul se adelanta un paso, y con tono impaciente vuelve a preguntar:

–¿Dónde puedo encontrar al señor procurador?

–He oído perfectamente, *mohtaram*. He comprendido perfectamente lo que

me ha preguntado. ¡No me ha hecho una adivinanza, al menos que yo sepa! – una pausa, la justa para obtener el asentimiento de Rasul, y luego le pregunta–: ¿Es urgente? –en un tono intimidatorio que hace dudar a Rasul antes de murmurar:

–Sí.

–Déjeme acabar con este asunto, después me ocuparé del suyo –dice el viejo; luego, gruñendo, se vuelve hacia el muchacho–: Pero, bueno, ¿sabes leer o no?

–Sí, sé leer, pero su dedo...

–¿Qué le pasa a mi dedo?

–Está encima.

–Te he dicho que leas el nombre de debajo de mi dedo, ¡idiota!

El muchacho baja la cabeza y balbucea:

–Yu... Yus, Yussef... Ka, Kabuli, sí, ése es, creo yo.

–¿Crees tú? Llevas una semana calentándome las orejas con ese nombre, ¡y ahora tienes dudas! Esto es importante, chico, muy importante.

–No digo que lo dude. Digo que creo que es ése.

–¿Qué estás murmurando? Bien. Entonces, ¿cuál es el número del expediente?

–¿El número del expediente?

–¡Sí, las cifras!

–¿Las cifras?... No hay cifras. ¡Mírelo usted mismo!

–¿Cómo que no hay cifras? ¡Sube la lámpara!

El muchacho levanta la linterna; el viejo, agotado, se pone nervioso:

–Ahora, ¿cómo voy a encontrar ese puñetero expediente?

Inspecciona con la mirada la pila de papeles. Rasul se exaspera:

–Antes de comenzar a buscar, podría quizás responderme, si el procurador...

–Escúcheme, joven, ¡el asunto de este muchacho es más importante que la presencia o ausencia del señor procurador! El futuro de una familia está en juego. Llevo una semana quemándome las pestañas para localizar este expediente, ¡y ahora tengo que dejarlo todo para buscar al Señor Procurador! En primer lugar, ya no hay procurador. En segundo lugar, no está usted en el lugar adecuado. Estamos en el despacho de los Archivos de Justicia. ¡Y yo no soy más que el humilde escribano que, por desgracia, ahora se ocupa de este sitio! –se detiene durante un instante, después inclina de nuevo la cabeza sobre la lista de nombres y farfulla–: ¿Qué es lo que quiere usted de él, de ese señor procurador?

–He venido a entregarme a la justicia.

–Ah, lo siento, no hay nadie para atenderlo.

Asombrado, pero también nervioso, Rasul se acerca a él e intenta hablar serenamente, con su voz quebrada:

–No he venido aquí para ser atendido. He venido... –eleva la voz y articula cada palabra–: ¡... PARA ENTREGARME A LA JUSTICIA!

–Ya lo he entendido. Yo también me entrego todos los días a la justicia. Y este muchacho también.

–Pero yo vengo a que me arresten. Soy un criminal.

–Entonces vuelva usted mañana. Hoy no hay nadie.

Y se concentra de nuevo en el enorme cuaderno. A Rasul ya le desborda la cólera; pone la mano sobre los papeles y, con su garganta descarnada, se desgañita:

–¿Ha entendido lo que le he dicho? ¿Ha comprendido lo que quiero?

–¡Por supuesto! Usted ha venido aquí a entregarse a la justicia, porque es usted un criminal. ¿No?

Rasul, estupefacto, lo mira fijamente. El otro, asintiendo con la cabeza, dice:

–¿Entonces?

–Entonces, habrá que arrestarme.

–Pero yo no puedo hacer nada por usted. Como le he dicho, soy solamente el escribano del tribunal.

–*Baba*, dame dinero para comprar pan.

La voz de un niño, el mismo que Rasul acaba de ver en el corredor, sale de debajo de las estanterías, atrayendo la atención de los tres.

–Yo me voy... –dice el muchacho hijo de Yussef Kabuli.

–No, tú te quedas aquí y buscamos a tu padre –le ordena el escribano, dándole dinero al niño. Después, gruñendo, vuelve al gran cuaderno–. Se supone que soy el escribano, pero, de hecho, aquí lo hago yo todo. Ya no hay juicios... Así que me tengo que encargar de los archivos... –continúa hojeando el cuaderno–. Si yo no estuviese aquí, apuesto a que las ratas se habrían comido todos los expedientes. O si no, habrían sido destruidos por los bombardeos.

–Sí, es verdad. ¡Esto es un nido de ratas! –confirma el muchacho que, bajo las órdenes del escribano, se pone a ordenar los expedientes.

Contrariado por la actitud del escribano, Rasul saca un cigarrillo y lo enciende. Su voz, desesperada, se deshilacha:

–He matado a alguien.

Ninguno de los dos presta atención a su mea culpa. Puede ser que no le hayan oído. Entonces, un poco más fuerte:

–He matado a alguien.

Para que lo oigan.

Los dos se vuelven hacia él, pero rápidamente y sin decir palabra continúan con su búsqueda.

Puede que le hayan oído, pero no le han comprendido.

Ha debido de pronunciarlo mal. Mi voz todavía está amortiguada, apenas se

oye.

Alza la voz, y grita:

–Pero ¿es que no comprendéis?

El escribano le lanza una mirada exasperada. No dice nada. De nuevo silencio, la cabeza inclinada sobre los expedientes, los nombres, las cifras, las incertidumbres... Y Rasul prosigue como si hablase consigo mismo:

–Sé que no he realizado ninguna proeza. Sólo he cometido un acto bastante banal. No importa. He matado, y me entrego a la justicia –y se sienta a los pies de un armario.

La obstinada presencia de Rasul cada vez resulta más incómoda al viejo escribano, que acaba por cerrar el gran cuaderno.

–Farzam, seguiremos mañana con la búsqueda de tu padre. Ve a preparar el té –le dice al muchacho, que deja la linterna sobre el escritorio y pregunta, nervioso:

–¿Verde o negro?

–¿Verde o negro? –el escribano retoma la cuestión dirigiéndose a Rasul, que le responde con aire cansado:

–Negro.

Farzam se marcha. El viejo escribano coge la linterna y se dirige hacia los estantes.

–Este pobre Farzam. Su padre era un experto contable durante la monarquía, una familia respetable. Pero en la época de los comunistas fueron a su casa, lo arrestaron y lo llevaron a prisión, sin decir nada. ¿De qué estaba acusado? Nadie lo supo jamás, y como todos los prisioneros de la época, nunca tuvo juicio. Se perdió su pista. Dicen que fue ahorcado o deportado a Siberia. Nadie sabe lo que le pasó. Ahora su hijo tiene una única obsesión: encontrar la pista de su padre. Quiere saber de qué estaba acusado. Yo sé que jamás encontrará la respuesta –regresa al escritorio–. Pienso que el día en que fue arrestado, ocurrió en su familia algo muy importante que él intenta comprender, descubrir. Y eso me interesa también a mí. No el resto: la justicia, la injusticia, etc. Eso no son más que opciones, no concepciones –se detiene durante algunos segundos para estudiar en el rostro de Rasul el efecto de su aforismo, y prosigue–: Desde que está aquí, se ha convertido en mi asistente... –y ríe ahogadamente–. Me gusta recopilar historias relacionadas con la justicia. A través de ellas comprendemos mejor la historia de un país, el espíritu de un pueblo. Tengo miles de ellas. Necesitaría tiempo para redactarlas. Pero no lo tengo. ¡Mire! –le muestra un montón de expedientes apilados en un rincón–. El juez supremo me ha pedido la lista de todos los muyahidines encarcelados en la época de los comunistas, y además la lista de los *shahids*. Dicen que el Ministerio de los *Shahids* la pide. ¡El Ministerio de los *Shahids*!

Se ríe de nuevo, irónicamente esta vez, echando un vistazo a Rasul, que está mirando absorto, con tristeza, hacia una ratonera que hay debajo del escritorio.

–Entonces, joven, ¿a quién ha matado usted?

–A una mujer.

–¿Estaba usted enamorado de ella? –inquieta, sin dejar de ordenar los expedientes.

–Matar a una proxeneta no es un crimen en nuestra sacrosanta justicia. Así que usted... tú debes de estar sufriendo por otra cosa.

El escribano se acomoda bien en su silla y mira fijamente a Rasul. Este último, con la cabeza gacha, traga con dificultades un bocado de pan. Los tres están sentados alrededor del escritorio, transformado en mesa de comedor.

–Resumamos: te atormentas, te sientes perplejo, porque no consigues entender por qué hay tantos misterios alrededor de tu crimen. ¿Correcto?

–Sí, pero...

–Continúo: según lo que he oído, al principio creías que estabas sufriendo porque tu golpe había sido fallido, porque no habías robado el dinero, las joyas... que te hubieran permitido salvar a tu familia. Después te diste cuenta de que si tuvieses el dinero y las joyas de nana... ¿cómo?... sí, nana Alia, habrías tenido aún más remordimientos, más sufrimiento... Después, constataste que el dinero y las joyas no eran sino un pretexto. En el fondo, mataste a esa zorra para eliminar a una cucaracha de la faz de la tierra, y sobre todo para vengar a tu novia... Pero te has dado cuenta de que no ha cambiado nada. El asesinato no ha saciado tu sed de venganza. No te ha reconfortado. Al contrario, ha creado un abismo en el cual te hundes cada día más... Ahora, lo que te atormenta no es el fracaso de tu intento ni el tener mala conciencia; sufres sobre todo por lo irrelevante de tu acto. En resumen, eres víctima de tu propio crimen. ¿Tengo razón?

–Sí, eso es, soy víctima de mi propio crimen. Y lo peor de esta historia no es que mi crimen sea banal e infructuoso, sino que ni siquiera existe. Nadie habla de él. El cadáver ha desaparecido misteriosamente. Todo el mundo cree que nana Alia se ha marchado de la ciudad, llevándose sus joyas y su dinero. ¿Ha encontrado alguna vez un caso tan absurdo en todos sus archivos jurídicos?

–Ay, joven, he visto crímenes aún más absurdos que el tuyo. Y también he constatado que matar a una puta no elimina el mal en el mundo. Sobre todo en estos tiempos. Como bien has dicho, matar es el acto más insignificante que puede existir en este país.

–Ésa es la razón por la que he venido a entregarme a la justicia. Quiero darle un sentido a mi crimen.

–¿Acaso le has dado un sentido a tu vida, como para poder dárselo a tu crimen?

–Precisamente, yo pensaba que con este asesinato lo conseguiría.

–¡Como todas esas personas que matan en nombre de Allah para olvidarse de

sus pecados! ¡No es más que un sucedáneo, joven, un sucedáneo! ¿Entiendes?

–Sí –dice, asintiendo con la cabeza; luego le pregunta al escribano–: ¿Conoce usted a Dostoievski?

–No. ¿Es ruso?

–Sí, un escritor ruso, pero no comunista. No importa. Él decía que si Dios no existiese...

–*Tobah na'uzobellah!* ¡Que Allah te proteja de tal aberración! ¡Ahuyenta ese pensamiento satánico!

–Sí, ¡que Allah me perdone! Ese ruso decía que, *Tobah na'uzobellah*, si Dios no existiese... el hombre sería capaz de todo.

Tras un silencio meditabundo, el escribano dice:

–¡No se equivocó! –y susurra al oído de Rasul–: Entonces, ¿cómo podría tu querido ruso explicar que hoy en día aquí, en tu querido país, donde todo el mundo cree en Allah, el Misericordioso, se permitan todas las atrocidades?

–¿Quiere decir que todas esas personas...? –interviene Farzam, que se ha perdido en la conversación.

–Tú, chico, ¡ve a por agua! –le ordena el escribano para desembarazarse de él, y retoma el hilo–: Has de saber que si el pecado existe, como se suele decir, es porque Dios existe.

–Sí, pero hoy en día tengo la impresión de que es a la inversa. ¡Que Allah me perdone! Si Él existe, no es para impedir el pecado, sino para justificarlo.

–Sí, por desgracia. Siempre que nos valemos de Él, o de la Conciencia, o de las ideologías... para justificar nuestros crímenes, nos traicionamos... Son escasos quienes, como tú, han cometido un crimen y luego han tenido remordimientos.

–¡Ah no! Yo no tengo ningún remordimiento.

–De acuerdo, nada de remordimientos. Tienes conciencia. Mira a tu alrededor: ¿quién no mata? ¿Cuántos criminales han llegado como tú a este nivel de conciencia? Ninguno.

–Por eso mismo, es mi conciencia lo que me convierte en culpable.

–Entonces, ¿qué necesidad hay de proceso, de juicio? Todo eso, idealmente, es para aquellos que no reconocen su crimen, su culpabilidad. Además, ¿quién te podrá juzgar? Aquí no hay nadie, ni juez, ni procurador. Todo el mundo está en la guerra. Todo el mundo corre tras el poder. No tienen ni tiempo ni ganas de venir a ocuparse de tu proceso. Ellos mismos tienen miedo de los procesos. El proceso de uno puede desencadenar el proceso de los demás. ¿Me comprendes? –Rasul está perplejo. El escribano prosigue–: ¿Qué es lo que quieres? ¿La cárcel? Tu alma está prisionera en tu cuerpo, y tu cuerpo prisionero en esta ciudad.

–Así que, esté aquí o esté fuera, nada cambia.

–Nada cambia.

–Entonces, me quedo aquí.

El escribano ya está harto. Coge un expediente y lo arroja al suelo.

–Pero aquí no hay nadie. Yo no me puedo encargar de ti –grita–, ya no hay cárcel, ni reformatorio... nada. ¡Ya no hay nada! Ni siquiera hay leyes. Están en proceso de cambiar el código penal. Todo está basado en el *fiqh*, la *sharia*.

Lleno de rabia, mira largo rato a Rasul, en medio de un silencio abrumador. Y, antes de volver a coger el expediente que se encuentra a los pies de Rasul, le tiende la mano:

–Encantado de haberte conocido, joven. Es la hora de la oración. ¡Adiós!

Después coloca de nuevo el expediente sobre el escritorio y se retira a la otra habitación.

Rasul está pasmado, sin palabras, sin voz, aún más afónico que antes.

¿Dónde estoy?

¡En *Nakodja abad*, en ninguna parte de la ciudad!

Regresa Farzam:

–¿Entonces se queda? Tiene razón. Aquí se está realmente bien. Es un refugio... El señor escribano vive aquí con toda su familia. Se está fresco. Su mujer es encantadora. Además es muy guapa, y cocina muy bien...

–¿La que entró justo antes de que yo llegase? ¿Una mujer con un burka azul cielo?

–¡Oh, no! Ella jamás sale de aquí. Tiene miedo de las bombas. Tiene miedo de estar sola. Está un poco...

Así que la mujer diabólica no es ella. Pero, entonces, ¿por qué el escribano insiste tanto en que me vaya?

–¡Hermano!

Una voz grave, seguida por unos pasos que buscan el camino, impide a Rasul seguir alimentando sospechas. Farzam se oculta en la habitación de al lado y hace señas a Rasul para que le siga, pero él no se mueve. Aparecen cuatro hombres armados.

–¿No está aquí el escribano?

–Está haciendo su oración –responde Rasul.

–Y tú, ¿qué haces aquí? –le pregunta uno de los cuatro.

–Me llamo Rasul, y he venido a entregarme a la justicia –responde, aturdido ante los cuatro hombres que se miran, suspicaces.

–¡Aquí no hay nadie trabajando!

–Yo no he venido a trabajar. He venido a que me juzguen.

Uno de los hombres le contempla, acariciándose la barba.

–¿Quieres ser juzgado? ¿Por qué?

–He matado a alguien.

Se miran de nuevo. Dubitativos. No saben qué más decir. Al final, uno de ellos avanza hacia Rasul y dice:

–Vamos a ver eso con el *Qhazi sahib*. ¡Venga, vamos!

A la salida del edificio, el escribano, seguido de Farzam, se les une:

–¿Me estaban buscando?

–Sí, el *Qhazi sahib* quiere saber si la lista de los *shahids* ya está acabada.

–¿Todavía no!

–¿Entonces regresa a tu trabajo y tráenosla lo antes posible!

Pero el escribano permanece allí plantado, impresionado por la estupidez de Rasul.

Al llegar a un edificio parcialmente destruido, entran en una habitación imponente, amueblada con un gran escritorio tras el cual el juez, sin prestarles atención, se está comiendo una enorme raja de sandía. Un bonete blanco cubre su enorme cabeza afeitada; una larga barba prolonga su gorda cara. Esperan a que acabe de comer. Después de dejar la cáscara en un plato, saca un gran pañuelo para secarse la boca, la barba y las manos. Soltando un buen eructo, hace una señal a un viejo para que se lleve el plato, después coge su rosario, posa la mirada sobre Rasul e interroga a los otros:

–¿Qué problema hay?

–Le traemos un asesino.

La mirada del *Qhazi* pasa de Rasul a sus hombres, sin traslucir expresión alguna, excepto un «¿entonces?» que no pronuncia. Pregunta:

–¿Dónde lo habéis arrestado?

–No lo hemos arrestado. Se ha entregado él mismo.

Eso sí que es una sorpresa. El juez contempla de nuevo a Rasul:

–¿A quién ha matado?

No hay respuesta. Uno de los hombres susurra al oído de Rasul:

–¿A quién has matado?

–A una mujer.

Otro asunto de familia. Sin demasiado interés, entonces. Incómodo por una pepita de sandía que tiene entre los dientes, el juez intenta quitársela con la punta de la lengua. No lo consigue. Continúa en tono indiferente:

–¿Por qué razón?

Más silencio. De nuevo el guardia transmite la pregunta a Rasul, que alza los hombros para manifestar que no lo sabe.

–¿Era su mujer?

–¿Era tu mujer? –repite el guardia.

–No –responde finalmente Rasul, cansado de las preguntas indirectas, de las miradas desdeñosas.

El juez hace una pausa, no para reflexionar, sino para ocuparse de la pepita de sandía, la maldita pepita. Nueva tentativa, esta vez con el dedo índice. Imposible. Renuncia.

–¿Quién era, entonces?

–Una señora llamada nana Alia, de Deh Afghanan –responde Rasul antes de que el guardia le repita la pregunta.

–¿Para robarle?

–No.

–¿Violarla?

–Tampoco.

Nuevo parón en el interrogatorio, y nuevo intento del *Qhazi* con la pepita. Se introduce en la boca el índice y el pulgar. Está claro que no llega. A Rasul le encantaría ayudarle. Su índice es fino, huesudo, con la uña larga. Domina perfectamente la técnica: hay que empujar la pepita con la uña y aspirar a la vez.

–¿Dónde están los testigos?

–No hay ningún testigo.

Cada vez más cabreado por la puñetera pepita de sandía, el juez arranca nerviosamente la esquina de una página del expediente. La dobla, se la introduce entre los dientes. Sin éxito. El papel se moja y se reblandece. Se enfurece:

–¿Alguien tiene una cerilla?

Y tira el papelito sobre el escritorio.

Rasul se apresura a darle su caja de cerillas. El otro coge una, le quita el azufre, la afila con las uñas, y procede a pescar la pepita del demonio. Por fin se libra de ella. Aliviado, mira a ese molesto don nadie, y ordena a sus guardias:

–¡Soltadle! No tengo tiempo de ocuparme de ese tipo de casos.

–¡Ven!

Uno de los guardias le coge del brazo. Pero Rasul permanece ahí clavado delante del escritorio del *Qhazi*. ¡No se moverá, no! Se abalanzará sobre el juez, le agarrará de la barba y gritará: «¡Mírame! ¡Soy un asesino, como tú! ¿Por qué tú no sufres?». Se acerca un paso, pero le detiene un puñetazo del guardia.

–*Qhazi sahib*, debe juzgarme –pide encarecidamente.

El juez, acariciándose la frente, permanece pensativo durante un momento, luego continúa; desgrana las palabras al mismo ritmo que pasa las cuentas del rosario entre sus dedos:

–Tu caso es un asunto de *qisas*. Busca a la familia de la mujer, paga el precio de su sangre. Eso es todo. Ahora, sal de mi despacho.

¿Eso es todo?

Sí, Rasul, eso es todo. Ya lo sabías, el escribano te lo había advertido.

–Sí, ya me lo habías advertido –admite Rasul, sentado ante el escritorio del escribano, que está sacando de un expediente el nombre de los *shahids* ejecutados por los comunistas–. Pero creía que podría convencerlo de que instruyese mi proceso, y como consecuencia, otros muchos, los de todos los criminales de guerra.

El escribano levanta la cabeza y lanza a Rasul una mirada irónica:

–¿Tú dónde te crees que estás?

–Ahora, en ninguna parte.

–¡Bienvenido! –le felicita el escribano, aplicándose de nuevo en su tarea.

–También eso me agota. Esta incapacidad para hacerme entender, y para entender al mundo.

–¿Es que acaso te entiendes a ti mismo?

–No, me siento perdido.

Un largo rato, durante el que se marcha lejos, a una noche pasada en el desierto, luego regresa y dice:

–Tengo la impresión de estar perdido en la noche de un desierto en el que sólo hay una referencia: un árbol muerto. Vaya donde vaya, no dejo de volver al mismo lugar, al pie de ese árbol. Estoy cansado de recorrer, miserablemente, una y otra vez ese camino interminable.

–Joven, yo tenía un hermano. Actuaba en el teatro Nendaray de Kabul. Estaba siempre feliz, era un vividor. Él me enseñó una cosa importante: a tomarse la vida como si fuese una obra de teatro. Me decía que, en cada representación, había que pensar que se actuaba por primera vez. De este modo, se le daba un nuevo sentido a cada uno de los gestos.

–Pero yo ya estoy cansado del papel que me toca representar. Me gustaría tener otro.

–Cambiar de papel no cambia tu vida en absoluto. Sigues en el mismo escenario, en la misma obra. Imagina que el proceso fuese una escena; en cualquier caso, no es más que eso: ¡y menuda escena! Podría contarte muchas cosas sobre eso. En resumen, en esa escena, en cada una de las representaciones, debes interpretar un personaje diferente: primero el acusado; después el testigo; a continuación el juez... En el fondo, no hay ninguna diferencia... ya lo sabes...

–Pero cuando uno interpreta el papel del juez puede cambiar el curso de un proceso.

–No, estás condenado a respetar las reglas del juego, repetirás las mismas frases que otro juez ya repitió antes que tú.

–Entonces, hay que cambiar la obra, el escenario, la historia...

–¡Serías expulsado! –eleva la voz–: «Somos las marionetas, y el cielo, el titiritero/ No es ésta una alegoría, sino la pura verdad/ Actuamos y volvemos a actuar en el escenario de la existencia/ Después caemos, uno a uno, en la caja de la nada». No lo digo yo, sino Khayyam. ¡Reflexiona sobre ello!

Antes de que Rasul vuelva a la carga con el teatro de la justicia, el escribano empuja hacia él el enorme expediente de los *shahids*:

–Toma, ahora tú también puedes ayudarme. ¡Díctame los nombres!

–¡Los *shahids* me dan asco!

Esta declaración hace dar un respingo al escribano. Mira a Rasul durante largo rato, después retira el expediente, pero Rasul se lo impide:

–Bueno, te ayudaré.

Y se pone a leer los nombres.

Apenas ha citado una decena de ellos, cuando los guardias del *Qhazi* reaparecen.

–¡Si está aquí, si sigue aquí! –dice uno de ellos señalando a Rasul–. Te estábamos buscando por todas partes. ¡Ven con nosotros!

Y lo llevan ante el *Qhazi*, que pide que los dejen solos. Sigue detrás del escritorio, donde están tirados, en medio de los papeles, el rosario y el pañuelo. De buenas a primeras le pregunta:

–¿Conoces a Amer Salam?

–¿Amer Salam...? Creo que sí.

–¿Lo has visto?

–Sí.

–¿Dónde?

–En casa de nana Alia, creo.

–¿Cuándo fue eso? –pregunta el juez, inclinándose sobre el escritorio para aproximarse a Rasul, presto a escuchar un secreto.

–El día después del asesinato.

–¿Qué coño hacías allí?

–Mi novia trabajaba en casa de nana Alia. Amer Salam vino...

–¿Y dónde están las joyas que robaste de la casa?

Ya está, el asunto va tomando cuerpo. Por fin muestran interés.

Sí, es cierto, pero lo único que le interesa al juez son las joyas, no el asesinato, ni tu conciencia, ni tu culpabilidad, ni tu proceso...

No importa, puedo forzar la puerta de la justicia con lo de las joyas. Además, la relación de Amer Salam con este asunto es una pista a seguir para echarle el guante a la mujer del burka azul cielo.

–¿Te has vuelto sordo o qué?

La vehemencia del juez hace desvanecer los pensamientos de Rasul.

–Ya se lo he dicho. No he robado nada. Sólo la he matado.

–¡Mientes! Amer Salam había dejado muchas joyas como prenda en esa casa. Devuélveselas. ¡Si no, te las va a hacer vomitar! Tú no lo conoces.

–Ya le he dicho que no he robado nada.

Quitándose el gorro, el *Qhazi* enjuga con el pañuelo las gotas de sudor que perlan su cabeza afeitada.

–¡Vamos, suéltalo! No puedo perder más tiempo con este asunto.

–Pero, *Qhazi sahib*, le juro que no pude robarlas.

–Entonces, ¿adónde han ido a parar las joyas?

–Eso es un gran misterio...

–¡No me tomes por un cretino! ¡Devuelve las joyas y vete a tu casa!

–Debe usted escucharme. Por algo vine aquí a entregarme a la justicia...

–En efecto, ¿por qué te entregas a la justicia? –pregunta el juez, dándose cuenta por fin de lo absurdo de esta enigmática rendición–. Pero ¿tú de dónde sales?

–Es una larga historia.

–Me cago en tu historia. Dime, ¿de qué facción eres?

–De ninguna.

–¡De ninguna! –dice el *Qhazi* asombrado.

Un posicionamiento así, en esta tierra desgarrada, seguramente no tiene sentido para una mentalidad como la suya.

–¿Eres musulmán?

–Nací musulmán.

–¿Qué hace tu padre?

–Era militar. Fue asesinado.

–Era comunista.

¡Ya estamos otra vez con lo mismo! Una vez más las mismas preguntas, las mismas sospechas, los mismos prejuicios. ¡Ya he tenido suficiente!

Querías contarle tu historia, tu vida, ¿no? Entonces, síguele el juego. Ve hasta el final.

–¿Era comunista, tu padre? ¿Eh?

¿Es una pregunta o una conclusión?

–¿Eh?

–¿Perdón?

–Tu padre, ¿era comunista?

–Ah, era una pregunta.

El juez, furioso, se deja llevar por la ira:

–¡Tú también, tú has sido comunista!

–*Qhazi sahib*, he venido aquí para confesar un asesinato: he matado a una mujer. Ése es mi único crimen.

–No. Hay algo sospechoso en este asunto. Debes de ser culpable de algo más...

–*Qhazi sahib*, ¿acaso hay un crimen más grave que el de asesinar a un ser humano?

La pregunta hace caer el pañuelo de la mano del juez.

–¡Soy yo el que hace las preguntas! ¿Qué hacías en la época de los comunistas?

–Trabajaba en la biblioteca de Pohantoun.

–Así que has hecho el servicio militar bajo bandera soviética –y coge el rosario–. Dime, ¿cuántos musulmanes has matado?

Afortunadamente ignora que estuviste en la Unión Soviética, eso sería el fin.

–No he hecho el servicio militar.

–Entonces estabas en las Juventudes Comunistas.

–¡No, nunca!

–No eras comunista, no has hecho el servicio militar, y sigues vivo.

Silencio de Rasul. Sólo se oye el ruido de las cuentas del rosario entre los dedos del *Qhazi*. Y de repente, vuelve a enfurecerse:

–¡Mientes! ¡Pedazo de impío comunista! –las cuentas del rosario dejan de correr, su voz, rabiosa, llama a los guardias–: ¡Alejadme de este cerdo! ¡Encerradle en una celda aislada! ¡Mañana exponedle al escarnio público antes del castigo, cortadle la mano derecha, por ladrón, y luego colgadlo! Azotad su sucio cadáver para que sirva de escarmiento a todo el mundo: ¡ése es el castigo reservado a los supervivientes del antiguo régimen que siembran el mal y la corrupción!

Los dos hombres armados se abalanzan sobre Rasul para atraparlo. Lo inmovilizan.

Contiene el aliento.

Su corazón se desboca.

La sala se desmorona.

Las cuentas del rosario vuelven a correr, una a una.

Gritos furiosos invaden la sala.

Los chirridos de las cadenas hieren los oídos.

¿De dónde viene ese ruido de cadenas?
De tus pies, de tus manos.

Se mueve. Le pesan los pies y las manos.
Le pesan también los párpados al abrirlos.

Todo está oscuro. Yace sobre una estera en una minúscula habitación. Poco a poco descubre el cielo, lejano, amoratado, que se recorta tras un ventanuco enrejado en lo alto de la pared. Se incorpora. Las cadenas retumban en la habitación, tras la puerta, en el corredor vacío. Rasul se aproxima a la puerta, intenta abrirla con sus manos encadenadas. La puerta no tiene picaporte, la empuja, no se abre. Grita. No hay respuesta. Sólo las cadenas en el silencio de la noche. Se detiene, derrotado. ¿Es éste el final?

¿Aquí?

Se encoge. Toca la cadena que le rodea los tobillos.

Acabo de recuperar la voz.

Y ya estoy condenado.

Ya voy a morir.

¿Morir sin decir una palabra, la última palabra?

Se acurruca con la cabeza entre las rodillas.

No llora.

De repente, escucha el ruido seco de una puerta al abrirse, pasos arrastrándose por el pasillo. Se levanta de un salto, pega la oreja a la puerta. Los pasos se aproximan y se detienen. Un manojo de llaves tintinea, y la puerta se abre. La luz violenta de una linterna busca en la oscuridad, deslumbra a Rasul. Un joven barbudo le apunta con su arma y hace señas a alguien que se ha quedado en el pasillo para que se acerque. Asoma la cabeza del escribano. Lleva un platito en una mano, y una débil linterna en la otra. Rasul corre a su encuentro.

—¡No te muevas! —aúlla el guardia.

El escribano se vuelve hacia el guardia:

—¡En el nombre de Allah, no grites! —y entra en la celda para darle el plato a Rasul—. Te dije que te quedases a comer con nosotros, no quisiste. Parecías tener mucha prisa por venir aquí. ¿Ya estás contento?

—No.

—Pero eso era lo que querías, ¿no?

–Sí, pero no de este modo.

–¿Cómo entonces? ¿Pensabas que te iban a llevar al hotel Intercontinental en un coche adornado de flores y acompañado por una orquesta?

–No hablo de la recepción, sino del juicio. Este juicio sin proceso. No quiero marcharme de este mundo sin decir nada, sin tener la última palabra.

–¿Quién te crees que eres? ¿El Profeta? ¿Acaso tu nombre significa Santo Mensajero? –deja la linterna en el suelo–. ¡Siéntate y come un poco!

–¿Dónde está el comandante Pervez?

–¿Quién es ése?

–El responsable de la seguridad de la ciudad, está en el Ministerio de Información y Cultura.

–¿Y qué?

–Quiero verlo.

–Es ya de noche. Por la tarde se declaró el toque de queda. Hay combates en las calles. Ni siquiera una mosca se atrevería a volar. Me voy a quedar un poco contigo –al guardián–: Queremos estar solos durante algunos minutos. ¿Puedes quitarle las cadenas? Te juro que no escaparé. No te preocupes. Vino por su propia voluntad.

–¡Y también se marchará por su propia voluntad!

–Yo me hago responsable. Me conoces. Él también es musulmán. Ha cometido un error, déjale que vacíe su corazón.

El guardia reflexiona, después cede, mendigando algo de tabaco. Rasul le ofrece su paquete.

–¡Anda la leche, si fuma Marlboro!

Coge dos, le devuelve la cajetilla y se marcha. El escribano se sienta.

–Vamos, come un poco –y pone el plato delante de Rasul, que o no tiene hambre o no quiere comer–. ¡Come! El apetito llega comiendo. ¡Aliméntate un poco para que la sangre te llegue al cerebro, a ver si entiendes lo que te dicen! ¿Por qué quieres tomarle el pelo a esta gente?

–No les estoy tomando el pelo. Quiero ser juzgado porque soy un asesino, y no por ser hijo de un comunista.

–O eres un ingenuo, o no has vivido nunca en este país y no tienes ni idea del islam y de su *fiqh*. Ya sabes que, según la *sharia*, matar a alguien es un delito susceptible de *qisas*: ojo por ojo, diente por diente. Y ya está. Es un juicio que sustituye al derecho de los hombres. Es la familia de la víctima la que lo decide todo. Por el contrario tú, en tanto que comunista, eres un *fitna*, un renegado. Por lo tanto, eres juzgado según la ley de *Al-hudud*, con las mismas penas, las mismas sanciones establecidas por el derecho de Allah. ¿Entiendes eso? Espero que no te parezca una adivinanza.

–Te entiendo perfectamente. ¡Pero, en primer lugar, mi padre era el

comunista, yo no! Y...

–¡No, no entiendes nada! En este país, ¿desde cuándo se juzga a alguien en tanto que individuo? ¡Nunca! No eres lo que tú eres. Eres lo que son tus padres, tu tribu. Puede que esto sea un poco complicado para ti. Venga, ¡come un poco!

–Ni siquiera tú, tampoco tú me tomas en serio.

–Sí, te tomo en serio, pero no te entiendo, porque ni tú mismo sabes lo que te corroe por dentro. ¿Es la culpabilidad? ¿O lo absurdo de tu crimen?

–Ni lo uno ni lo otro. Es el dolor de vivir.

–No lo enredes todo. Es porque no soportas tu crimen, tu culpabilidad...

–No soporto mi crimen porque no le sorprende a nadie. Y porque nadie lo entiende... Estoy cansado. Cansado y perdido...

Cansado y perdido, con esas dos palabras grabadas en su mente: «Qué hacer».

Está oscuro, y el escribano no puede ver las palabras en los ojos de Rasul como él las vio en los ojos del asno.

Tiene que contarle la historia del *Nayestan*. Quizás el viejo la comprenda.

Y se la cuenta.

Esta vez se explaya en dos momentos del relato. Primero, en la extraña sensación que experimentó en los cañaverales al final de la jornada, cuando se despertó de una profunda siesta:

–Una angustia, vaga primero, palpable después, me invadió. Extrañamente acompañada de un raro sentimiento de indiferencia. Una indiferencia que no salía de mí. Estaba ahí, en el cielo, entre las cañas, en el viento, fuera de mí... Todo se desligaba de mi cuerpo, de mi mente, en una palabra: de mi *djan*. Todo se alejaba de mí. ¿De dónde procedía ese sentimiento? ¿Del cielo vacío? ¿Del viento entre las cañas? ¿De la infructuosa espera de mi padre?... Sigo sin entenderlo.

Luego, por supuesto, describe con gran detalle la mirada del asno. Esta vez, lee en esa mirada un sentimiento distinto:

–No sólo expresaba sorpresa, «Qué hacer», sino también su hastío, suplicando: «¡Acabad conmigo!». Eso es lo que el asno pedía. No comprendía lo que le había pasado. Se sentía condenado a recorrer el mismo camino una y otra vez, eternamente. Por eso quería terminar de una vez con aquello. Y como él no podía, nos pedía a nosotros que lo hiciésemos por él. Así, imponiéndonos su ejecución, nos incitaba a reflexionar sobre nuestra propia situación, nuestro propio destino.

El escribano le da a Rasul un pedazo de pan y coge otro para él. Mientras moja el pan en el guiso, dice:

–Como historia es bonita. Me recuerda a la de mulá Nasrudín. Un día llega a

su casa muy feliz y contento. Su mujer le pregunta el porqué de su alegría. El mulá responde: «He perdido el asno». La mujer replica: «¿Y por eso estás contento?». Él dice: «¡Claro! Estoy contento porque yo no estaba montado en el burro cuando lo perdí, si no, ¡también me habría perdido!...». Sé que ahora no es momento de contar historias tontas. Pero tu relato me la ha recordado. Estabais perdidos porque el asno estaba perdido. Y hoy, ¡quieres ser condenado a muerte porque así te lo enseñó un asno! Está muy bien aprender de todos y de todo tipo de cosas, incluso la voluntad de morir, incluso de una bestia –se levanta–. Mañana, a partir del alba, a la hora de la oración, iré a buscar a tu comandante. Ahora, come y duerme.

Coge la linterna y se va, declamando en el silencio del corredor:

–«Aquellos que han alcanzado el círculo de la excelencia y de la moral/ Y que, entre los maestros, se han convertido en el faro/ No han sabido viajar hasta el fondo de la noche/ Contaron una historia y después se quedaron dormidos».

Desaparece en la negra intensidad de la noche.

Rasul vuelve a su rincón. El olor a comida invade la habitación. Es nauseabundo. Sale fuera con el plato. Al fondo del corredor, una débil luz rompe la oscuridad, y guía a Rasul hacia una puerta entreabierta. Encuentra al joven guardia, que se está fumando un porro. Le tiende el plato, el otro le da las gracias y le ofrece una calada de hachís.

–Hace seis meses que estoy aquí. Tú eres mi primer y único prisionero. ¿No tenías nada mejor que hacer que entregarte y venir a joder...? ¿Qué es lo que has hecho? –pregunta mientras come un gran pedazo de pan.

–He matado.

–¿Has matado a tu padre?

–No.

–¿A tu madre?

–No.

–¿A tu hermano?

–No.

–¿A tu hermana?

–No. A nadie de mi familia. Sólo he matado a una vieja.

–¿Por venganza?

–No lo sé.

Callan ambos, adormilados, con la mirada perdida en las volutas de humo que desprenden las alas quemadas de una polilla, que había venido a adorar la llama de la lámpara.

Un rayo de luz atraviesa la ventana, iluminando un poco la pared manchada de humedad, maltratada por el tiempo, llena de frases y dibujos de los prisioneros. Uno, filósofo, ha garabateado: «Todo acaba por suceder»; otro, seguramente enamorado: «El amor no es un pecado»; y otro más, poeta:

«Aquí estoy yo, anonadado

»y de sueños habitado.

»El mundo entero está en sueños sepultado.

»Yo, incapaz de hablar; ellos, incapaces de oír».

Rasul ya los conocía. Ya los había escuchado o leído. Pero el último es el que más le intriga. ¿De quién es? ¿Quién lo ha escrito? ¿Cuándo? ¿Para quién?

Para mí.

Se acerca a la pared, acaricia la escritura. Pero el ruido de unos pasos resonando en el corredor hace que se le agarroten los dedos sobre las letras. Alguien abre la puerta, unos hombres armados entran en la celda, con los rostros velados por las sombras. Rasul se acurruca sobre sí mismo, pero se incorpora al oír una voz conocida:

—¿Qué tal está nuestro *watandar*?

Es Pervez, acompañado por dos hombres y por el escribano. Rasul da un bote.

—¡*Salam*!

Pervez se sorprende al oírle:

—¡Vaya! ¿Has recuperado la voz?

—Sí, hace dos días.

—Por fin, ya puedes contármelo todo. Quiero oírlo todo de tus labios.

—He venido a entregarme a la justicia.

—El escribano me lo ha contado —dice Pervez.

Rasul retoma su relato:

—La noche que me condujeron ante ti, yo acababa de cometer un asesinato.

Saliendo de la celda, el comandante hace señas a Rasul para que le siga.

—¡Los sucesos nunca coinciden por azar! ¿Por qué habías matado?

—¿Por qué? No lo sé.

Pervez se detiene, le contempla:

—¡Como todos nosotros!

—Puede ser. Pero...

Se interrumpe. El escribano aprovecha la ocasión para intervenir:

—Comandante *sahib*, la mató para salvar a su novia.

–¿Qué le había hecho a tu novia? –pregunta Pervez a Rasul, al que le cuesta explicarse sobre el asunto. Le da vergüenza. Guarda un silencio que dice muchas cosas.

–¿Quería... pervertirla?

–Sí.

–Hiciste bien, entonces –dice Pervez con una convicción tal que deja a Rasul perplejo, lo que hace reír al escribano.

Rasul se detiene. Piensa, ¿he hecho bien? Tampoco él me toma en serio, él, el jefe de la Seguridad, un muyahidín, un hombre de justicia. Después dice:

–¿Cómo que he hecho bien? Era un asesinato, un asesinato premeditado... – y, ante el silencio de Pervez, vuelve a callar.

Entran en el edificio donde se encuentra el despacho de los Archivos de la Justicia. En el umbral de una gran sala amueblada, el escribano les abandona, inclinando la cabeza hacia Rasul mientras le dice no adiós, sino:

–¡Qué idiota!

Pervez se deja caer en un sillón viejo y destartelado, e invita a Rasul a sentarse frente a él. Continúa como si nunca hubiera cesado de hablar:

–En tu lugar, yo habría hecho lo mismo.

–Pero de qué sirve, no he podido cambiar nada ni en mi vida ni en la de mi novia. Nadie ha salido beneficiado. Hemos tenido más sufrimiento que ganancias.

–Para hacer el bien, primero hay que sufrir...

–Peor aún. Mi vida se ha convertido en un infierno. He perdido a mi novia y el dinero... Un crimen para nada... Incluso el cadáver ha desaparecido. Todo el mundo piensa que nana Alia está de viaje. Dime, ¿puede haber un crimen más ridículo?

–En primer lugar, dime, ¿por qué no llegaste a completar el plan?

–Precisamente yo me hago la misma pregunta. Quizás porque no pude...

–O porque no quisiste. Porque no eres un bandido. Eres un hombre justo.

–También fue por culpa de Dostoievski.

–¿Por culpa de Dostoievski? ¿Qué te ha hecho ahora tu gran autor?

–Me impidió completar el acto.

–¿Cómo?

–Apenas había levantado el hacha para dejarla caer sobre la cabeza de la anciana, acudió a mi mente la historia de *Crimen y castigo*. Me dejó anonadado... ¡Dostoievski, sí, él! Él me impidió seguir el mismo destino de Raskólnikov, caer presa de los remordimientos, hundirme en el abismo de la culpa, acabar en la cárcel...

–¿Y dónde estás ahora?

Rasul agacha la cabeza y murmura:

–No lo sé... En ninguna parte.

–Rasul, *djan*, lees demasiado. Está bien. Pero tienes que saber una cosa: tu destino no está escrito más que en un solo libro, el *Lawhé Mahfuz*, el libro oculto, escrito por... –con el índice señala al techo, donde revolotean algunas moscas–. Los demás libros no pueden cambiar nada, ni en el mundo ni en la vida de nadie. Mira, ¿acaso Dostoievski pudo cambiar algo en su país? ¿Pudo influir en ese tal Stalin?

–No, pero si no hubiese escrito ese libro, quizás él mismo habría cometido un crimen. Y a mí me ha dado esta conciencia, esta capacidad para juzgarme, para juzgar a Stalin. Eso es ya algo magnífico. ¿No?

–Sí, es magnífico –asiente Pervez, encerrándose en un largo silencio. Después dice–: ¡Por eso te felicito, por tu juicio y por tu acto! –sonríe–. Has podido eliminar un elemento nefasto para la sociedad. La muerte de esa mujer ha debido de aliviar a no pocas personas. Además, ésa es la razón de la desaparición de su cadáver. Quizás incluso por su propia familia. Y si tú no la hubieses asesinado, algún otro lo habría hecho; Allah lo habría hecho; un misil habría caído sobre su cabeza... ¡quién sabe! Por lo tanto debes admitir que has beneficiado a muchas personas...

–¿Y yo?

–Tú, ¿qué?

–¿Qué es lo que yo gano?

–Debes reconocer que has hecho algo importante: has hecho justicia.

–¡Justicia! Pero ¿qué justicia? ¿Quién soy yo para decidir sobre la vida y la muerte de alguien? Matar es un crimen, el más odioso que el ser humano pueda cometer.

–*Watandar*, el asesinato es un crimen cuando la víctima es inocente. Esa mujer debía ser castigada. Ella había hecho daño a tu familia, a tu *namuss*. Te había deshonrado. Eso que has hecho se llama venganza. Nadie tiene derecho a juzgarte como asesino. Y ya está, se acabó.

–Comandante, mi problema no es saber cómo me juzgan los demás, el problema soy yo mismo. Este sufrimiento que me corroe por dentro, como herida, una herida abierta, incurable.

–En ese caso, sólo tienes dos soluciones: o bien te amputas el miembro herido, o bien te acostumbras al dolor –se levanta el *pakol*, gira la cabeza y señala un punto en la parte posterior de su cabeza–: Mira aquí.

Rasul se inclina hacia delante y mira.

–Toca.

Rasul acerca la mano, con aprensión; roza con el dedo el cráneo de Pervez.

–¿Notas algo?

Rasul vacila antes de responder, luego retira bruscamente la mano.

—¿Sabes qué es? Es un fragmento de obús —Pervez vuelve a ponerse el *pakol*—. Hace años que lo tengo incrustado en mí. Fue durante la yihad. Había vuelto a casa para ver a mi mujer y a mi hijo. Los rusos se enteraron de nuestra llegada al pueblo, lo bombardearon. Un misil alcanzó nuestra casa. Una gran explosión convirtió a mi familia en mártir, y una esquirla se quedó dentro de mi cabeza. Nunca he querido sacármela. He querido vivir con ella, para que el dolor no me deje olvidar la muerte de mis seres queridos. Ese obús me dio fuerza y esperanza para la yihad. Un médico francés me dijo que haría falta quitarla, que no podría vivir más de diez años con ella. De todas maneras, no quiero vivir más de diez años —una ruidosa carcajada tiñe apenas la amargura de su relato—. También tú tienes un obús, un obús interior, una herida interior, una herida que te ha dado fuerza.

—¿Fuerza para qué?

—Fuerza para vivir, y para hacer justicia.

Un muchacho les trae el almuerzo. El comandante le pregunta si hay noticias de Jano.

—Ninguna noticia. Todavía no lo hemos encontrado...

—¿Cómo es eso? ¡No ha podido desaparecer por arte de magia! ¡Que lo busquen por todas partes!

—Yo me crucé con él hace cuatro o cinco días —interviene Rasul.

—¿Dónde?

—Me invitó a tomar un té en la *tchaykhana* de Sufi. Allí se encontró con unos muyahidines con los que, durante la yihad, realizasteis una operación contra una base militar soviética.

—¿Te acuerdas de los nombres?

—Eran los hombres del comandante... Nawroz, creo.

Pervez se inquieta cada vez más. Preocupado, pide al muchacho que vaya a la *tchaykhana* de Sufi y se informe. Tras un momento de reflexión, continúa:

—Tomemos el caso de Jano. Es mi hijo adoptivo. Los rusos destruyeron su pueblo, masacraron a su familia. Pero tiene la fuerza de un león para vivir. Y es precisamente por eso, por su voluntad de venganza —y deja que Rasul medite sobre sus palabras.

—Las vuestras son heridas infligidas por otros. Pero yo mismo me hice mi herida. En lugar de redoblar mis fuerzas, me ahoga, no me conduce a ninguna parte. A veces pienso que quise asesinar a aquella vieja sólo para saber si era capaz de matar como los demás... —baja la cabeza. Mientras Pervez sirve el té, continúa como si hablase consigo mismo—: He visto que no estaba hecho para ello. El otro día quise matar a otro, y no lo conseguí...

—¿Puede que ése fuera inocente?

–¿Inocente? No lo sé. Pero había insultado a mi novia, la había echado del mausoleo Shahé do Shamshiri Wali.

–¿Eso es todo? –pone un té ante Rasul–. No puedes matar sin motivo.

–Puede ser que quisiera matarle para acabar con el fracaso de mi crimen.

–Y ese asesinato también habría sido un fracaso, porque lo habrías cometido sin motivo.

–Yo creo que es siempre así. Comenzamos una obra con la esperanza de poder olvidar un precedente que consideramos fracasado... Así perduran los crímenes, una espiral infernal. Es por eso por lo que me entregué a la justicia, para que un juicio pusiera fin a todo eso.

–*Watandar*, sabes perfectamente que un proceso sólo tiene sentido si existe una ley, una que haga respetar los derechos. ¿Qué ha sido hoy en día de la ley y del poder?

–¿También tú buscas venganza?

–Puede ser.

–«Ojo por ojo y el mundo acabará ciego», decía Gandhi.

–Tenía razón. Pero hagamos lo que hagamos, la venganza está arraigada en nosotros. Todo es venganza, hasta los juicios.

–Entonces la guerra no terminará jamás.

–Sí. El día en que uno de los bandos decida sacrificarse, no pedir ya más venganza. De ahí la necesidad de hacer duelo, duelo por nuestros actos, por el crimen, por su venganza. Duelo incluso por el sacrificio. Pero ¿quién puede hacer eso? Nadie. Ni siquiera yo.

Pervez es consciente de todo. Es capaz de todo. Nada le acobarda. A ti te corresponde animarle, acompañarle en su misión. Sólo le hace falta un sacrificio, un cómplice. Tú lo serás.

–Yo quiero que la justicia me haga un proceso. Quiero ser sacrificado.

Silencio de nuevo. La mirada de Pervez le condena al silencio. Una mirada admirativa e interrogativa. Rasul continúa:

–Con ese proceso, acabaría con mi sufrimiento... Me daría la ocasión de exponer mi alma a todos aquellos que, como yo, han cometido asesinatos...

–Deja de tomarte por el personaje de Dostoievski, por favor. Su acto tiene un sentido dentro de su sociedad, de su religión.

–Tú sabes que lo que ha despertado a Occidente es el sentido de la responsabilidad nacido del sentimiento de culpabilidad.

–*Mashallah!* –Pervez se sobresalta, derramando el té–. ¡Dios sea alabado por habernos dado el sentimiento de culpabilidad! ¿Qué sería si no del mundo? –y estalla en risas sarcásticas–. De verdad quieres sacrificarte a tus fantasmas.

–Prefiero sacrificarme a mis fantasmas antes que sacrificarme a otros. Quiero que con mi muerte...

Le interrumpen unos disparos, no lejos del Wellayat. Pervez, sirviéndose más té, espera la continuación.

–Quiero que mi muerte sea un sacrificio...

–El país no necesita más muertos, más *shahids*...

–¡Ah, no! Yo no quiero ser *shahid*...

¡Déjalo ahí, Rasul! Ya has ido demasiado lejos.

Todavía tengo cosas que decirle.

¡Cosas mil veces oídas!

Sí, pero no por él. Él puede comprenderme. Él sabe que la existencia de Allah no necesita de testigos, de mártires.

Si lo sabe, es inútil hablarle de ello. Remata tu discurso:

–Quiero que mi proceso, mi juicio, sirva de testimonio en estos tiempos de injusticia, de mentiras, de hipocresía...

–*Watandar*, en ese caso habría que juzgar a toda la nación.

–¿Por qué no? Mi proceso servirá para hacer el de todos los criminales de guerra: los comunistas, los señores de la guerra, los mercenarios...

Un largo silencio se instala. Pervez ya no bebe té. Se encuentra en otra parte, allí donde se pierde su mirada. Lejos. Muy lejos. Más allá del día que se insinúa por la ventana. Después, de repente, se levanta.

–*Watandar*, sigue con tu vida, vete con tu familia. ¡Márchate! Aquí, esta puta guerra, como todas las guerras, tiene sus leyes, sus reglas.

Rasul también se levanta.

–Pero tú, tú puedes cambiar las reglas.

Pervez le mira largamente, le tiende la mano.

–Yo te avisaré cuando eso ocurra. *Ba amané Khoda*. ¡Vuelve a casa!

No se atreve a entrar en su habitación, de la que salen gritos y risas. No se atreve a romper la alegría que reina en su morada. Entreabre silenciosamente la puerta. Las hijas de Yarmohamad y otros dos niños juegan con sus libros, haciendo casitas con ellos, apilando unos sobre otros. Las muñecas, en sus manos inocentes, saltan de una estantería a otra:

–¡*Khala, Khala*, dame fuego!

–Yo no tengo, ¡sube arriba!

–¡*Khala, Khala*, dame fuego!

–Yo no tengo, ¡sube arriba!

–*Khala, Khala*...

Esta alegría llena de sosiego a Rasul; se queda en el umbral de la puerta, sin atreverse a irrumpir en ese mundo donde nadie tiene fuego. Deja a los niños disfrutar de sus sueños. Baja por las escaleras. Ni rastro de Yarmohamad ni de Rona. Vuelve a encontrarse en la calle vacía, sin un alma. El sol, insolente, penetra la piel, hace hervir la sangre, produce extrañas sensaciones, extraños sentimientos de desolación interior.

Todos los cuerpos son una pesada ruina.

Todos los cuerpos necesitan anestesia.

Hace falta colocarse, ahora y siempre.

No hay nadie en la *saqikhana*, excepto Mostafa, doblado en dos en una esquina, al lado de un narguile extinto.

–*Salam!* –le dice Rasul.

El otro, somnoliento, se incorpora ligeramente, sacude la cabeza a modo de respuesta, y le pregunta, como para rendir homenaje a su amigo Jalal:

–¿Ya ha comenzado la guerra?

–No –niega Rasul.

El otro le invita a sentarse.

–¿Tienes un *tali* de hachís?

–Si lo tuviese, no habría venido.

Mostafa se levanta con dificultad, diciendo:

–Todos se han marchado –se instala en la otra punta del fumadero–, después de la muerte de Sarwar...

–¿Ha muerto?

–Sí, lo han matado. Un día se presentó en la mezquita completamente colocado, se subió al púlpito y se hizo con el megáfono para recitar el versículo

18. Ya sabes, ese versículo que le encantaba repetir. La historia de Gog y Magog –saca un ladrillo de la pared–. Nosotros estábamos allí. Escuchamos los tiros que dispararon sobre él.

Mete la mano en el agujero, rebusca; luego, con un gemido ahogado, la retira. Sujeta un escorpión por la cola y lo deposita en el hornillo del narguile.

–Ya sólo nos queda esto para fumar –ríe con tristeza.

Enciende una cerilla y prende fuego al animal. Con los ojos cerrados, aspira el humo y lo mantiene largo rato en los pulmones. Pasa a Rasul la boquilla del narguile, antes de acurrucarse de nuevo en su rincón. Indeciso, Rasul aspira una calada, luego una segunda, más prolongada. Quema como si se hubiera tragado el escorpión con todo su veneno. Se le hace un nudo en la garganta. Sus venas se agitan como pequeñas serpientes heridas que intentan atravesarle la piel para escapar. Suelta el narguile, se apoya en la pared y se levanta. Completamente mareado. Completamente colocado. La puerta está a dos pasos, pero tarda una eternidad en alcanzarla.

Ahí fuera sigue el sol, duro y desolador, crispándole los nervios. Rasul, cada vez más colocado por el veneno, se marcha.

¿Dónde está la sombra?

¿Dónde la dulzura?

¿Dónde está Sufia?

Siempre estás embriagado cuando piensas en ella.

No, sumido en mi abismo poético.

O en tus abominables suplicios. Sólo la amas por eso.

Llega delante de su casa. Quiere llamar, pero su mano permanece en suspenso, igual que sus pensamientos.

¿Qué quieres de ella?

Nada.

Da un paso atrás.

Pero yo sólo quiero hablar con ella.

¿Qué más quieres decirle? ¿Qué le has dicho hasta ahora? Nada. Con o sin voz, no tienes nada que decir, nada que hacer, excepto rumiar tus monstruosas ideas.

No, no, esta vez no voy a agobiarla. Lo prometo. La llevaré, como otras veces, a la colina de Baghebala, a los viñedos, para que nuestro amor domine

sobre todo Kabul. Le diré que es bellísima. Se ruborizará. Me arrojaré a sus pies, y finalmente le diré que me postro ante ella no sólo por su belleza inocente, sino por su sufrimiento. Y ella me dirá que hace mucho que no le digo cosas tan tiernas. Le diré que tenía muchas cosas que decirle, pero que la guerra no nos dejó tiempo. Y la besaré. Ella tenderá su mano para estrechar la mía. Le pediré que se marche conmigo. Lejos. Muy lejos. A un hermosísimo valle, donde nadie aprendió jamás a hablar, y donde por tanto ningún ser ha podido experimentar la maldad. Un valle llamado valle de la *Infancia recuperada*.

Suena un ruido de pasos en el patio de la casa, Rasul se aleja de la puerta. Dos mujeres con burka salen y, sin prestarle atención, desaparecen por un callejón. ¿Quiénes eran?

¿Sufia y su madre?

Qué bien que no me hayan reconocido. Ya no existo. Ya no soy nadie.

«¡Sufia!»

El grito no puede salir, se extravía en sus cuerdas vocales. Igual que antes. Se recuesta en la pared, se escurre hasta el suelo. Cruza las piernas. Apoya la cabeza. Cierra los ojos. Y permanece así durante algunos instantes, una eternidad.

Aquí se quedará.

Aquí morirá.

Aquí.

Y ya hace años y años, o sea una eternidad, que está aquí, al pie de esta pared.

Y Sufia jamás lo ve, jamás lo reconoce...

—¿Rasul?

La voz de Daud le hace levantar la cabeza. El muchacho, con un bidón de queroseno en la mano, está delante de él.

—Hola, Rasul.

—¡Qué sorpresa! ¿No estás en el tejado?

—No creas que mi madre me deja trabajar tranquilamente. Sufia está fuera casi siempre.

—¿Trabajando?

—Sí. En casa de nana Alia, que sigue desaparecida, y Nazigol tiene miedo de estar sola. Sufia pasa mucho tiempo con ella, incluso por las noches. Pero vuelve a vernos de vez en cuando.

Deja el bidón de queroseno en el suelo.

—Pesa mucho... Y tú, ¿ya no vienes a vernos?

—Ya ves, aquí estoy.

El muchacho se frota las manos, vuelve a coger el bidón.

—Tengo que irme, mi madre me espera —aguarda a que Rasul se levante—.

¿Vienes?

–Me gustaría ver a Sufia.

–Está allí.

–Pensaba que había salido.

–A lo mejor. Ven a tomar el té.

–No, otro día.

Apenas Daud entra en su casa, Rasul, tras dudar un breve instante, llama a la puerta. Daud le abre.

–No le digas ni a Sufia ni a tu madre que he venido.

El muchacho asiente con la cabeza, con los ojos bajos, como para que la tristeza se vierta a sus pies, en el suelo. Vuelve a cerrar la puerta, y la desesperación de Rasul se queda con él.

Rasul se pone en marcha, pero a los tres pasos se detiene, saca el dinero.

No me hace ninguna falta.

Vuelve sobre sus pasos y llama otra vez a la puerta. Y es Daud quien le vuelve a abrir. Rasul le da todo el fajo:

–Y de esto tampoco digas nada. Dáselo a Sufia. ¡Dile que lo has ganado vendiendo las palomas!

Pasmado al verse una vez más con tantísimos billetes en la mano, el muchacho se queda pegado al pomo de la puerta hasta que Rasul desaparece entre la polvareda que levanta una camioneta.

De vuelta en casa, Rasul no se cruza ni con Yarmohamad ni con su mujer.

Tal como esperaba.

Entra en su habitación. Los niños ya se han marchado. No hay más que moscas alrededor del plato de queso con pasas. La servilleta que lo cubre está ahora completamente negra, negra de podredumbre. Su cama está, como siempre, deshecha, indiferente. Esa indiferencia se extiende entre los libros, desparramados por doquier, con las tapas manchadas; entre la ropa sucia amontonada en un rincón; en el cántaro vacío, volcado...

¿Por qué a mi vuelta todo permanece indiferente?

Coge un vaso.

Todas las cosas me ignoran.

Arroja el vaso sobre el colchón. A través de la ventana, mira el patio vacío, vacío de gritos infantiles.

Ya nada me reconoce.

Una rata atraviesa despreocupadamente la habitación.

¿Cómo podré vivir con la indiferencia que mis propios objetos me testimonian?

Tras colocar el sillón de pie, se queda durante un momento en medio de la habitación.

Nada es peor que no pertenecer ya a nuestro propio mundo. Ningún objeto quiere poseerme.

Nadie quiere juzgarme.

Esta absolución, que lava la conciencia de todos, me desposee de mi crimen, de mi gesto, de mi existencia.

Y esto seguirá siendo así mientras persista el misterio de mi acto. Tengo que encontrar el cadáver de nana Alia.

–Matar para existir, ése es el principio de todas las matanzas, mi querido Rasul –dice el escribano colocándose los expedientes bajo el brazo, y, con paso apresurado, se dirige hacia la salida del despacho del Archivo. Rasul le sigue.

–Ya no quiero más teorías, simplemente te pido que me ayudes a desentrañar este misterio.

El escribano no se detiene:

–¿Me tomas por un detective? ¡No estás ni en una película policiaca ni en una novela de... Agatha... Christie! Ve a ver a tu protector, al comandante Pervez.

–Ya he ido a verle. Pero está preocupadísimo y muy afectado por la desaparición de su hijo adoptivo. Le han dicho que lo han asesinado, que le han cortado la cabeza...

–¡*La danza de los muertos!*

Ambos callan. A la salida del edificio, Rasul le detiene:

–Sólo tú puedes ayudarme. Tú sabes muchas cosas. Tú has debido de tratar muchos casos, oír muchas historias...

–¡Sí, claro! ¡Pero como la tuya, jamás! En tu caso, yo no puedo hacer nada.

–Sí, ayúdame a encontrar el cadáver de nana Alia.

–Pero ¿cuál es el interés de ese puñetero cadáver?

–Probar que he matado.

–No hay ninguna necesidad de probarlo. Todo el mundo sabe que has matado. Y si quieres ir acarreando un cadáver por las calles, ¡venga, a qué esperas! Esta misma mañana, en el cementerio de Deh Afghanan, han descubierto tres cadáveres decapitados, totalmente descompuestos, que habían sido escondidos en una tumba. Vamos, ¡di que el asesino eres tú!

Rasul ya no dice nada más.

Al llegar al patio del Wellayat, son interceptados por un guardia del *Qhazi sahib* que, al ver a Rasul, le pregunta:

–¿Tú qué haces aquí?

–Ayer, el comandante Pervez habló con el *Qhazi sahib*, está todo bien, todo en regla –responde el escribano, y después se dirige a Rasul–: Ya hablaremos otro día sobre lo que me has pedido. ¡Ahora vete!

–Sí, pero... no sé adónde ir.

–¡Vuelve a tu casa, joven!

El guardia interviene.

–¡No, espera! Está prisionero aquí.

–Ya no.

–¿Cómo que ya no? El juez le busca. ¿Cómo puede haber salido sin autorización?

Y empuja a Rasul con el arma:

–¡Venga, en marcha!

Asombrado, el escribano se acerca a Rasul y le susurra al oído:

–¡Pero estás completamente loco! ¡El *qhorma* te ha trastornado la cabeza! Deberías haberte quedado mudo, todo el mundo estaría más tranquilo.

–Volví a mi casa, pero todo se negaba a reconocerme, todo se apartaba de mí: mis libros, mi cama, mi ropa... Todo me rechazaba. Fui a casa de mi novia. Ella ya no me reconoce...

–¡No te preocupes! Aquí todo el mundo te reconoce –dice el guardia, que agarra a Rasul por el brazo y no lo suelta.

A grandes zancadas, lo arrastra hasta el despacho de *Qhazi sahib*. Su entrada asusta a una paloma que estaba picoteando sobre el escritorio del juez. Se revuelve, revolotea por todas partes y, aterrorizada, choca contra los cristales, luego se dirige hacia la puerta. El *Qhazi* grita:

–¡Cerrad esa puerta, rápido!

Después, señalando a la paloma:

–¡No dejéis que se escape la prueba!

El guardia se precipita a cerrar la puerta. Al ver a Rasul, el juez se enfurece y pregunta al guardia y al escribano:

–¿Dónde se había metido?

–*Qhazi sahib*, ¡había abandonado su celda! –dice el guardia.

Y eso encoleriza al *Qhazi* todavía más:

–¿Cómo que había abandonado la celda? ¿Quién dio la orden?

El escribano balbucea:

–El comandante Pervez lo había hecho llamar, lo...

–¿Quién es el *Qhazi* aquí? ¿Él o yo? ¡Hacedle desaparecer! ¡Que vuelva a su celda! ¡Encadenadle!

Dos hombres, sentados ante el escritorio del juez, se vuelven hacia Rasul. Uno es el guardián del mausoleo Shahé do Shamshiri Wali; el otro, un viejo, el que le daba trigo a las palomas del mausoleo. Al ver a Rasul, ambos se sobresaltan. El viejo se abalanza sobre Rasul:

–No, *Qhazi sahib*, este joven es mi testigo. Él estaba en el mausoleo, él me vio...

El juez, sorprendido, hace señas al guardia para que retenga a Rasul; luego, señalando al viejo, ahora de pie junto a Rasul, dice dirigiéndose al escribano:

–En primer lugar, hay que abrir un expediente a ése.

–¿Por qué delito?

–Robo de palomas, las del mausoleo –responde el juez.

Y el guardián del mausoleo asiente:

–Venía todos los días a darles de comer trigo –se da la vuelta hacia el juez–, ¡trigo, sabe usted! –luego hacia el escribano–. Darles trigo es pecado. Después, robaba las palomas. ¿Sabe por qué? –de nuevo se dirige al juez–. Para asarlas y comérselas. Sus vecinos me lo han contado. Me han contado que su casa olía a carne asada todos los días...

–Yo nunca he comido palomas asadas. *Lahawlobellah!* ¿Las palomas del mausoleo Shahé do Shamshiri Wali? *Lahawlobellah!* ¡Miente! –grita el viejo girándose hacia el guardián–: ¿Sabes que la calumnia es uno de los más grandes pecados?

–¿Entonces qué hacía esta paloma en tu bolsillo? –pregunta el guardián del mausoleo. Luego le dice al *Qhazi*–: Yo mismo la encontré en su bolsillo.

La paloma revolotea por la habitación. El viejo, fastidiado, se dirige al juez:

–Estaba picoteando en mi bolsillo. Las palomas de Shahé do Shamshiri Wali me quieren, confían en mí. ¡Mirad! –silba, la paloma vuela y se posa en su hombro–. Confía en mí.

Después ruega al guardián:

–¡No mientas, hermano! Eres el guardián del mausoleo, ¿no te da vergüenza, delante del *Qhazi sahib*, y delante de Allah, acusar en falso a un hermano musulmán?

Y le suplica a Rasul:

–Tú, tú me viste, el otro día. Dile lo que estaba haciendo...

–¿Este joven también está mezclado en esta historia? –pregunta el *Qhazi*.

Rasul avanza un paso para decir:

–No lo he visto más que una vez, hace dos o tres días. Mi novia y yo fuimos allí a rezar. Y yo...

–*Qhazi sahib*, tiene razón –interviene el guardián del mausoleo–, son cómplices. Ese hombre de ahí apareció armado para robar el dinero de las limosnas; también quería matarme...

–¿Por qué mientes? –grita Rasul avanzando hacia él. El guardia se lo impide–. Sí, fui allí a matarlo, pero no a robar. Solamente para vengarme, pero no pude...

–¡Tú, tú, estás por todas partes! ¿Tú quién eres, qué eres? –dice el *Qhazi*, asomándose por encima del escritorio.

–*Qhazi sahib*, permítame decirle –interviene de nuevo el guardián del mausoleo, levantándose–. Es un... discúlpeme, *Qhazi sahib*, ¡que Allah me llene la boca de polvo!, este hombre es un proxeneta. Sí, vino ayer al mausoleo, con una... discúlpeme, *Qhazi sahib*, ¡que Allah me llene la boca de polvo!, con una puta. Yo la eché, y él, él quería llevarse el dinero del mausoleo. No vinieron a rezar, ¡estaban allí sólo para robar!

La paloma vuela delante de él. El juez la emprende con Rasul:

—¿Con una mujer impura? *Fitna!* ¿Sabes que fue por culpa de una mujer impura por lo que el santo Shahé do Shamshiri Wali, cuya sagrada tumba se encuentra en el mausoleo, perdió la vida? —se vuelve hacia los demás—. Se dice que el santo, aún decapitado por el enemigo, se batía con valentía con una espada en cada mano. Cuando llegó a Kabul, una mujer impura le había echado un mal de ojo. El santo se desmoronó y entregó su alma. Los hadices lo dicen: «No dejéis penetrar a ninguna mujer impura en el recinto de un lugar sagrado». ¡Y él, él trae a una impura a ese sagrado lugar! ¡El otro roba las palomas! ¿Qué habéis hecho del islam?

Apostrofa al escribano:

—¡Escribe! Escribe que le sea infligido el castigo reservado a los ladrones — señalando al viejo— al acusado del robo de palomas en el sagrado recinto del mausoleo. Que le corten las dos manos.

El viejo, aterrorizado, abre la boca, incapaz de hablar. La paloma abandona su hombro, revolotea, da una vuelta por la habitación y vuelve a posarse en el escritorio del *Qhazi*. El escribano se aproxima al juez, le susurra al oído:

—*Qhazi sahib*, me permito recordarle que, según la *sharia*, la amputación a un individuo que ha robado un bien sin propietario, en un lugar público, no constituye una sanción válida.

—¿Por qué razón?

—*Qhazi sahib*, le preguntaron al imán Alí si la sanción de amputación era aplicable a un ladrón de animales que no perteneciesen a nadie, y en lugar público, y el santo respondió negativamente.

—¿Quieres darme una lección de *sharia*?

—*Astaghfrollah!* Era solamente un recordatorio, venerable *Qhazi sahib*.

—Entonces yo también te recuerdo una cosa: aquí el *Qhazi* yo soy. Y yo ordeno que las manos de este hombre sean cortadas.

El escribano tiende al juez una hoja de papel y un bolígrafo:

—Entonces yo le pido, *Qhazi sahib*, que tenga a bien escribirlo con su propia mano.

—¿Tú también me desobedeces? ¿Y encima me faltas al respeto?

—Lejos de mí todo pensamiento irrespetuoso, venerable *Qhazi sahib*. Temo que el día que ya no esté aquí (¡que Allah le guarde sano y salvo en este mundo!) se me acuse a mí de haber escrito una orden contra la *sharia*.

—¿Contra la *sharia*? ¿Mi orden contra la *sharia*? ¡Fuera! ¡Recoge tus cosas y lárgate de aquí más rápido que una bala!

El escribano quiere hablar, pero el juez hace señas al guardia para que le eche fuera. El viejo aprovecha la ocasión para ponerse de rodillas y suplicar al *Qhazi*. Pero éste le interrumpe inmediatamente:

—¡Cállate, cállate! Juzgar bajo los efectos de la cólera no es recomendable.

Después, a uno de los guardias:

–¡Vuelve a llevarlo a la cárcel, y tráelo mañana!

El guardia sale con el viejo, el guardián los sigue. Rasul se queda.

–¿Has traído las joyas? –le pregunta el juez.

Acercándose lentamente a él, Rasul le dice:

–No.

–¿Cómo que no? Entonces, ¿por qué has abandonado la cárcel?

–Porque me habían dicho que ya no tenía nada que hacer aquí.

–¿Qué? –grita el juez; después, llamando a los guardias, da la orden de volver a meter a Rasul en la cárcel–: ¡A la celda de aislamiento! ¡Y mañana, primero amputadle, y luego, colgadle!

Tras los barrotes, la aurora silenciosa, en la hora entre el perro y el lobo. Mientras los muecines convocan a los fieles a la oración, mientras las armas de la venganza despiertan, mientras Sufia, en su lecho, se abraza a su inocencia, mientras Razmodin salva el honor de la familia en Mazar Sharif... Rasul olvida al mundo que le ha desposeído. Está sentado en un rincón de la celda. No espera a nadie. Ya no espera a nadie. Decide volver a ser mudo. E incluso sordo.

Sí, ya no volveré a escuchar. Ya no volveré a hablar.

«No somos capaces de hablar,

»¡Si solamente pudiésemos escuchar!

»¡Hay que decirlo todo!

»¡Y escucharlo todo!

»Mas

»Nuestros oídos están sellados,

»Nuestros labios están sellados,

»Nuestros corazones están sellados.»

Tiene que escribir el poema aquí, en esta celda, grabarlo en la pared. Busca en el suelo una piedrecita, un trozo de madera. No hay nada. Con las uñas, entonces. Comienza a trazar las palabras sobre la pintura desconchada. Es difícil. Le duele. Aprieta. Sangra. Sigue escribiendo. Escribe hasta que unos pasos se acercan y se paran delante de su celda, hasta que un tintineo de llaves resuena en el corredor, hasta que se abre la puerta, hasta que una voz ronca se eleva y ordena:

—¡Sal!

Entonces deja de escribir y permanece inmóvil, impasible, con la mirada fija en las palabras.

Dos hombres armados entran en la habitación, le agarran por los brazos, le levantan. Sin una palabra, le conducen hasta la sala de audiencias. Tras la puerta se escucha un guirigay: «asesino», «comunista», «dinero», «venganza»... Las mismas palabras escuchadas una y mil veces, y que antaño le espantaban, o le divertían, hoy le vuelven sordo. Ya no las oye.

Abren la puerta.

Rasul entra.

Y calla la sala.

Todos están allí, sentados en sillas de madera, por toda la sala. Todos barbudos, todos tocados con turbantes negros, o blancos, con bonetes, con *tcharmah*, *qaraqol*, *pakol*... Todos miran a Rasul. Él está tranquilo. Barre la sala

con la mirada y se detiene sobre Farzam, que con su eterno gesto de tristeza en los labios sirve el té. Pervez también está presente, solo en una esquina, sombrío, triste, nervioso, con los ojos clavados al suelo. Al lado del *Qhazi*, Amer Salam. Sacando pecho. Sus manos rechonchas, apoyadas en un bastón, desgranar un rosario. Mira a Rasul de arriba abajo, moviendo la cabeza; no sabemos si para decirle: «¡Por fin aquí!», o para hacer su oración.

El *Qhazi* apura el té; los otros lo imitan, ruidosamente. Farzam abandona la sala, lanzando una última mirada, aún más triste, hacia Rasul. El *Qhazi* suelta el vaso y hace la señal a un nuevo escribano, sentado a su lado, de que la sesión puede comenzar. El escribano se levanta, cierra los ojos y recita una sura del Corán. Terminada la sura, el *Qhazi* pide a Rasul que se acerque:

—¡Preséntate!

Rasul lanza hacia Pervez una mirada inquieta y permanece mudo. El juez se impacienta:

—¡Te digo que te presentes!

Silencio. Pervez se levanta.

—Este muchacho está enfermo... ha perdido la voz.

El *Qhazi* se revuelve:

—¿Cómo que no tiene voz? Ayer la tenía perfectamente. ¡Y hoy no puede hablar!

Dirigiéndose al auditorio:

—Hermanos musulmanes, gracias a nuestra yihad vencimos el comunismo.

De repente, todas las voces exclaman «Allah-o Akbar!» tres veces. Y el *Qhazi* continúa:

—Pero los impíos, los supervivientes del régimen, siguen actuando entre nuestro pueblo musulmán, y continúan con sus crímenes, perpetuando el mal. Este individuo que veis aquí es uno de ellos. Hace algunos días, asesinó salvajemente a una indefensa viuda para robarle su dinero y sus joyas. Afortunadamente, los responsables de la seguridad de nuestro gobierno muyahidín, bajo las órdenes del hermano comandante Pervez, aquí presente, consiguieron arrestarlo.

Pervez está sorprendido; su mirada inquieta busca la de Rasul que, con obstinación, mira fijamente al suelo. Da un paso al frente para tomar la palabra, pero el *Qhazi* hace señas al escribano para que lea una nueva sura del Corán. Todos callan. Finaliza la recitación, y el *Qhazi* prosigue:

—¿Ha comprendido el acusado el significado del trigésimo tercer versículo del Corán?

Rasul lo mira sin responder.

—En vez de aprender ruso, deberías haber aprendido la lengua de Allah. ¡Impío! Dios dijo: «El castigo reservado a aquellos que hacen la guerra a Allah

o extienden el mal por la tierra es matarlos, ahorcarlos o cortarles las manos y los pies, o bien desterrarlos de su tierra natal».

Los hombres se desgañitan gritando «Allah-o Akbar!» otras tres veces. El juez bebe un sorbo de té:

–Rasul, hijo de... ¿Cuál era el nombre de tu padre?

Espera en vano, sigue:

–No importa. Rasul, hijo de..., adulto y en su sano juicio, ha confesado haber asesinado a una viuda, el 16 *assad* 1372 de la hégira solar, y haber robado su dinero y sus joyas. El tribunal le reconoce por tanto culpable de robo y asesinato, y le reserva, según la *sharia* islámica, el castigo supremo, es decir, la amputación y después la horca...

Mientras los hombres se levantan y repiten otras tres veces «Allah-o Akbar!», un hombre se levanta y protesta:

–¡No es justo!

En respuesta, la sala se llena de gritos:

–¡Es justo!, ¡es la ley de la *sharia*!, ¡está justificado, está justificado!, ¡es justo!...

El que ha protestado intenta hacerse oír:

–Es justo, cortar las manos es justo... –recita un verso del Corán, con lo que logra aplacar el jaleo, y prosigue–: *Qhazi sahib*, como ha dicho, gracias a Allah...

La sala:

–*Allah-o Akbar*!

El hombre retoma el hilo:

–... reina en nuestro país la ley de la *sharia*, que es la esencia misma de nuestro Estado islámico. ¿Queréis seguir esa ley? Entonces, todo debe estar exactamente basado en el *fiqh*. Para empezar, este hombre no tiene voz...

–Sí, este *fitna* tiene voz, pero está fingiendo –dice el *Qhazi*, después se dirige a los guardias–: Ayer, este *fitna* hablaba. Vosotros estabais presentes.

–Sí, *Qhazi sahib*. Nosotros somos testigos de que este *fitna* hablaba alto y claro.

El *Qhazi* se vuelve hacia el hombre y le pide:

–No le siga el juego, entonces. ¡Continúe!

–De acuerdo, olvidemos su mutismo. Pero, ya que la víctima es una mujer, asesinada por un hombre, según nuestra sacrosanta ley el asesino no debe ser ahorcado, porque el precio de la sangre es la mitad del de un hombre.

Otro se levanta para protestar:

–Eso no es posible.

–Es posible ejecutar al asesino si los padres de la víctima pagan la otra mitad del precio a la familia del acusado.

–O bien el asesino es absuelto si le da una hija a la familia de la víctima...

Los gritos vuelven a elevarse:

–¿Dónde están los padres de la víctima?

–¡Hay que vengarla!

–Si no es vengada, la sangre derramada pesará sobre nosotros.

–¡Ojo por ojo!

–¡Un momento, por favor! –pide el *Qhazi*, que retoma la palabra mientras desgrana su rosario–: Hay otras acusaciones, todavía más graves. Hace algunos días, un musulmán, el guardián del mausoleo de Shahé do Shamshiri Wali, desveló, ante el acusado y testigos, que este *fitna* se presentó en el santo lugar en compañía de una prostituta. Además, amenazó al guardián con un revólver para robarle el dinero de las limosnas. El asesino ha reconocido ante testigos que quería matar al guardián.

–Este hombre merece la muerte –grita uno de los hombres.

–¡Amenazar a un inocente! –exclama otro.

–¡Eso es pecado! –aprueba la muchedumbre.

–¿Matar al guardián de Shahé do Shamshiri Wali? *Lahawlobellah!*

–¡Es un crimen!

–¡Es una afrenta a Allah y a los santos!

Rasul ya no siente nada ante toda esa algarabía. Permanece impasible. Solamente su mirada se posa durante un momento en Pervez, que, silencioso, observa a la concurrencia.

Las voces del juez consiguen calmar a la sala:

–No sin motivo os dije al principio de la audiencia que el asesino es un hombre del antiguo régimen. Este hombre, por propia voluntad, me confesó que se había desviado de la Santa Religión.

Los gritos se hacen frenéticos:

–¡Satanás!

–¡Impío!

–¡Renegado!

–¡Merece la horca!

La voz chillona del juez se impone de nuevo en la sala:

–Sí, hermanos, ante vosotros veis a un hombre que, según el Corán, es un *fitna*, la encarnación del Mal sobre la Tierra. Por tanto, el castigo reservado por la *sharia* a los ladrones, a los causantes de muerte y a los renegados le debe ser infligido. Así, el viernes por la mañana, después de la llamada a la oración, en el parque Zarnegar, y públicamente, en primer lugar le serán cortados la mano derecha y el pie izquierdo; los miembros serán clavados en picas, a la vista de todo el mundo. A continuación, este *fitna* será colgado y expuesto durante tres días para servir a todos de lección. La prostituta que lo acompañaba para

mancillar la tumba de Shahé do Shamshiri Wali será lapidada. Así erradicaremos el mal de nuestra apacible ciudad...

–*Allah-o Akbar!* –otras tres veces.

Pues aquí está tu proceso, Rasul. ¿Satisfecho?

No oigo nada. ¿Qué están diciendo?

Nada.

Pervez, triste y apesadumbrado, se aproxima a Rasul, y se dirige a los asistentes:

–Hermanos musulmanes, convengo en que la pertinente exposición de *Qhazi sahib* es razonable. Pero voy a permitirme hacer algunas precisiones. Nosotros no hemos detenido a este hombre, ni yo ni las fuerzas del orden. Vino él a denunciarse por su propia iniciativa.

–¿Por qué vino por sí mismo? ¡Hay una razón! –exclama el *Qhazi*, con el pecho henchido de arrogancia.

–Sí, *Qhazi sahib*, hay una razón. Voy a explicárosla –continúa Pervez–. Yo me encontré con este joven en varias ocasiones. La primera, fueron mis hombres quienes lo trajeron a mi despacho. Su casero lo había denunciado por impago del alquiler. Esa tarde, realmente había perdido la voz. Se notaba. Y la última vez, cuando recuperó la voz, vino para confesarme que había matado a una mujer. Mató a una alcahueta para salvar de sus sucias garras a su novia. Teniendo en cuenta el tipo de personaje, me pareció necesario hacer una investigación, y constaté que este asesinato no tiene ni víctima, ni testigos, ni pruebas. No hay ni una sola huella.

–Como todos los asesinos, este vicioso ha destruido todas las pruebas –dice el *Qhazi*.

Pervez vuelve a hablar de Rasul:

–¡Si tuviese tales intenciones, no habría venido aquí por sí mismo, *Qhazi sahib*! Teniendo en cuenta los asesinatos que se cometen hoy en día en esta ciudad, incluso un niño sería capaz de borrar las huellas de su crimen. ¿Hemos podido detener al asesino de nuestras hijas? ¿Hemos podido encontrar alguna pista del criminal que envenenaba a nuestras mujeres y a nuestros hijos sin piedad?

Calla y deja a los demás tiempo para que se interroguen y tomen conciencia de la atrocidad en la que viven. ¿Son capaces de comprender lo que dice Pervez?

–Ahora, admitamos que haya habido una víctima. No soy yo quien debe enseñaros que, según nuestro *fiqh*, hay homicidio cuando la víctima es *ma'sum ad-dam*, inocente y necesitada de protección. No es así en este caso. La víctima es una alcahueta, y por tanto merece la condena a la lapidación.

No hay protestas.

—El caso de este joven, que se ha entregado a sí mismo a la justicia para ser juzgado en el marco de un proceso público, me parece ejemplar. Una lección rutilante. Si hoy en día todos y cada uno de nosotros, a semejanza de este hombre, cuestionásemos nuestros actos, podríamos vencer el caos fraticida que reina en nuestro país.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—¿Comparas a los muyahidines con este *fitna*?

—Pervez, ¿tú también?

—¿Quién eres? ¿Un muyahidín, un liberador, el guía de tu pueblo, o el abogado de este renegado y asesino?

—¡Al infierno, Satanás!

—¡Maldito seas, Pervez!

Pervez se pone en mitad de la sala:

—No hay asesinato. ¡Escuchadme, es un asesinato imaginario, la ilusión de un asesinato, sólo para poner sus actos en cuestión!

—¿Es un loco?

—No, queridos hermanos, no sólo no está loco, sino que está en su sano juicio, consciente, incluso consciente de sus ilusiones. ¡Somos nosotros los que estamos locos, los que no tenemos ninguna conciencia de nuestros crímenes!

Todo el mundo se levanta, vocífera.

—¡Escuchadme! Este joven os pide justicia a causa de una ilusión...

Cuanto más se desgaña Pervez, más se enfurecen los hombres. Finalmente, se abalanzan sobre él y le rodean. Es el caos.

Rasul se ríe.

No te rías. Te meterán en el manicomio de Aliabad, con los locos.

Pero ¿dónde estoy, entonces?

En su celda todo está oscuro.

Una mosca se le ha posado en la mano. Sopla; la mosca revolotea, se marcha, sale volando.

¡Qué asco!

¿Por qué tanto odio y ensañamiento con un animalito tan pequeño?

Porque no cesa de irrumpir en mi mundo.

No irrumpe. Vive en su mundo, pertenece a su mundo. Eres tú el que viene de fuera. Eres tú el que irrumpe en un mundo que ya no es el tuyo. Mírala, mira con qué ligereza vive en su mundo.

Porque no tiene conciencia.

No tiene conciencia porque no la necesita. Vive su ligereza, su muerte... sencillamente.

Vuelve a posarse en su mano. Él intenta moverse, no hay movimiento en sus brazos. ¿Es la cadena la que le impide levantar la mano, o es la mosca? Es la mosca, sin duda. Ella le paraliza. Ella parasita su mundo.

Estira el cuello para acercarse al insecto, sopla otra vez. Imposible. Su cuerpo está rígido, pesado, como una piedra. Se miran. Le parece que la mosca quiere decirle algo, en una lengua incomprensible. Palabras rimadas, casi como una canción: «Tat, tat, tat... tuam, tuam... así...». Luego se mueve, vuela y se posa en la pared. Rasul puede entonces mover la mano, que se ha vuelto ligera. Las cadenas se deshacen sin ruido. Se levanta para atrapar a la mosca. Sobre la pared sólo ve su imagen, como un fresco. La toca. La pared es casi líquida, penetrable. Su mano la atraviesa. No puede resistirse. La pared le aspira. Ahora todo su cuerpo la penetra. Una vez en su interior, Rasul queda paralizado. Una imagen en la superficie de la pared, parecida a la mosca cuyo canto lacera el silencio del muro. «Tat, tat, tat... tuam, tuam... así...».

–*Allah-o Akbar!*

La llamada a la oración estremece a Rasul, le arranca de la pared del sueño. Está ahí, en el suelo, encadenado de pies y manos.

La voz ronca del muecín se extingue, y todo se sumerge en el silencio. Salvo el canto de la mosca, que sigue sonando en la cabeza de Rasul, religiosamente, «tat, tat, tat... tuam, tuam... así...», apaciblemente. Ya no le molesta.

Ya nada le molesta, ni siquiera el ruido de pasos que resuena violentamente en el corredor y se detiene ante la puerta; ni siquiera esa puerta que ya no se abrirá nunca más para nadie, sólo para la muerte.

Se abre sólo la mirilla.

–Levántate, tienes visita –dice el guardián.

Rasul no se mueve.

–¡Rasul!

Es la voz de Razmodin. Rasul se vuelve lentamente y ve los ojos angustiados de su primo. Se acerca a la puerta.

–¿Qué has hecho ahora?

Rasul alza los hombros como diciendo: nada grave. Pero Razmodin espera una palabra, su voz. No se oye nada, como de costumbre. Se exaspera.

–¡Mierda, dime algo!

Sus palabras resuenan en el corredor.

–¡Eh, en voz baja! –grita el guardia.

–Estaba en Mazar. Me he traído a Donia y a tu madre. Fuimos directamente a tu casa, no estabas allí. Llevé a Donia y a mi tía al hotel. He recorrido toda la ciudad buscándote. Nadie sabía dónde estabas, ni Sufia, ni Yarmohamad... Todo el mundo estaba preocupado. Al final, los hombres de Pervez me pusieron sobre la pista...

Se interrumpe, esperando, por una vez, oír a Rasul. En vano. Continúa:

–¿Por qué te has inventado una historia semejante? ¿Has perdido la cabeza?

Rasul permanece impasible.

–Haz algo, antes de que sea demasiado tarde, por tu madre y por tu hermana, por Sufia... –se aparta de la puerta para hablar con el guardián–: Hermano, déjame entrar en la celda.

–No, está prohibido.

–Por favor. Tendrás una recompensa. ¡Toma!

–No... bueno... sólo un minuto.

–Te lo prometo.

La puerta se abre, Razmodin entra.

–No le he podido contar nada a mi tía. Sabes lo que sufriría si se enterase de tu detención... –agarra a Rasul por los hombros, lo sacude–. ¿Cómo se lo voy a decir? ¿Quieres que tu madre tenga un paro cardíaco? ¿Quieres que Donia y Sufia se vuelvan locas de la pena? ¿Por qué eres tan egoísta?

Todo ha terminado, Razmodin, todo. Rasul ya no tiene ni ego ni orgullo. Es el abandono en persona.

–¡Mañana serás ahorcado!

¡Cuanto más rápido sea, mejor, Rasul podrá pasar a otra cosa!

–¿Por qué te burlas de mí?

No se burla de ti, se ríe, nada más. Se ríe de los ángeles de la muerte.

–¿Por qué no quieres tomarte la vida en serio? ¡Parece que te has escapado de Aliabad!

¿Más en serio? Mañana será un hermoso día para él, créelo, todo el mundo vendrá, todo el mundo. ¡Qué bella muerte!

Sí, por fin quiero vivir mi muerte, con ligereza.

Desalentado por la mirada risueña y el silencio jubiloso de Rasul, Razmodin se levanta.

–Voy a buscar a tu madre y a Donia. Quizás ellas te hagan cambiar de parecer.

Rasul se levanta, se lo impide. Niega con la cabeza, con mirada suplicante, como diciendo: «¡No, Razmodin, déjalas tranquilas!».

Se enfrentan, se miran a los ojos.

–Si no están hoy al corriente, lo estarán mañana.

Después de mi muerte, me da igual.

–Pero ¿por qué? ¿Todo esto porque has matado a una alcahueta de mierda? –dice Razmodin, inclinándose hacia él–. ¡Mira a tu alrededor, no hay más que asesinatos! Los hombres de Pervez se descojonaban cuando me lo contaban.

¡Tanto mejor si por fin hago reír a la gente, aunque sea con mi crimen!

Razmodin se arrodilla:

–¿Sigues pensando que un proceso puede cambiar este puto país? Tú sueñas, primo. Tú sueñas... –se traga un sollozo, se levanta, coge a Rasul por los hombros y lo vuelve a sacudir–: ¡Vuelve en ti, ya basta, vuelve en ti! ¡Olvídate de tus quimeras!

Rasul cierra los ojos. Mueve la mano, vacila, luego abraza a su primo.

He vuelto en mí, Razmodin.

Permanecen largo rato, el uno contra el otro, hasta que llega el guardián:

–Hermano, tienes que marcharte. Es la hora de la cena.

Razmodin deja a Rasul. Se miran a los ojos por última vez:

–No voy a abandonarte. Voy a ver al juez, a todo el mundo. No voy a dejar que destruyas tu vida.

Decidido, pero preocupado, sale de la celda. El guarda cierra primero la puerta, luego la mirilla.

Una mosca merodea por la pared.

«Tat, tat, tat... tuam, tuam... así...»

¿De dónde han salido estas insignificantes palabras? Seguramente las ha oído antes en alguna parte. Quizás en alguna película india. No importa. Es relajante. Embellecen a esta mierda de mosca.

Rasul silba la canción para no escuchar al mundo.

Y no escucha nada. Ni el motor de un coche que se detiene cerca de la ventana. Ni los pasos de unos hombres que entran en el corredor y se acercan a la celda. Ni el ruido de la llave en la cerradura, ni la puerta que se abre. Ni la tosca voz que le notifica:

—¡Arriba!

Permanece sentado.

La luz penetra junto con el severo rostro de Amer Salam, que pide que les dejen un instante. Una vez solos, Amer Salam agarra a Rasul por el cuello y, tras unos cuantos insultos, le pregunta dónde están el dinero y las joyas que ha robado.

Rasul levanta los hombros dando a entender, con indolencia, que no lo sabe. El otro insiste, jura que le va a sacar las tripas a su madre, y pone el revólver sobre el vientre de Rasul, que le sigue mirando sin miedo, le muestra la garganta y gime para hacerle comprender que no puede hablar. Amer Salam, fuera de sí, ordena que le traigan papel y bolígrafo. Le da a Rasul cinco minutos para escribir dónde están las joyas y el dinero.

—¡Si no hay nada escrito en el papel, voy a limpiar con él el coño de tu novia!

Dicho lo cual, abandona la celda.

Le llevan una hoja y un bolígrafo. Escribe: «Dejad a mi familia tranquila. Os lo devolveré todo al pie de la horca», y le da la hoja al guardia.

Cinco minutos después, regresan los guardias. Hacen salir a Rasul, encadenado de pies y manos.

Antes de subir a la camioneta, uno de los guardias le pregunta si ha hecho sus abluciones. Rasul dice que sí, sonriendo. La camioneta franquea el portal del Wellayat, gira hacia la calle y acelera. Rasul, acurrucado, escucha su nombre a lo lejos. En la calle desierta, ve a Razmodin que corre, gritando y agitando la mano para detener el vehículo. Rasul lo mira fijamente, con aspecto sereno.

La camioneta rueda. Rasul mira a las escasas personas que se apresuran en la misma dirección que ellos, hacia el parque Zarnegar.

En estos últimos tiempos, el cielo nunca había estado tan azul, tan lejano. Y el sol tan claro, tan cercano.

La camioneta se detiene en el parque, todo el mundo baja de ella.

Rasul es absorbido por el canto de los pájaros. Su mirada se pierde entre las ramas de los árboles, buscándolos, para canturrear con ellos: «Tat, tat, tat... tuam, tuam... así...».

—¡Rasul!

Una mujer tapada con un burka azul cielo corre hacia él, levantándose el velo. Es Sufia, llorando, a la que los hombres armados empujan a un gesto del nuevo escribano. Hacen avanzar a Rasul, apático, indiferente a todos los que le miran, incluso a Farzam que, con su sonrisa triste, inclina la cabeza para saludarlo.

—¡No lo llevéis ahí! —Razmodin no para de gritar, sin aliento, detrás del cortejo.

—¡A sus órdenes, comandante! —se burla uno de los hombres armados, impidiéndole acercarse.

Pero Razmodin repite desesperadamente las mismas palabras:

—¡Por favor, esto es horroroso!

Los hombres empujan a Rasul. Sufia y Farzam les siguen. Y, de repente, todos se detienen al ver una horca sin cuerda, rodeada por una multitud silenciosa.

—¿Por qué esta horca no tiene cuerda? —pregunta el escribano.

—¡La han cortado! —exclama uno de los guardias.

Aprietan el paso y alcanzan a la multitud que está al pie de la horca.

—¡Hermanos, dejadnos pasar, traemos al condenado, alejaos, alejaos!

La gente se vuelve hacia Rasul, se aparta a su paso, dejando a la vista un cadáver que yace en el suelo. Todo se paraliza: el tiempo, la respiración, las lágrimas, las palabras... Le tiemblan las piernas. Rasul cae de rodillas ante el cuerpo de Pervez con una cuerda al cuello. La multitud murmura, se agita, se aparta. Aparecen otros hombres armados y empujan furiosamente a la gente para abrir paso a los comandantes que llegan con estrépito. Todo desaparece bajo sus botas. Rasul ya no ve nada. Sólo existe la voz, nada más que la voz, la voz de Sufia.

–Eres hermosa –susurra Rasul al oído de Sufia.

Ella se ruboriza.

Él se arroja a sus pies y finalmente declara:

–¡Me postro a tus pies, no sólo por tu belleza inocente, sino por tu sufrimiento!

Ella está conmovida. Se reprime. Sólo mueve la mano, la introduce entre los cabellos de Rasul, se pierde en ellos.

–Hace mucho tiempo que no me decías cosas tan tiernas.

–Tenía muchas cosas que decirte, pero la guerra no nos dejó tiempo.

La besa, tímidamente, en las mejillas. Ella oculta el rostro, extiende la mano para estrechar la de Rasul, que le pregunta:

–¿Vendrás conmigo?

–¿Adónde?

–Lejos.

–¿A Mazar Sharif?

–No, más lejos... ¡Al valle de la *Infancia recuperada*!

–¿Dónde está?

–Está lejos, muy lejos. No está ni al este ni al oeste, ni al norte ni al sur.

–No existe, entonces.

–Lo construiré para ti.

–¿Y cómo será?

–Un valle hermosísimo, donde nadie habla, y en el que ningún ser ha podido jamás experimentar la maldad.

–Entonces, ¿seguimos siendo niños?

–¡Siempre!

Y se ríen.

–Tengo que irme –dice ella, levantándose.

–¿Vuelves con Nazigol?

–No, se ha marchado con Amer Salam.

–¿Adónde?

–No lo sé –se acerca a Rasul–. ¡Espero que no hayan ido al valle de la *Infancia recuperada*!

–¡No, no es más que para nosotros!

–¡Entonces hasta pronto!

Se coloca el burka azul cielo y sale de la celda.

Rasul permanece en pie, soñador.

–Tienes otra visita –le dice el guardia.
Y entra el anciano escribano, con un grueso expediente bajo el brazo.
–¿Cómo va todo, joven?
Rasul inclina la cabeza, con la mente serena.
El escribano quiere sentarse, pero Rasul se lo impide:
–No te sientes ahí, por favor. Ahí hay una mosca, una mosca asquerosa...
El escribano, curioso, se cala las gafas, y con la mirada escudriña el suelo.
–Esa mosca... está prisionera conmigo –dice Rasul señalando a la mosca, que está tan tranquila al lado del escribano.
–¿Ahora también te preocupas de la vida de las moscas?
–La noche pasada tuve un sueño extraño. Soñaba que esta mosca canturreaba una canción que yo conocía, algo como: «Tat, tat, tat... tuam, tuam...asi...»; sí, así era, pero no entendía qué quería decir.
–Es una canción india.
–Seguramente. ¿Qué significa?
–¡*Tú también estás aquí!*
–¡Qué bonito!
–Ahora hasta las moscas cantan para ti. ¡La vida es bella! Entonces, ¿estás contento de que tu proceso se haya desarrollado como tú querías?
–Ahora todo me da igual.
–¿Todo te da igual? ¿Has puesto el mundo patas arriba y todo te da igual? ¡Por tu culpa se ha ahorcado un importante jefe de los muyahidines; el juez ha sido destituido; día y noche, en los periódicos no se habla más que de ti; tu primo ha hecho venir a todos los periodistas extranjeros, a los funcionarios de Naciones Unidas... y el señor, ¿qué es lo que dice? –sacude la cabeza en muestra de desaprobación.
–No soy yo el que lo ha puesto todo patas arriba. ¡Es Dostoievski!
–¡Ya estamos otra vez con lo mismo! ¡Para de una vez con tu Dosto... del demonio! No has matado porque lo hayas leído. Lo has leído porque querías matar. Eso es todo. Si él estuviera vivo, ¡te habría acusado de plagio!
Rasul lo mira larga, profundamente.
–No me mires así. No ha sido una adivinanza –dice el escribano colocando el expediente sobre el suelo–. En cualquier caso, me han restituido en mi puesto, y quieren tu expediente... De hecho, ¿sabes lo que encontraron en el bolsillo del comandante Pervez?
La mirada curiosa de Rasul le interroga.
–Han encontrado una carta escrita de su puño y letra: «¡Haced mi duelo, no me venguéis!». ¡Qué hombre, qué hombre tan valiente! ¿Sabes cuál fue el motivo de su suicidio? Parece ser que sus hombres encontraron al asesino de su

hijo adoptivo. Pero, en el enfrentamiento, la mujer y el bebé del asesino también murieron. Veamos... Dime, ¿qué tengo que escribir?

Un silencio.

—¡Todo! Te lo he contado todo.

—¿Todo? No lo creo. En todo caso, ya he comenzado a escribir algunas líneas. Leo, si hay algún problema me lo señalas: «Apenas Rasul levanta el hacha para dejarla caer sobre la cabeza de la anciana, la historia de *Crimen y castigo* le viene a la mente. Le abrumba. Le tiemblan los brazos, las piernas le bailan. Y el hacha se le escapa de entre las manos. Hiende el cráneo de la mujer, quedándose allí clavada. Sin un ruido, la vieja se desliza por la alfombra roja y negra. Su velo, con motivos de flores de manzano, flota en el aire antes de caer sobre el cuerpo rechoncho y flácido. La sacuden espasmos. Respira todavía una vez más, puede que dos. Sus ojos, abiertos como platos, quedan fijos en Rasul, de pie en medio de la habitación, y sin aliento, más pálido que un cadáver. El *patu* le cuelga de los hombros huesudos. Su mirada asustada permanece absorta en el reguero de sangre, esa sangre que chorrea por el cráneo de la anciana, se confunde con el rojo de la alfombra, tapando los dibujos negros, y después fluye lentamente hacia la rolliza mano de la mujer, que se aferra a un fajo de billetes. El dinero se manchará de sangre...». Por cierto, ¿por qué no cogiste el dinero?

Citas

Fiódor Dostoievski, *Crimen y castigo*, edición y traducción de Isabel Vicente, Cátedra, Madrid 1996, 2011.

Les Récits du glorieux Coran, traducción de Muhammad Diakho, Éditions Dar Al-Bouraq, 2000.

Farîd-ud-Dîn Attar, *Le Langage des oiseaux*, trad. de Garcin de Tassy, Albin Michel, París 1996.

Sayyid Sâbiq, *Le Fiqh As-Sunna, l'Intelligence de la norme prophétique*, 3 vols., Éditions Maison d'Ennour, París 2006.

Allameh M. T. Jafari, *Legal Treatise*, Éditions Tahzib, Teherán 2002.

Código penal de la República de Afganistán, Boletín oficial, n.º 739, 1992.

Agradecimientos

Toda mi gratitud a aquellas y aquellos que han bendecido esta novela:
Laurent Maréchaux, Denis Podalydès, por su valiosa lectura;
Danièle D'Antoni y Leili Anvar, por sus pertinentes observaciones;
Rahnaward Zariab, Kambouzia Partovi, Hafiz Assefi, Rahima Katil y Sajad
Zafar, por su «mirada persa» y su apoyo;
Paul Otchakovsky-Laurens, por todo;
y para siempre, Christiane Thiollier y Sabrina Nouri.

Obras de Atiq Rahimi
publicadas en Ediciones Siruela

Laberinto de sueño y angustia (2006)

La piedra de la paciencia (2009)

Maldito sea Dostoievski (2012)

Título original: *Maudit soit Dostoïevski*

Edición en formato digital: mayo de 2012

© P.O.L éditeur, 2011

© De la traducción, Elena García-Aranda, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-946-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Maldito sea Dostoievski	4
Citas	167
Agradecimientos	168
Obras de Atiq Rahimi publicadas en Ediciones Siruela	169
Créditos	170